

**HD WIDENER**



**HW AF67 /**

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

41566.2.10

Harvard College Library



FROM THE  
SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor  
in Harvard College, 1816-1854. The income is to  
be expended for books "in the Spanish  
language or for books illustra-  
tive of Spanish history  
and literature."



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)



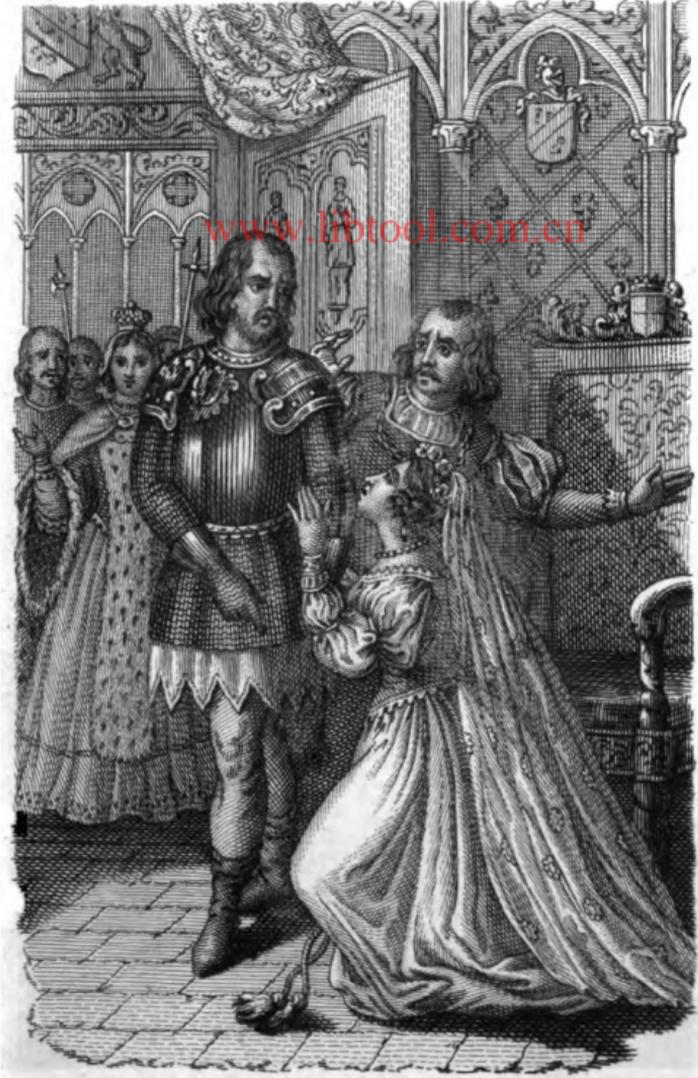
**CERVECERO**

**REY.**

*Palacio*  
*del*

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)



*Dejadme salir... Perdon... misericordia!*

*Galacia*

EL  
**CERVECERO**



CRÓNICA FLAMENCA DEL SIGLO XIV.

POR

**EL CONDE D'ARLINCOURT.**

Traducido libremente del frances al español

POR

*D. José March.*

~~~~~  
**Tomo segundo.**  
~~~~~

BARCELONA :

IMPRESA DE D. RAMON. M. INDAR.

**1834.**

4/566.2.10



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

Sales fund

(1)



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

EL

# CERVECERO REY.

XI.

Habia sucedido una tranquilidad lúgubre á un violento terror dentro del hospicio de Odemburgo. No dejó Bertrade de dar gritos contra Urbino cuando éste arrebatava al conde de Male, pero sus voces se confundieron con los clamores de

afuera, y al cabo perdió de vista al raptor antes que nadie pudiese acudir en su auxilio. A pesar de esto no se sobresaltó la viuda con respecto á los proyectos ulteriores de Wenemaro. Una voz secreta la habia tranquilizado: no dudaba, en fin, que el homicida seria en aquella ocasion un salvador, pareciéndole evidente, segun cuanto habia visto y oido de él desde la hora del homicidio, que en adelante no seria ya el instrumento de Artevelle, y sí su implacable enemigo. Bajo este concepto, el haberse opuesto en un principio al arrebatamiento del príncipe, tan solo habia sido efecto de un vago movimiento de temor, que desapareció tan luego como conoció que Urbino habia salido bien de su tentativa, dando asi lugar á otro sentimiento lisongero, cual era el de la esperanza. El alma piadosa y monárquica de la noble viuda, estaba como iniciada en los misteriosos designios del altísimo sobre el heredero de los soberanos, el elegido de la Providencia. En los pueblos hay comunmente retroceso al buen sentido, así como hay decretos de justicia en los cielos. Bertrade

(3)

estaba convencida de esto, y de aqui es que en el pretendido *orden nuevo* de la usurpacion, dislocado ya por el desorden general del reino, le parecia escrito de antemano el feliz advenimiento del hijo nacional. Consideraba al Cervecero Rey, potestad de paso, tan solo como la transicion de necesidad de una tempestad revolucionaria á una regeneracion social, y la esperaba con calma porque esperaba con fé.

Las hermanas del santo hospicio reunidas en torno de su protectora procuraban recobrar su ánimo, cuando vino á turbárle de nuevo un acontecimiento inesperado, no menos extraordinario que el precedente. El rey de Inglaterra obligado por el huracan á desembarcar en otra playa diferente de aquella en que le esperaban, se habia visto en la precision de variar el itinerario de su viage. Atravesó los bosques y los valles de Odemburgo seguido de una débil escolta, y preguntando donde residia la dueña del señorío, que le habian dicho ser Bertrade, se encaminó al hospicio sin detenerse.

Conocia el rey Eduardo á la viuda de Everghem, y habia tenido ya ocasion de ver y de tratar aquella muger célebre, cuya fama de benéfica, de firme y de virtuosa se habia extendido hasta Londres. Sabia que Bertrade ejercia una poderosa influencia en una gran parte de Flandes, no ignorando el efecto que causaba su voz cuando ella se hacia oír del pueblo, y el imperio misterioso que tenia sobre el Reward. Conocia por último cuan importante podia ser á sus miras políticas enterarse de todo consultándola, pues Bertrade podia mejor que nadie ponerle al corriente de la verdadera situacion del reino, de la marcha de los negocios y del movimiento de la opinion. Eduardo, diplomático y guerrero, tan astuto como valeroso, aspiraba al cetro de Flandes.

Su desembarco cerca de Odemburgo le facilitaba los medios de conferenciar con Bertrade sin testigos y con libertad: la casualidad habia favorecido sus deseos, y no desaprovechó ocasion tan oportuna.

En aquel momento acudia el monarca ingles al socorro de la revolucion flamenco

(5)

atácada en lo exterior por Felipe de Valois, y minada interiormente por los servidores de la dinastía legítima. Artevelle veía en él no tan solo un aliado sino tambien un defensor. Esperaba que aportase cerca de Ostende un numeroso ejército inglés llamado por él; y que habia de marchar sin detencion á Tournay y rechazar al ejército frances. Eduardo, enemigo jurado de los Valois, habia querido dirigir por sí mismo aquella expedicion de ultramar, ocupando su imaginacion con mas de un plan. El usurpador de Gante, aquel tirano tosco y vulgar, que no pudiendo impedir los desórdenes de su pais se ponía al frente de ellos para precaverse de sus consecuencias, y que trataba de legalizarlos por su impotencia para combatirlos; Artevelle, magestad de aventura, hombre embadurnado en el cieno de la revolucion, causaba horror y lástima al soberano inglés. Pero ocultando éste sus verdaderos sentimientos, hablaba siempre con fingido entusiasmo del Cervecero Rey al ejército y á la corte.

(6)

Habíase establecido en Flandes una dictadura audaz bajo una forma demagógica; y esta figura de gobierno, de un giro provisional, era en cierto modo una prostituta con diadema, ofrecida por una disolución revolucionaria á una desmoralización nacional. Eduardo había juzgado que semejante estado de cosas sería de corta duración; porque la voluntad popular volviendo al sano juicio, según él, no podía tardar en hacerse completa justicia de los engaños triunfantes y de las infamias coronadas.

Al desembarcar en las costas de Flandes no tenía de ningún modo la intención de afirmar la autoridad de Artevelle: iba, muy al contrario, con el único interés de su política, á trabajar para que hubiese nuevos trastornos. Lisongeábase de que en medio de una destrucción general de los poderes pasados y presentes, le sería posible presentarse como salvador en un país donde faltaban gefes, y agregar á sus estados un reino más. Habiendo tomado Felipe de Valois partido por el gobierno de derecho, Eduardo se había apresurado á

(7)

abrazar la causa del gobierno de hecho. La Flandes de Artevelle era para él un auxiliar terrible contra la Francia de Felipe vi. El monarca ingles que por un instante habia tenido la alagueña esperanza de heredar la diadema de Carlos el Bello, y cuyas pretensiones habian sido repulsadas por los estados generales de Paris, no podia perdonar á la casa de Valois el haber merecido la preferencia, y el deseo de venganza le armaba contra ella. Sus muchas victorias conseguidas sobre el heredero de San Luis, y recientemente la del Esclusa, habian despertado en él la esperanza de arrancar todavía la corona de las lises á su dichoso antagonista. Su valeroso hijo, *el príncipe negro*, empezaba á despuntar con gloria en la carrera de los héroes; sonreiales la fortuna, é importaba pues á Eduardo tener miramientos con Artevelle para apoderarse de Flandes, é invadir consecutivamente la Francia. El soberano de la Gran Bretaña estudiaba los tiempos y los hombres como príncipe nacido para someterlos á su dominacion; pero mas audaz que leal, y menos equitativo que valiente, triunfaba

sin lograr sus fines, y su prosperidad no llevaba consigo la dicha. Fué un noble caudillo, un gran monarca; acumuló conquistas sobre conquistas, pero como le faltaba la fuerza y el ascendiente que dan el derecho y la justicia, ¿cual habia de ser el resultado?... Flandes se le escapó de las mãos, y Valois conservó su corona.

Entró Eduardo en el claustro, y Bertrade mantuvo en presencia del monarca su tranquilidad de alma habitual. Habianse retirado las religiosas para dar diversas órdenes. Mediaron al principio vagos discursos entre la señora de Odemburgo y el soberano, sobre asuntos de poca importancia, y despues se animó la conversacion.

» — Santiago me esperaba, dijo el príncipe: vengo á defender aqui sus derechos.

» — Sus derechos! replicó Bertrade: desde el momento en que en una nacion ha sido reconocida como poder supremo la voluntad de la multitud, siendo de todo el mundo los derechos, no existe ya para nadie ninguno de ellos: cuando la decision de la noche puede anular el decreto de la mañana, cuando los juramentos de un dia no

(9)

sirven ya en el inmediato, se acabaron las leyes y las garantías. Si es permitido arrojarse al grande de su palacio, ¿podrá contar el pequeño con su cabaña? Toda propiedad queda destruida. Cuando cada cual está en ánimo de llegar á ser rey, sino en lo presente á lo menos en lo futuro, el que ocupa el trono corre á toda hora el peligro de cederlo á un competidor mas fuerte, destinado despues á arriar bandera delante de otro con igual título ó derecho. El cetro entonces no es mas que un juguete, y la púrpura una farsa. Señor, compadezco al usurpador: el carro de las revoluciones no se detiene en medio de las ruinas hasta que él mismo se rompe.

» — El pueblo sostiene á Artevelle.

» — El pueblo desprecia los truanes. Tarde ó temprano le vereis desembarazarse necesariamente y con entusiasmo de su última creacion, aunque la haya denominado *perpétua*; á esto se inclina ya su pensamiento. Poner obstáculos á ello, en los principios actuales, seria no solamente un acto de inconsecuencia, sino un crimen de

lesa nacion. Quien negare hoy dia los privilegios del pueblo árbitro, seria traidor á la ley reinante. Ya que se ha esparcido la semilla, preciso es entrojarse la cosecha.

»—Bertrade! responde el monarca: sé perfectamente que si fuese la voluntad de una nueva insurreccion triunfante mudar la faz del pais, tendria á su favor las máximas de su antecesora. Pero, entre nosotros, la soberanía del pueblo, cuando no es una sangrienta verdad, únicamente es una burla. Por medio de la tiranía militar sabrá Artevelle salvarse de las libertades nacionales. La revolucion le ha hecho rey; él hará esclava á la revolucion.

»— Señor, no os fieis jamas en eso. El poder del desórden despues de haberse rebelado contra la magestad que dominaba desde lo alto, se desdeña de doblar la cerviz bajo el despotismo que brota de abajo. El elemento anárquico, llamado *monarquía popular*, que ha caminado al principio con el Reward, quiere actualmente marchar como absoluto. Artevelle le ha acariciado para subir, y puede caer queriendo abastirle.

( 11 )

» — Sin embargo, el gobierno de Arvelle parece que se va consolidando de dia en dia. Magistrados, militares, comerciantes, diputados, corporaciones, todo cuanto tiene influencia entre vosotros le ha jurado fidelidad y obediencia.

» — En un pais como Flandes, donde dominan, señor, la sed del oro y el interes personal, ¿qué es al fin un juramento político? Nada mas que un negocio de comercio. La única moral de una multitud de individuos es la de arrimarse á cada uno de los poderes que se suceden, para negociar con todos ellos á su tránsito. Un juramento es un fondo de conciencia que se presta á la autoridad en tanto que ella ofrece garantías, y al momento que amenaza quiebra, se retira la mercancía. Es un valor nominal, una especie de capital que se pone á interés corriente, y bajo los muros de la gran ciudad hay muchos calculadores de este género, para quienes ha sido buena la especulacion.

» — Ya veo, replicó Eduardo, que aborreceis al usurpador. Pero entre sus numerosos súbditos....

» — ¡ Sus súbditos! interrumpie Bertrade. No hay ya en Flandes mas súbditos que Artevelle y su familia: todo lo demas es rey. Que significa pues la prestacion de fé que la criatura se atreve á exigir de su Creador? Está obligado el comitente á la sumision hácia su cometido? Desde cuando puede creerse un inferior una magestad? Señor, bajo el yugo tiránico que se llama *libertad*, el ciudadano llamado á hacer y deshacer á merced de su capricho las instituciones de su pais, abdicaria su parte de soberanía renunciando mudar de opinion acerca del gobierno establecido. Ni puede ni debe hacerlo sin faltar á la nacion misma.

» — El Reward tiene aliados poderosos; dice con tibieza el rey de Albion: defenderán á Artevelle de sus enemigos y le mantendrán en el poder.

» — Tanto peor para ellos! los reyes que respetan la revolucion llaman sobre sí el hacha revolucionaria. Haciendo traicion á la causa de los príncipes, ¡ Eduardo! minais vuestro trono, y es lo mismo que ar-

rantar el cetro á vuestro hijo (1). Pactar con las revoluciones es jugar con los revoltosos. La usurpacion es un hierro hecho ascua: el que quiera manejarle se quemará.

» — Santiago Artevelle descende de familias reales.....

» — De que es ignominia! sí, señor. Pero acaso no se ha hecho pueblo para subir á la ilustre degradacion á que ha llegado? Acaso no ha abjurado hasta su nombre para hechizar á la horrenda multitud que él ha denominado *gloriosa poblacion*? No se ha forjado un nuevo escudo de armas tan ridículo como su monarquía? Por último, no se ha elevado á la altura de sus queridos camaradas de insurreccion, descendiendo entre ellos hasta el último grado de bajeza? Ah! si hubiese sido digno del trono no hubiese aceptado el cetro.

» — Su poder, dice Eduardo, será tal vez útil á Europa.

(1) Sabido es que el nieto del rey Eduardo fué destronado por el usurpador Lancaster.

» — Sí, replica la noble vinda. El tirano servirá de ejemplo á las naciones, y su reinado humillará á Flandes en provecho suyo. Agradable y útil puede ser á los reyes vecinos el ver la magestad vulgar de Gante acercárseles con la frente baja, descubierto, y las manos juntas, sufrir humildemente sus afrentas y honrarse de tomar sus órdenes. Pero vivan precavidos estos reyes! el gobierno de Artevelle, no contento con haber hecho mudanzas de su cuenta á medias con los sediciosos de todos los países, sigue comercio de sediciones con las capitales descontentas; despacha el género de rebelion de todos los almacenes de desórden, y aun parece que se dá prisa á darlos salida. Ah! desdichada la soberania legitima que fraternizase con la revolucion coronada! Es un principio de vida en frente de un principio de muerte.»

Al pronunciar Bertrade estas palabras, procuraba aunque en vano estudiar la fisonomia de Eduardo; ninguna sensacion se indicaba en ella, ni satisfaccion ni disgusto. Su rostro así como su corazon se manifestaba inflexible y mudo.

Llegó en aquel momento á las puertas del hospicio un destacamento de caballería, capitaneado por el Cervecero Rey. Oyéronse los clarines de su guardia numerosa compuesta de arqueros ingleses, y en pos de éstos venia un acompañamiento de pillos, una turba de asesinos pagados, gente de todas las naciones.

Santiago Artevelle habia tenido pronta noticia de la llegada del rey de Inglaterra al hospicio. Este acontecimiento imprevisto trastornaba en parte sus planes, y acudió á aquel sitio con premura.

» — Salud, *mi valeroso compadre!* (1) le dijo el soberano de Albion. Ayúdeos San Jorge, y no será buena la suerte de Valois!

» — Señor! contestó Artevelle doblando la rodilla como vasallo; es menester que los Valois desaparezcan. Para vos la Francia, y Flandes para mí!

» — Reward, y vuestro ejército?

» — Está pronto.

(1) *Así nombraba Eduardo á Santiago.*

» — Cuantos soldados tiene?

» — Sesenta mil.

El monarca se sonrió graciosamente: Bertrade iba á retirarse y el gefe demagogo la detuvo.

» — Señora de Odemburgo! quedaos.»

Y volviéndose hácia Eduardo.

» — Perdonad, señor: continuó. Perdonad, si en presencia de V. M. me atrevo á hacerme aqui pronta justicia de los que meditan mi ruina: pero mis enemigos son tambien los vuestros. Sabed que el heredero del conde de Nevers ha tenido la audacia de desembarcar en Flandes para encender aqui la guerra civil. Una casualidad inesperada le ha hecho caer en mis manos en esta playa, donde Bertrade le ha recogido. Está herido gravemente, y exijo que me le entreguen.

» — Santiago, responde la viuda de Everghem: no es una *casualidad inesperada* la que atrajo la victima á la asechanza. Mirad lo que decís! todo lo sé.

» — Hablad! dice admirado el rey de Inglaterra. Yo lo mando.

» — Rey ciudadano, lo oís? repli ó Bertrade con ánimo. Manda, y estais presente. Bajo vuestro cetro glorioso, cuando no gobierna la www.libtool.com.cn, los extranjeros son los que mandan.

» — Informadme de todo, repite Eduardo. Es cierto que Luis de Male ha osado poner el pié en Flandes?

» — Si unos miserables sediciosos, responde Bertrade, os arrojasen momentaneamente de Londres, ¿tendriais escúpulo, señor, de volver á reclamar vuestros derechos y recobrar vuestro patrimonio? Bien sé que en alta política hay algunas veces dos justicias; pero el Juez supremo no tiene mas de una, y ésta sin apelacion. Temiendo la usurpacion sus decretos se arroja á la impiedad como un náufrago hácia un puerto, necesitando en todas partes destruccion, en el cielo y en la tierra. La nada no tiene ni alegrías ni llanto, ni castigos ni recompensas: es un nivel salvador para el crimen.

» — No puede llegar á mas la osadía, dice Artevelle encolerizado. Señor, abrevie-

mos esta conversacion. Que nos entreguen á Luis de Male !

» — Y quien le ha llamado á estas costas ? preguntó el príncipe á Bertrade.

» — La traicion , le responde : un emisario de Artevelle.

» — Y quien era ese emisario ?

» — Un asesino.

» — Es posible !....

» — Se os ha hablado de herida : un puñal hirió al príncipe.

» — Cómo !.... y de orden de quien ?...

» — Del Cervecero Rey. »

Hace el ingles un ademan de horror, pintándose la indignacion de su semblante, é interrogando con los ojos á Artevelle.

» — Es calumnia ! esclama el tirano. Donde están las pruebas ? Que las den !

» — El homicida las dará, dice Bertrade con dignidad. El remordimiento despedaza su alma : él hablará ; preguntadle. »

Y el usurpador estremeciéndose.

» — Señor, replica azorado ; yo me justificaré.... pero será mas tarde. Haced que traigan á vuestra presencia al hijo del conde de Nevers : asegurad ante todas cosas la

persona de ese prisionero temible. Tanto como á mí os importa guardarle aqui con cuidado: su padre es amigo de los Valois, y para vos un tenaz adversario. Dejad de prestar oido á las ponzoñosas palabras de esa muger, que sublevando poblaciones contra mi causa, las arma tambien contra la vuestra: porque, pensadlo bien noble príncipe, es preciso que Artevelle sea gefe de los flamencos, para que Eduardo sea rey de los franceses. »

Vuélvese el soberano de la Gran Bretaña hácia la señora de Odemburgo, y le dice con tono imperante y severo.

» — Queremos ver al conde de Male. Conducidme al lecho del herido.

» — No está ya en ese edificio.

» — Gran Dios! interrumpe Artevelle; que es lo que decís?

» — Está ya fuera de aqui.

» — Y quien le ha sacado?

» — Wenemaro.

» — Que hombre es ese? pregunta Eduardo.

» — Su asesino, responde Bertrada.

» — Que objeto?...'

» — Quiere salvar su víctima.

» — Quien pudo mandarselo ?

» — Ya os lo hé dicho : *el remordimiento.*

» — Es imposible ! grita Artevelle. «

Y el monstruo llamando á sus guardias les manda precipitadamente que reconozcan todos los rincones del edificio. Da en fin órden de apoderarse del cautivo, muerto ó vivo, donde quiera que le hallen, y cualquiera que sea el estado en que pueda estar. Eduardo observa y nada dice, y Santiago se dirige á Bertrade.

» — Yo confié el príncipe á vuestro cuidado, la dice ; debiais responderme de él y habeis faltado á vuestra palabra.

« — De ningun modo, responde la viuda. Yo hubiera querido guardar el depósito sagrado que parecia haberme entregado la Providencia ; Urbino me le ha arrebatado á pesar mio : él tenia el derecho del mas fuerte, y yo hé debido ceder á la fuerza ! Atrevedos á reprobar este derecho, que es el vuestro !

» — O perfidia ! murmura Santiago. Yo me vengaré de ella.

» — Contra quien ? »

La misteriosa viuda sonriose con aspecto irónico, y el tirano bajó la vista.

» — Muger estraña ! dijo el monarca de ultramar, volviendo en sí de sus sombrías reflexiones , y tomando una actitud imponente : aqui estoy para juzgar los hombres y las cosas. Dios me ha nombrado en cierto modo árbitro de vuestro destino, y el porvenir de Flandes está en mi mano. Presiento que tengo que desempeñar una misión divina y sabré hacerme digno de ella. Respondedme pues sin rodeos : basta ya de misterios y secretos : que genio oculto y singular, os dá la fuerza y el derecho de hablar con tanta altanería al gefe supremo del estado ! de que proviene el ascendiente que teneis en su alma ? Quien sois ?

» — *Una Artevelle.*

Estas palabras imprevistas y breves, fulminadas como el rayo, confundieron al rey de Inglaterra.

» — No es creible..... El Reward.....

» — En algun tiempo me llamaba su hermana.

» — Pues qué ? vuestro esposo.....?

» — Era su hermano.

» — No fué asesinado ?

» — Sí, señor.

« — Por quien ?

» — Que responda Artevelle.

» — Tenia hijos ?

» — No, señor.

» — Y su prodigioso caudal ?

» — Pasó al hijo del Reward. Era Felipe su heredero.

» — Y ha vengado la muerte de su tio ? ha perseguido al homicida ?

» — No ha hecho mas que recoger la herencia.

» — Es posible que no se hayan hecho pesquisas contra el asesino ? Qué motivo ha podido impedirlo ? Qué se ha dicho ?

» Que el desgraciado anciano se habia muerto.

» — Habia pruebas de ello ?

» — Ninguna.

» — Pero vos, siendo su esposa y su viuda ! no habeis podido saber.... ?

» — Todo lo hé sabido.

» — Era vuestro deber hablar.

» — Hé creído de mi deber callar.

» — Quien puede imponeros silencio?  
 » — Y quien puede forzarne á romperle?

» — Vuestro rey.

» — Está desterrado.

» — Vuestro juez.

» — Está en el cielo. »

Tenia Eduardo III una alma grande. La firmeza de Bertrade y la nobleza de su lenguaje le dejaron absorto, cesando con esto el interrogatorio.

Espantado Santiago de la primera declaración que salió de los lábios de la viuda, parecia estar al pié de la horca, con el dogal ya á la garganta. Las últimas respuestas de su cuñado parecian arrancarle del cadalso: respiró entonces, y cobrando aliento.

» — Bertrade! la dijo con tono débil; no trataré de rebatir las acusaciones de la maledicencia, porque hay casos en que justificarse es abatirse. Tan solo os haré una pregunta. Urbino ha desaparecido: donde se halla?

» — *Aquí*, grita una voz terrible, y Wenemaro se presenta.

Con altivo y sereno continente, la frente erguida y la cabeza levantada se acerca á Bertrade y la dice.

» — Escuchad una palabra, noble señora. » [www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

Artevelle se queda pálido de furor, y asiendo violentamente al soldado de la manga del jubon le pregunta.

» — Quien arrebató al príncipe ?

» — Yo.

» — Y donde está ?

» — En salvo, Urbino ?

» — Sí, Santiago. No está Flandes tan abandonada de la Providencia, que en medio del vasto naufragio público no pueda encontrar todavía un rinton de tierra, adonde no tengan permiso de subir las grandes aguas diluviales. Hay alguna parte que es un arca santa, donde han podido refugiarse los destinos de la nacion. Velandó Dios sobre el hijo de los reyes, conservará allí en depósito la regeneracion de un gran pueblo.

» — Wenemaro! interrumpe Bertrade: no olvidéis que Eduardo os escucha.

» — Guerrero! dice el monarca inglés:

Flandes se ha escogido su señor : respeta la voluntad de los pueblos.

» — Y quien pone á votacion esa cuestion? contesta Urbino acalorado : *un señor*. Se nos cree, pues, esclavos. Santiago ha roto el trono!.... para quien? En él veo un cabeza de rebeldes; en vano busco en él al elegido de un reino.

» — Posible es que la promocion de Artevelle haya sido ilegal: pero por mas que aparezca disputable la cuestion, no por esto deja de estar decidida; y delante de un hecho cumplido y sancionado, nadie tiene derecho de apelar. Dé donde venis?

» — Debo callarlo.

» — Que venis á buscar?

» — A Bertrade.

» — Es libre, puede seguiros.

» — No, señor, replica el Cervecero; no saldrán de aqui; me opongo á ello. Ese Wenemaro es un asesino: él es quien ha herido al conde de Male: Bertrade nos lo ha declarado. No se pierda de vista al homicida!

» — En este caso es preciso vigilar á Artevelle! responde Urbino con la mano

en la daga: él es quien dirigió el puñal. »

Eduardo volvió la cabeza con un ademán de horror. Iba á pronunciar palabras que hubieran dado la libertad á Bertrade, cuando entró uno de los arqueros del monstruo, trayendo en la mano un paquete farrado de cuero, y atravesando la sala se dirige á Santiago y le dice.

« — Señor, el conde ha desaparecido del hospicio, dejando su vestido. En él hé hallado este paquete misterioso que os entrego, y que debe ser importante. »

« — Cubrióse de un sudor frio la frente de Wenemaro. El tirano se apresuró á abrir el paquete sacando de él lo que contenia, y dando un grito de alegría y de triunfo se acerca con precipitacion á la chimenea que habia encendida en la sala, echa en ella todo el depósito del dominico y la llama lo devora.

No podia presumirse en aquel momento la viuda de Everghem que se compliese su destino quedando su salvaguardia aniquilada, y que ya sin apoyo en adelante, su fortuna y su existencia estaban á merced de aquel tirano.

Urbino, pálido, helado y mudo, disimula su desesperacion, siendo inexplicable su rabia al ver que no ha podido salvar á su amiga. Asoma á sus labios una sonrisa amarga, y abriga en el corazon una sangrienta idea. Su secreta meditacion era, digámoslo así, hirviente cual pudiera pintarse la venganza.

Nada tenia ya que temer el Cervecero Rey á la viuda de su hermano: ya puede atropellar á su enemiga, desprovista de las pruebas de sus crímenes pasados, é imposibilitada de hacer hundir el andamio de las supuestas virtudes del monstruo. El embustero puede quitarse la máscara, y marchar con la frente alzada.

» — Arqueros, dice en voz alta, apoderaos de esa muger!

» — Advertid que es vuestra hermana, dice Eduardo.

» — Nada importa! replica Artevelle. Es una tea de guerra civil, y cumplo con mi deber estinguiéndola.

» — Quien, ella!....

» — Lo probaré.

» — Podrá ser á vuestros ojos....?

» — La cómplice de los asesinos.

» — Cobarde, impostor ! esclama Bertrade ; tengo medios para confundirte. Pero antes de todo apelo contra tus violencias al rey de Inglaterra.

» — Tú misma, la responde irónicamente, acabas de negar sus derechos entre nosotros. Donde está tu patriotismo ? Cómo te atreves á apelar al extranjero !

» — Es preciso que el extranjero te conozca.

» — Si pero tú que hablas tan alto, sabes que es lo que acabo de quemar ? *el depósito del dominico.*

Pierde Bertrade el color : pasa por su vista una nube espesa que paraliza su valor , y un frio estremecimiento hiela sus venas. Santiago aprovechándose de la suspensión momentánea de las facultades morales de la viuda , hace una seña á sus arqueros y se la llevan presa. Despues acercándose á Wenemaro.

» — Urbino, dice el tirano en voz baja : tambien pudiera asegurar tu persona , y castigar tus ultrages : pero te amé en otro tiempo.... Huye !.... estás libre. »

( 29 )

Rechinando Urbino los dientes de furor, comprende la clemencia del perverso, nacida únicamente de miedo. Teme el demagogo un nuevo interrogatorio del rey de Inglaterra á la faz de un acusador enérgico, y solo por cobardía se muestra benigno. Sin embargo, Wenemaro acepta las humillaciones presentes con esperanza de futuras represalias. Le es de absoluta necesidad su libertad para sacar de las cadenas á Bertrade: meditó ya sus planes, y pensando únicamente en la venganza desaparece de la sala.

\*\*\*\*\*



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

## XII.

El usurpador de Gante y el soberano de Londres quedaron solos observándose. El hombre caído ve su caída en los ojos de otro; así es que el Cervezero Rey no tardó en notar tibieza en el trato de Eduardo. Pero inclinándose ante su augusto aliado, mucho mas bajo de lo que exigía la política, no dejó de mostrarse tan falaz como antes.

Cuando un alma humana ha llegado á dar libre entrada á los vicios, se naturalizan éstos en ella, y luego se convierten en hábitos y costumbres. Artevelle experto en artificios y hecho á la bellaquería, no tenía fé en ninguna moral, excepto en la de sus intereses. No habia podido elevarse sino humillando á los demas, y necesitaba en cuanto fuese posible una degradacion general para que nada pudiese sobrepujarle. Su avaricia se habia hecho proverbial: todo lo habia envilecido en Flandes, honor, nobleza y dignidades, para que no medrase alrededor de sí otro poder que el del dinero. Antes de subir á la alta potestad que egercia, valiéndose de máximas de revolucion, habia anonadado primeramente la obediencia al soberano, y despues ascendido al trono: dando con su posicion otro giro á sus ideas, habia querido construirse de nuevo una nacion sometida al monarca: pero el pueblo habia aprendido de él; que cada ciudadano no podia creerse con igual derecho á ceñir la corona, ora fuese tendero, príncipe ó soldado, ora juglar, titiritero ó ladron: habia recono-

cido en fin que mediante un alboroto, y puñales y delitos, se podia llegar á tener palacios, una corte, ministros y diademas: y gracias á aquellas singulares ideas el pueblo no podia ya ser gobernado. De este modo, segun el uso eterno, la ley del despotismo habia llegado á ser una necesidad de los dogmas de la libertad, y la independenciam nacional, bajo el yugo del Cervicero Rey, no era ya en todo Flandes mas que una igualdad de esclavitud.

Habia hecho preparar Santiago un espléndido banquete en la larga galeria del hospicio. Sentóse á la mesa el príncipe inglés, y la conversacion de entrambos personajes versó constantemente sobre las medidas guerreras que se habian de adoptar, para rechazar á los ejércitos franceses. Acordaron partir en aquella misma noche, y antes despachó Artevelle emisarios para que á toda priesa dispusieran en el tránsito fiestas públicas, previniendo á los flamencos que recibiesen al monarca extranjero como libertador, cuando iba á defender entre ellos el partido de la usurpacion y sostener el principio de las revoluciones.

Decretóse en fin el entusiasmo; pero el pueblo que se veía forzado á vitorear delante del tirano que erigió como soberano, en voz baja repetía: *Ya que nosotros hemos tenido el derecho de coronar su frente, tambien tenemos el de cortarle la cabeza.*

Pasose el dia en discusiones políticas, y en ellas halló medio de desarrollarse la locuacidad de Artevelle, mostrando superchería en todas las sutilezas de su language. Eduardo, grave y silencioso, escucha, reflexiona y juzga.

Acabado el banquete atronaron los oidos de todos los estrepitosos clamores que se oian de afuera. Uno de los oficiales del Cervecero Rey entra de repente en la sala y da una noticia imprevista. Los vasallos del Señorío de Odemburgo al saber la prision de Bertrade se habian sublevado enfurecidos, reclamando la libertad de su benéfica Señora. Eran en gran número, todos armados y capitaneados por un gefe valiente cual era Urbino Wenemaro.

El Cervecero Rey sin dar indicios de sobresalto se levanta, reúne sus guardias, y desde el atrio del hospicio quiere ir á ha-

blar á los sublevados. Eduardo en vez de seguirle se coloca en uno de los balcones del edificio, y allí como un observador indiferente, permanece testigo de la escena.

Los habitantes de la comarca guiados por Urbino, al aspecto del paisano monarca hacen resonar sus clamores gritando: *Viva Bertrade! Libertad, libertad!* y Santiago aprovechándose de un intervalo de silencio pronuncia su estudiada arenga en estos términos.

» Queridos compañeros, soy el elegido por la nación, el soberano que habeis elegido; mi vida, mi sangre, mi pensamiento, todo cuanto soy pertenece á vosotros. Pero os engañan, os alucinan. Por el bien de vuestra patria, por vuestro propio interés conviene que esté asegurada Bertrade. Esa mujer audaz habia jurado el esterminio de la plebe en beneficio de las potestades feudales. Tramaba aquí las mas negras conspiraciones para el restablecimiento de la dinastía destronada. Todo iba á llevarlo á sangre y fuego en vuestro suelo, si yo no hubiere acudido á socorroros. He descubierto sus infamias y seréis libres á despecho de

ella: sereis *pueblo soberano* . Amigos míos, os he salvado.

» — Muera el traidor ! muera el tirano ! responde Urbino con voz estentórea. Bertrade, alma pura y sublime, es la heroína de nuestros días. Su virtud es invulnerable. »

Aturde la multitud al Reward con chiflas y griterías, pero esto pierde luego su primera fuerza y empieza la desunion entre los sublevados, dando lugar á que Santiago continúe.

» — *Su virtud es invulnerable !* Quien se atreve á proferir tales palabras ! Flamencos ! yo os lo probaré. Bertrade es una muger deshonrada: no es ya vuestra Señora; la he secuestrado todos sus bienes, y desde hoy la declaro fuera de la ley de las naciones, indigna de poseer cosa alguna de Flandes y proscrita para siempre. Sabed, queridos compatriotas, que esa heroína flamenco que os pintan tan noble y tan pura se ha prostituido mil veces. Si se retiró al claustro de Odemburgo, fué para entregarse en él mas á salvo á sus impúdicos amores. Urbino, su caballero actual, es el

objeto de su nueva pasión, y ayer mismo, á pesar de los guardias que rodean de mi órden el hospicio, ha pasado la noche con ella... Han sido sorprendidos en el crimen. «

Sale de entre los insurgentes una exclamacion general de sorpresa, y el desgraciado Wenemaro se esfuerza en vano gritando *calumnia!* El veneno fatal obra rápidamente y se propaga y estiende entre los paisanos confundidos, como un fuego que prende en secos matorrales.

» PROSTITUTA » repite el gentio, y lo inesperado de la noticia añade poder á la acusacion. Es cosa harto sabida que en todos tiempos cuanto mas estraordinario es un hecho, tanto mas lo cree y lo adopta el populacho: para este nada tiene de ambiguo oscuro ó falso, pareciéndole increíble tan solo lo verdadero.

Asoma una maligna sonrisa á los labios de Artevelle. Baja del atrio y se mete entre el pueblo. Estrecha su mano la de los rebeldes, y canta en medio de ellos himnos llamados *nacionales*. El saltimbanque coronado da suelta á todas sus reservadas truanerías revolucionarias, y cuéntase como

perdida la causa de Bertrade.

Eduardo desde el balcon contemplaba aquel extraño espectáculo, oyéndolo y viéndolo todo.

— Miserable! decia entre si: Asi degrada cobardemente á una muger, y una de sus mas cercanas parientes, para ensalzarse con el oprobio! Ha calculado el fruto que pudiera sacar de la verguenza de un individuo de su familia, mirando tan solo como una ganancia lucrativa el envejecimiento de uno de los suyos. O que exceso de perversidad! y viste la púrpura semejante monstruo! »

Llega un joven guerrero, pálido, despa-  
vorido y anhelante á interrumpir las secre-  
tas reflexiones del principe, y conoce éste  
al desdichado Wenemaro, quien poseido de  
la desesperacion se arroja á los pies de  
Eduardo.

» — Señor, le dice, tened piedad de Ber-  
trade. La degollaria el bárbaro si pudiese,  
conforme á sus deseos. Déjese enhorabuena  
á la hechura del pueblo marchar libremente  
por las sendas del crimen: quien sabe hasta  
donde podrá llegar esta sangrienta carica-

tura de monarca, que tarde ó temprano, si hay justicia, será una horrenda presa de la horca: pero salvad, Señor, á una muger noble y virtuosa. Ni creéis ni podeis creer su deshonrra: el contacto del cobarde déspota no ha podido mancharos hasta el extremo de dar crédito á las mentiras, y aplaudir las perfidias. Solamente á reyes de alboroto es dado marcar con la infamia la frente de sus parientes. En nombre de todos los potentados de la tierra os pido, que no dejeis que se obre en el triunfo de un vil usurpador la degradacion de las magestades soberanas ! No patrocineis la desmoralizacion coronada ! Pensad que las monarquias ficticias matan las verdaderas monarquias ! Salvad á Flandes y á Bertrade !

» — Este pais no es Inglaterra, replica Eduárdo conmovido , y entrando del balcon, no puedo mandar en él como dueño

» — Porque no ? el instante es propicio: Santiago está fuera de estos claustros, y su guardia, á la cual está confiada la custodia de la prisionera, se compone de arqueeros ingleses. Hablad una palabra, y Bertrade queda libre. Será un honor para quieu cas-

tigue el crimen ! Señor os lo pido de rodillas. Vuestra alma es grande y generosa Venid ! hablo en nombre de Flandes. »

El príncipe enternecido titubea, y Urbino prosigue.

» — Ayer mismo, Señor, temblaba todavía Santiago Artevelle delante de Bertrade, porque esta tenía las pruebas de sus maldades. Ay de mí un conjunto de circunstancias aciagas puso en manos del tirano aquellas pruebas, y las quemó esta misma mañana en presencia vuestra en ese fuego. Así en que observaríais la mudanza repentina que se notó al instante en su lenguaje y en su modo de pensar: se vió libre de toda traba, respiró en medio de su rabia y su apuro, y reintegrado plenamente en sus antiguos goces de homicidio, ha podido abrazar de frente una nueva lontananza de atrocidades: vasta perspectiva, él gobierna; inmensa carrera, es rey.

» — Rey ! repite Eduardo.

Y su risa indica á un tiempo ironía, disgusto y compasión. No puede resistir el príncipe mucho tiempo á las súplicas fervorosas de Urbino: accede á sus deseos y le sigue.

La guardia inglesa del Reward, tal como Wenemaro lo habia previsto, no se detuvo un instante en obedecer las órdenes del soberano de la Gran Bretaña, su primer caudillo, y su verdadero Señor. Rompen las cadenas de Bertrade, y en tanto que Artevelle acaba de sugetar á su obediencia los rebeldes de Otlemburgo, Urbino le arrebató su cautiva. El Cervecero Rey luego que hubo vuelto á entrar en el hospicio, pregunta á sus arqueros por Bertrade: trata de trasladarla á una fortaleza donde tiene ya dispuesto el calabozo, y al saber que Eduardo la ha salvado se enfurece.



## XIII.

Que tumulto se oye en las márgenes del Lis? Toda la población de Gante unida á la de las cercanías obstruye las calles y encrucijadas de la gran ciudad. La famosa campana Rolando voltea (1), y las

---

(1) *En 1314 colocaron en la torre mayor de Gante una enorme campana llamada Rolando, que pesaba 12.383 libras, fundida por Juan Van Roosbeek. Carlos V la confiscó á causa de los alborotos que movió cuando la tocaban, en la famosa insurrección de la ciudad en el siglo 16.*

de S. Juan, S. Miguel, S. Nicolas, los Benedictinos y otras, tocan tambien á vuelo. La casa consistorial, y todos los parages mas públicos, de mas ruido y mas concurso, están llenos de inmenso gentío. Eduardo III acompañado de Artevelle llega á Gante en aquel mismo dia: El corregidor, los regidores, los gremios, la nobleza, el vecindario y el populacho en fin, todo está en movimiento en la ciudad con motivo de la entrada triunfante del monarca inglés. No es, sin embargo, el temor, ni el afecto, ni la cólera lo que impele aquellas masas de gente afuera de sus pacíficas moradas, sacando de su centro los hábitos del público: es naturalmente en unos una obligacion molesta, y en otros una curiosidad desdeñosa. No es nacional bajo ningun aspecto aquella fiesta, donde falta la felicidad y el verdadero regocijo. Todo se reduce á movimiento y ruido.

Habiase dado orden á los agentes del poder para prodigar aclamaciones populares al pasar Eduardo y Artevelle. Las antiguas casas de Gante, de fachadas de madera y techos puntiagudos, para resistir las nieves

y las intemperies del norte; sus góticos palacios feudales coronados de almenas y flanqueados de torreones, estaban adornados, de grado ó por fuerza, con viejos tapices flamencos. Las calles estrechas y tortuosas de la célebre *Vanda* (1), ostentaban de pared á pared ghirnaldas de flores y follage, y formaban bóveda imitando una floresta. Faroles de vidrio, de hule y papel, pintados de colores y suspendidos en todas partes, debían iluminar la ciudad al anohecer, resplandeciendo al mismo tiempo los más esquisitos y magníficos adornos en los balcones y fachadas de las casas principales.

El agudo sonido de los clarines y el campaneó de todas las torres anunciaron la entrada del Reward, y el populacho se agolpó

(1) *Algunos escritores suponen que Gante debe su denominacion á los Vándalos que hicieron una irrupcion en la Bélgica en el siglo 5.º, y dieron á aquella ciudad el nombre de Vanda, mudado despues en el de Ganda ó Gandarum castrum (Castillo de Gante.)*

á su paso con estruendo, semejante al de un edificio que se hunde. Los vocingleros pagados, aquellos cuyos pulmones vendidos tenían costumbre de aclamar y vocear en ocasiones, ya fuese por delitos, ya por victorias: los promovedores de embriaguez pública estaban ya en ejercicio de entusiasmo. Pero en medio de este frío delirio se confundían el silvido con las risotadas, y los vayas y rechiflas con los aplausos; había flemma en el desórden y mofas en los rebatos. Verdaderamente hablando, únicamente era esto para la magestad vulgar la idea de una ovacion. A casi-magestad, casi fiesta.

Eduardo atravesó por medio de la multitud saludando graciosamente, y Santiago alargaba sus manos por derecha é izquierda á todos aquellos que no tenían vergüenza de responder con demostraciones de mala crianza, á indicaciones sin pudor. Los clérigos, los estudiantes y el pueblo le examinaban con la insolente mirada de un amo imperioso, y amenazándole por su instigacion al gefe demagogo, los promovedores de ruidos se agitaban para organizar algún motin; pero la gente armada del déspota

estaba apostada en todos los puntos de la ciudad, y la multitud embobada y aturdida, forzada á reprimir su pensamiento, no tenía libertad y permiso sino para aplaudir al poder que la tiranizaba.

Los soldados de Artevelle llamaban la atención con su hermoso y lucido porte, formados á lo largo del gran canal de Gante. Llevaban un lujoso uniforme compuesto de un jubon de tela de seda flamenca, con chapas de acero en los hombros y en el pecho, y calzones de azul y verde oscuro; un almete de hierro cubria su cabeza, arrastraban al lado un largo sable, y embrazando en la izquierda una rodelilla redonda, empuñaban con la mano derecha una maciza partesana, que ricamente adornada y en estremo tersa deslumbrada con los rayos del sol que en ella reflejaban.

Pero en tanto que la comitiva anglo-flamenca seguia agrupada una carrera murada de humanos rostros, y hendia penosamente las oleadas de espectadores estúpidos, dos extranjeros se introducian furtivamente lejos del ruido y de la batshola, en uno de los extremos de la calle de Brabante,

en casa de un vicario de la parroquia de S. Juan. El uno, armado de pies à cabeza tenia calada la visera, y el otro vestido de hermana de la Caridad, llevaba el rostro tapado con un capucho: eran estos desconocidos Wenemero y Bertrade.

Habia enviado Artevelle muchos confidentes suyos en persecución de entrambas personas, y ninguno de ellos habia podido descubrir las huellas de los fugitivos. Urbino habia juzgado que para escapar de las pesquisas, lo mejor de todo era tomar el camino real de Gante, dejandose de caminos estraviados ó poco pasajeros, y efectivamente les buscaban por todos menos por aquél. Pasaron, pues, desconocidos, sin llamar la atencion de nadie, por medio de poblaciones ansiosas de fiesta y de novedades. Ningun acontecimiento desagradable interrumpió su camino, y Bertrade se encontró al cabo en casa de un amigo.

Van Hulein, vicario de S. Juan, recibió à los fugitivos con extraordinaria satisfaccion y afecto. Acababa de saber que se habia dado un decreto de proscripcion contra la viuda de Everghem, y el piadoso eclesiástico se asus-

taba al pensar en el porvenir que les amenazaba. Sabia, en fin, que Santiago Artavelle era hombre inclemente, ageno de toda idea de misericordia.

Era la intencion de Bertrade no permanecer en Gante mas de un dia. De allí debia conducirla Urbino á Brabante, donde tenia seguridad de ser recibida con júbilo por la princesa Margarita: no dejaria de haber peligro en el viage, pero este seria corto.

Habia referido Wenemaro á su compañera de infortunio el modo con que pasó á manos del conde de Male el depósito del dominico, y la noble señora derramó lágrimas de ternura al saber la desesperacion del príncipe por la pérdida del paquete.

Los fugitivos despacharon para Rethelsee un agente fiel encargado de tranquilizar al conde por el sobresalto en que estaria á causa de los últimos acontecimientos en el hospicio de Odemburgo, y Urbino escribiendo á Gerardo Dionisio, le recomendaba encarecidamente que cuidase al heredero del reino, previniendole ademas que no tuviese recelo alguno en caso de que su ausencia se prolongase. Tenia determinado no volver

adonde estaba el príncipe, hasta que hubiese dejado en salvo á la proscrita.

Hizo Wenemaro varias preguntas á la cuñada de Artevelle acerca de las adversidades de su vida, y aunque tal vez ella se hubiese podido deséntender todavía de hacer aclaraciones sobre este punto, las circunstancias la obligaron á explicar el misterio del interesante paquete. Dejando aparte todo espíritu de encono y venganza, se detuvo poco en las iniquidades de Artevelle, y el amante de Ncolia solo consiguió saber de la admirable viuda los datos siguientes.

» Era Bertrade de alto linage. Habiéndola dejado pobre su padre al morir, vivía en el mas oscuro retiro, cuando el hermano mayor del futuro Reward la vió por primera vez y quedó prendado de sus gracias. Pedro Artevelle poseia inmensas riquezas, las puso a los piés de la honesta doncella y el altar recibió sus juramentos. Tenia Pedro á la sazón cincuenta años: hasta entonces se habia manifestado decidido á no casarse jamás, y ya habia legado formalmente todos sus bienes á los hijos de Santiago Artevelle. Este último desesperado

de un himeneo que podia arrebatarse para siempre el acrecentamiento de un caudal con que habia contado, tan solo pensó ya en los medios de recobrar por el crimen lo que el amor le habia quitado, y á poco de su casamiento murió Pedro asesinado.

» A pesar de esto, antes de espirar aquel desventurado, tuvo espíritu para trazar con su sangre algunas palabras, que denunciaban el homicidio y el homicida, que era su hermano: pero no habia tenido tiempo de revocar su disposicion testamentaria, y las vastas posesiones de Pedro recayeron en los hijos de Santiago.

» No es fácil explicar el dolor de Bertrande. Todo le fué arrebatado á un tiempo: esposo, sosiego, caudal y felicidad. Solo ella era sabedora de la espantosa revelacion del moribundo. Y que partido habia de tomar? qué habia de hacer? No tenia mas recurso que deshonrar para siempre á la familia de Artevelle, y hacer perecer en el cadalso á aquel cuyo apellido tenia ya ella misma. Retrocedió al pensar en el tremendo fallo de la justicia humana, y apartando de sí

la venganza se espatrió viviendo ignorada mucho tiempo.

» Habia dejado el apellido de Artevelle: los pocos bienes que poseía los dedicó á obras de beneficencia; hizo largas peregrinaciones, y siendo individua de diferentes asociaciones de caridad, se encontró en íntima relacion con los príncipes y los pobres, con las cabañas y los palacios. Divulgóse en breve de ciudad en ciudad la fama de sus virtudes: su palabra convertia los pecadores, su presencia consolaba los desdichados, y su apoyo y proteccion salvaba al oprimido. Asi llegó Bertrade á ser una potestad.

» Mientras esto pasaba proseguia Artevelle la carrera de sus crímenes. Nuevas circunstancias hicieron saber á la vinda de Pedro una serie de nuevas atrocidades cometidas por Santiago para aumentar mas y mas sus riquezas. Cayeron las pruebas de ello en sus manos; bastaba con que hablase una palabra para que al momento se hundiera y desapareciese para siempre la inmensa elevacion de su cuñado, y no ostante continuó callando.

El célebre Cerbecero de Gante tardó poco en descubrir que una mujer sabia las cosas mas secretas de su vida, y que aquella era su cuñada. Bertrade que debia temblar por su existencia, tomó una determinacion atrevida, y fué la de entregar secretamente á un sacerdote los documentos que atestiguan los crímenes de Santiago, dándole orden de publicarlos sin titubear, en caso de que ella pereciese de muerte violenta. Hecho esto pidió á su cuñado una audiencia particular, y el perverso consternado supo entonces que estaba perdido si la daba muerte. Vióse, pues, obligado á velar por los dias de Bertrade.

» ¡Oh destino singular! El homicida tiembla al pensar que un accidente funesto puede dar muerte violenta á la misma cuya vida se ha hecho indispensable á la conservacion de su honor, y cuya existencia es no ostante el eterno espanto de sus dias. Conoce su placer en ser benéfica y la prodiga pensiones: cree que las grandezas podrán seducirla y la ofrece señoríos. La noble vinda se aprovecha de su ascendiente sobre él, no para tener goces y privados, sino

para remediar las miserias públicas, y su verdadero nombre queda ignorado.

» Pero ¿como asesinó Artevelle á su hermano? como adquirió Bertrade las pruebas de aquel crimen y de otros que fueron consecuentes? Siempre rehusó dar á luz aquellos espantosos misterios. Juró no esponer jamas el apellido de su esposo á la ignominia, y el sobrino de Gerardo tuvo que hacer muchos esfuerzos, bajo palabra de secreto, para sacar de ella con maña los pormenores que se acaban de leer.»

La viuda de Pedro Artevelle que se interesaba tambien por Wenemaro, exigió de él igualmente entera confidencia de sus aventuras pasadas, y él sin disimular cosa alguna descubrió su corazon á Bertrade.

» - Así lo habia yo previsto, le dijo ella. Habias hecho mala eleccion de tu amor. Te acuerdas de Everghem? Alli te dirigí estas palabras: *Has estudiado á tu idolo?*

» — Y me he deshonrado precisamente por la querida de Felipe Artevelle! repetia Urbino: por la querida de un Artevelle!

» — No pienses ya sino en el conde de Male. Olvida la sobrina de Hamstede.»

El vicario de San Juan sin dejar de atender solícito al bien estar de Bertrade, tiembla por su seguridad, y se lo manifiesta: pero la valerosa viuda tiene fé en el cielo que la protege, y una voz secreta la tranquiliza. Conoce que siendo digna de una gran mision, es llamada para servir á la causa nacional, á ayudar á derribar al usurpador, y á ver que vuelve á ocupar el trono el heredero legitimo de la monarquía. Cumplirase su destino.

» — Desechad todo sobresalto, dice ella al sacerdote. Por mas que Santiago haya jurado mi muerte, yo me libraré de su rabia. Se acerca el dia de la justicia divina, y yo veré el crimen castigado.

» — El pueblo, responde Van Huleim, está ya cansado del nuevo amo; pero tambien Gante, segun dicen, va á ser circunvalado de formidables baterías, desde donde el rey popular podrá aterrar como quiera al populacho (1). Se habla de bocas de

---

(1) *Este proyecto concebido por Arteveulle, fué ejecutado despues por Carlos V.*

fuego, situadas de modo que puedan abarasar la ciudad (1), y la usurpacion parapetada de este modo sostendrá su poderio. Si el usurpador consigue segun sus planes acantonar así su despotismo en el centro de la nacion, no tardareis en verle revolcar en el polvo lo que le ha elevado á la púrpura. Necesita hoy dia esclavitud el que en otro tiempo predicaba libertad: tal fué siempre la salida de los revolucionarios. El tirano sigue los usos inveterados.

---

(1) *Uno de los mayores cañones que se han conocido, fué forjado bajo la dominacion de los Artevelles. Pesaba 33606.*

*Tenia diez y ocho piés de largo sobre diez y medio de circunferencia. Esta pieza cariosa existe todavía, y la llaman la Maravilla de Gante. Froissard ha hecho la descripcion de ella. En aquella época se comenzó á hacer gran uso de máquinas de guerra llamadas engines, tan destructoras como nuestras bombas.*

» — Gante fortificado ! esolama Urbino : y fortificado contra el pueblo ! Podrán sufrirlo los ganteses ?

» — Bien lo necesitan, dijo Bertrade, si Santiago continua reinando.

» — Ay de mí ! replicó Van Huleim. Un pais en revolucion todo lo sufre. Su suerte, por mas que lo repugne, es la de beber todos los cálices de humillacion. Nada embrutece tanto, nada corrompe ni envilece tanto el carácter moral de un reino como una serie de mudanzas políticas. El pueblo en medio de las tempestades intestinas pierde honor, virtudes, tradiciones y religion : cree á todos los monstruos sin tener fé en Dios, y adopta todos los caminos excepto el que conduce al bien. Teniendo un raro conjunto de leyes, porque cada partido vencedor forma la suya en su tránsito, no distingue ya las verdaderas de las falsas ; se posterna caido delante de millares de voluntades y de máximas, sin distinguir cuales son las buenas y sin saber donde se encuentran. Su mayor calamidad es él mismo. La riqueza pública presa de los dila-

pidadores, y en cierto modo echada á la suerte por los ministros de la magestad advenediza; por último, la nacion agoviada bajo el peso del oprobio se desploma y perece. [www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

» — No sucederá así en Elandes, interrumpe la viuda con energía. Se levantará mas grande que nunca de su caída momentánea. No está lejos su jóven salvador.

Dios os oiga! A pesar de eso me parece que aun no han llegado á su término los dias aciagos. Hay entre nosotros guerra civil moral. Estéril es la sangre derramada. Aun no se han abierto los ojos, aun hay ceguedad: no se reflexiona, se irritan, y la usurpacion gozosa con las discordias que la favorecen, oprimiendo á un tiempo al bien y al mal, descargando contra el crimen y la virtud, burlándose de lo verdadero y de lo falso, levanta con insolencia sobre las reliquias del órden social su balanza revolucionaria, nivel de tiranos y de ateos.

» — Dejemos cnanto antes esta ciudad, dice Wenemaro á Bertrade. Brabante es

fiel á sus príncipes: en él encontrareis un refugio, á no ser que los agentes del Re-ward muevan allí algunas revoluciones.

» — Ya lo han intentado, responde Van Huleim; pero la revolución flamenga, con sus extravagancias, sus torpezas, sus crímenes y sus desgracias, no tienta ya á los pueblos vecinos. Es la esclava embriagada que Lacedemonia enseñaba á los muchachos para que detestasen la embriaguez. Ya ni marcha ni progresa: es el tullido que anda á rastra. Le queda á la verdad un vozaron que aturde, pero le faltan las piernas. Impedida así de dar prendas á las demas naciones por su nulidad y desmoralizacion, no teniendo á ninguna otra á quien azotar, la desdichada necesita absolutamente una presa, y roe y se devora á sí misma. »

Hubiese continuado la conversacion, pero el eclesiástico pensó en que los fugitivos debian ocuparse con preferencia á todo en burlar las pesquisas de Artevelle. Prisiones arbitrarias, escesos de autoridad, y visitas domiciliarias son los hábitos de la

(58)

tiranía, que jamás tiene escrúpulo, en caso necesario, de apelar al terror en su auxilio. Van Huleim no perdonará medio alguno para salvar á la célebre viuda: Dios le prestará socorro.



#### XIV.

La ciudad de Julio César (1) había recibido bajo sus murallas al soberano de la

---

(1) Hay autores que sostienen que fué fundada por Julio César la ciudad de Gante, después de la sumisión de las Galias. Otros al contrario, como queda dicho, suponen que lo fué por los Vándalos.

Gran Bretaña, y el antiguo palacio de los condes de Flandes, construido por Balduino *Brazo de hierro*, era la morada del real extranjero. Estaba el monarca sombrio y pensativo, y envió á llamar á Artevelle.

» — Reward, le dijo: mañana mismo partiremos para el ejército. Hé prometido grandes envios de lanas de Inglaterra á las diputaciones de Bruges, de Ypres y de Courtray (1). Estoy contento de la buena acogida de los flamencos. Pensemos ahora en nuestros enemigos exteriores, y marchemos desde Gante á Paris.

» — Mucho hay que andar, responde Artevelle.

» — El camino tendrá mas de un obstáculo, replica Eduardo con tono severo: pero el espíritu de revolucion que nos precederá invadiendo el territorio francés, puede facilitar en él nuestra empresa. Se os pasó la hora de andar á tientas con hos-

(1) *Van Praet*, Hist. de Flandes, tom. 2.

tilidades por afuera. Confundid á Valois con golpes populares.

• — Si Flandes desaprobáse la guerra....

• — Y quien la pide dictámen! No se trata hoy dia de andar con mano blanda con los insubordinados del pais. Es necesario que vuestros apretones de manos se cambien en presiones de férreas esposas.

• — Señor, obedeceré sin réplica á V. M.; pero permitid que os haga algunas observaciones. Mi boca ha hecho oír á los flamencos las palabras de libertad: bien sé que estas mismas palabras no son en cierto modo mas que andrajos sucios y dorados, que se sacuden sobre una nacion para inspirarla por un efecto mágico el frenesí de locura que es necesario; mas sin embargo, cuando se han llegado á soltar tales voces, es menester llegar por grados á usar un lenguaje inverso. Precipitar un golpe es errarle. Detesto tanto ó mas que vos esas masas estúpidas de la multitud, llenas de pasiones sangrientas, que se estienden en una revolucion como la gangrena en las llagas: pero seria imprudente y torpe hollarlas antes de tiempo.

» — Voy á hablaros sin rodeos, responde el príncipe de ultramar. Hé visto y oído mucho, desde mi desembarco á Flandes, y hé mudado de ideas con respecto á vos. Me parece ya imposible que podais conservar todavía mucho tiempo entre vuestros compatriotas el poder de un soberano. Así como vuestros principios de revolucion han tocado retirada delante de vuestros intereses de monarca, así ha retrocedido la moral pública delante de la demagogia coronada. Rewad! disimulad mi franqueza: me pareceis sin la corpulencia necesaria para luchar á un tiempo contra el gigante popular que os amenaza, la monarquía legítima que os ataca, y el orden social que os rechaza. »

La magestad vulgar perdió el color al oír esto. En su faz medio arrogante y embelesadora, el miedo mismo tomó un aspecto de desden, y al fin replicó con tono grave.

» — Quien se atreverá á tocar á mi cetro?

» — El hijo de un rey.

» — El conde de Male?

» — No, la nacion le ha proscrito.

» — La nacion! repite irónicamente Ar-  
tevelle. Eso se puede vender seriamente á  
la turba ignorante y crédula, cuyo ali-  
mento es la mentira, y la ceguedad el  
destino: pero á mí... ociosa jocosidad.

» — Abdicad! continúa Eduardo. Pre-  
ciso es haber nacido rey ó genio para im-  
poner una voluntad de bronce á una na-  
cion turbulenta. El populacho revoltoso,  
apeteciendo destrucciones ha jurado guerra  
al comerciante y á los blasones del señor:  
los propietarios no le parecen ya sino unos  
entes de circunstancia, y las autoridades  
muñecas pasajeras. Santiago, abrid los ojos!  
vivid alerta! Si el pueblo hace ensayos to-  
davía, pidiendo sangre y cabezas para mar-  
char en su magestad, ¿qué sereis vos? el  
despojo de sus glorias.

» — Proseguid, replica con tibiéza el  
Cerveceo: quien es el salvador en quien  
V. M. ha puesto la mira para gobernar  
en mi sitio y lugar? ¿Quien es el grande  
hombre?....

» — Mi hijo.

» — El Principe negro?

» — Un joven héroe.

El Cervecero Rey deja escapar de sus labios una sonrisa torcida y burlona, quedando serena la frente del hipócrita.

» — El príncipe negro! repite. Lo habeis pensado bien, señor. Al fin sería un usurpador como yo. Si un poder, así como vos lo pensais, no puede durar sino en tanto que tiene para mantenerle alguna cosa anterior á él y superior á la voluntad general, tal como la sancion de los tiempos y el principio de la legitimidad; la monarquía creada por la conquista se convertiría en polvo tan pronto como la monarquía nacida de la revolucion. Meditadlo bien, príncipe inglés! Quien mucho abarca poco aprieta. Vos ambicionais Francia y Flandes: porqué dejais la Alemania? No tendreis ni Paris ni Gante.»

Y el inglés sin darse por ofendido de estas espresiones proferidas con frialdad, continuó la conversacion.

» — Reward! mi hijo reunirá en su persona cuanto impone á las naciones: nacimiento, fama y talentos, juventud y belleza, poder y genio. Quien podría ar-

rancarle la corona que llegára á ceñir su cabeza? La Europa? Temblaría delante de la voluntad de Inglaterra. El espíritu de rebelion? se desvanecería ante la valentía de su espada. Los príncipes legítimos? desaparecerían al ver la reprobacion general. Además, vos seríais el apoyo de mi hijo, el primero de todos despues de él; escogeríais el título que mejor conviniera á vuestro alto estado; vuestros tesoros se acrecentarian aun mas: no tendríais ni caida que temer ni rivales que arrostrar: aseguraríais para siempre el reposo del reino, vuestro nombre se haría inmortal en lo presente y venidero, y éste sería el papel digno de Artevelle.

— Y habia yo de pasar el cetro á un extranjero! Juzgais ese papel digno de mí! Yo no quiero ser digno de él.

— Miradlo bien. La nobleza y los principales propietarios han jurado vuestra caida en Flandes, porque conocen, no sin razon, que donde no hay ya deberes invariables, tampoco hay ya seguridad comun. Las últimas clases de la sociedad, que por su parte saben por esperiencia que hay tra-

ses de sucesos, aunque solo fuese por tres días, valiéndose de las mas locas infamias piensan en darse la diversion de una nueva mudanza de jefe, esperanzados de ganar en el alboroto. La gente de tienda, que palmoeará aplaudiendo cualquiera promocion que dé impulso al tráfico, comienza ya adquirir el convencimiento de que el hijo de las conmociones no puede ser el padre de la industria. En semejantes circunstancias ofrece pues garantías á todo el mundo el Príncipe negro. Como caballero defenderá los derechos de la nobleza; cual guerrero ensalzará la gloria del ejército; siendo elegido del reino mantendrá las franquicias del pueblo, y como negociante ialeño hará prosperar el comercio. Titubeais todavía, Artevelle?

» — No soy árbitro de decir la suerte de mi patria. Consultadlo al pueblo flamenco.

» — Os reis de mí, noble jefe! Acaso no sabemos ambos lo que significa detras de la cortina la bufoneria política llamada *Foto de la nacion*? Jamas ha podido expresar una nacion su voto libremente,

Se le hace saber lo que ha roto, lo que ha rehecho, lo que ha destruido, y lo que ha fundado: se le declara en fin con énfasis que ha sido gloriosa en sus trastornos y sublime en sus reedificaciones.

» — Quereis, pues, que yo proclame en nombre de Flandes, que quieren aquí á vuestro hijo ?

» — Nadie mejor que vos sabe seducir las gentes, imponer respeto á la multitud. Se forman reuniones, se derrama en ellas el oro, se habla, se paga y se triunfa.

» — Es necesario vencer primero á la Francia.

Creyó el rey de Inglaterra que aflojaba la resistencia de Santiago y parecióle asegurado el éxito de su plan. Reinó por algunos instantes un profundo silencio entre ambos poderes: inquietos, y al cabo fué Eduardo el primero que le interrumpió.

» — Reward, tengo en vos un amigo ?

» — Sí, Señor, un amigo constante.

» — Descubridme, pues, vuestros secretos pensamientos.

» — Ya que lo deseais, oidlos. Déjense para despues vuestros proyectos sobre Flan-

des. En lo que debéis pensar ante todas cosas, es la conquista de Francia. Que es Gante, comparado con París? Romped el cetro de los Valois como yo he roto el de los Nevers, y desde hoy mismo proclamaos rey de los franceses,

» — De los franceses!

» — Sí, Señor, aquí mismo. Os haré reconocer como tal por todas las provincias flamencas: tengo medios y fuerza para hacerlo. Mi ejército os saludará con enagenamiento como heredero de las lises, heredero casi legítimo. Esta manifestacion atrevida resonará lejanamente; será un choque contra el trono atacado; y la capital de los Valois se resentirá de los sacudimientos. Consigase despues una victoria en Tournai, y yo os veré monarca en París.»

Brilló el rostro de Ed ardo con todo el fuego de una grande esperanza, y mostróse risueño al jefe demagogo.

» — Y mi hijo?

» — Que gobierne en Londres. Bien puede uno contentarse con Francia. Hay dos coronas! cada uno la suya.

» — Santiago! quereis la tercera?

- » — Será de justicia.
- » — Vamos á pelear.
- » — Rey de los Franceses, la gloria siga á vuestras armas.
- » — Príncipe flamenco! triunfen las vuestras. En los campos del honor se vá á jugar vuestro porvenir. Si no gano á París quiero á Gante.
- » — Pero el derecho?...
- » — El derecho es hoy la fuerza.
- » — En ese caso somos iguales.
- » — Que quereis decir?
- » — QUE YO REINO.





[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

## XV.

Estaban reunidos en corro en una de las espaciosas salas de Rethelsea los tejedores, bataneros, tundidores y tintoreros de la fábrica de Hamstede. Era mediodía.

» — Sabeis la gran noticia ? dijo un maestro de obrador á los cardadores que le rodeaban. El principe de las lanas inglesas ha tejido mal su tela de batallas. Los pi-saverdes de la flor de lis han derrotado

á los campeones de la lanzadera. El Valois ha mondado tan goapamente las filax del Gantsé, como un cardador el vellon de una oveja. Nuestro rey tundidor está tundido.

» — Pues donde se han batido?

» — En Tournai.

« — Compadre, replicó un batanero, que ha hecho el Cervecero ?

» — Ruin gesto: Los suyos andaban á la rapiña por la parte de Arques, y allí á primeras de cambio le han cercenado cinco mil. Despues el truan de capa real, portándose como un gallina ha liado el hato tomando las de villadiego (1).

» — Oiga ! eso será quizas un embuste, replicó un partidario de Artevelle. Hay quien se divierte en echar mentiras. No ha sido en vano vendedor de quesos y mozo del ramillete (2) nuestro traficante en

(1) *Todos los historiadores están conformes en que Santiago perdió mucha gente.*

(2) *Empleo que le dieron en la corte de Francia.*

cerbeza. Sus vueltas de un oficio á otro, y sus peregrinaciones de aquí para allí, le han adiestrado en saber de satollarse hábilmente de todo apuro. Yo tengo la mayor confianza en ese zorro que ha sabido abrazarse con un leon. El subirá alto...

» — A la horca! interrumpió prontamente un viejo tejedor.

» — Voto va brios! añadió un batanero, bien merecida tendrá la elevacion de que el cáñamo tendrá el honor. Porque no se habrá estado con sus cubas? No es bueno el ruin faldero para hacer de noble lebrél, Quien paga lo roto? La patria,

» — Dejemos eso, responde un desengrasador. Que coronen ó que ahorquen á Santiago, no es asunto para nosotros. El amo Hamstede nos paga para trabajar en su fábrica, y no para tratar de cetros.

» — Verdad es, dice un mozo tintorero. Hablemos de otra cosa compañeros. Hay aquí un doncel herido, lindo muchacho á fé mia! Que diablos querrá hacer de él nuestro amo? Le agassaja ni mas ni menos que si fuese heredero de príncipes. Yo estoy como lelo de ver esto.

» — Será tal vez algun estadiante; contestó un maestro cardador, algun clérigo á la manera de aquel *Petrarca* (1) tan festeado en Gante por nuestros padres, algun embadurnador *de papel de Padua* (2), á quien algun camarada habrá estoqueado por venganza. En este año segun relacion de los regidores han llegado á 14000 los asesinatos (3).

» — Sin embargo, hay leyes.

» — A millones. Pero esas eternas embusteras, con sus pomposas lisonjas ayudan á los fuertes á esterminar á los débiles.

(1) *En 1274, fué el tierno Petrarca á suspirar algunas de sus inmortales canciones en las márgenes del Lis y del Escalda. Admiró la poblacion fabril é industrial de la ciudad de Gante, y la juzgó superior en prosperidad á todas las ciudades que habia recorrido desde su salida de Italia.*

(2) *En aquella época fué inventado el papel en Padua.*

(3) *Historia de Gante en tiempo de Artevelle, por Agustin Voisin; pag. 27.*

A esto se reducen desde inmemorial. Y que le hemos de hacer?

» — A la tarea! » grita una voz, que era la del fabricante Hamstede, y todos vuelven al trabajo. [libtool.com.cn](http://libtool.com.cn)

Acababa de detenerse en aquel momento un caballero en una de las barreras de las entradas de la fábrica. Sale á su encuentro el tío de Neolia, y conoce á Wenemaro. Llégase á él con calma el astuto viejo y le dice.

— Jóven, estábamos aguardandoos.

» — Como está el herido? pregunta Urbino frunciendo las cejas.

» — Casi curado.

» — Llevadme á verle.

» — Todavía no.

» — Que, se negará á recibirme?

» — No; pero antes de que entreis donde está, tengo que hablaros en secreto.

» — Hablad.

» — Nuestro príncipe... »

Hace Urbino un ademán de sorpresa: el viejo se sonríe y prosigue.

» — Todo lo sé: sosegaos. El heredero de los condes de Flandes no ha querido que

yo ignorase quien es, conociendo que era menos arriesgado hablar que callar. Se ha entregado con confianza á la lealtad de un hombre hospitalario, y yo le conozco ahora bastante para estar seguro que si él ha tenido razón para contar conmigo, yo no me equivocaré en contar con él. Los tiempos van á mudar para entrambos. Me comprendeis?

» — Perfectamente. »

Urbino conoció á Hamstede. El astuto viejo pregeia lo futuro, y como muy hábil habia juzgado con mucha anticipacion que la usurpacion no era cosa facil de aclimatar en una tierra noble y leal. Eclipsada ya la estrella de Artevelle, el tio de Neolia se habia declarado adicto al astro saliente que prometia cubrirle un dia con sus rayos protectores : de modo que el conde de Male no tenia en todo Flandes un partidario mas exaltado que Hamstede.

» — El usurpador ( prosigue el viejo ) me habia engañado como á otros muchos. Yo le crei hombre virtuoso, y ví que era calculador únicamente. Dañoso á todos, útil para sí solo, como un cancer ardiente que

devora las entrañas de la nación, mientras tenga vida todo morirá.»

Diferente era el language de Hamstede en la aldea de Riderwode, y de ello se acordó Wenemaro.

» — Vuestro cuchillo ha herido al príncipe, añadió el fabricante; pero Luis ha visto vuestro remordimiento y su grande corazón ha perdonado.

» — Me habláis aquí de orden suya?

» — Nada de preguntas inútiles.

» — Pues menos palabras y al hecho.

» — No entrareis á ver al príncipe hasta que me hagais una promesa formal.

» — Una promesa!... De que?

» — No ignoro la religiosidad con que cumplís vuestros juramentos. El que hareis ahora con respecto á mi, nada tendrá de opuesto al honor: será mas bien un deber para vos el hacerlo. Si os negaseis á ello, os cerraré mi casa. Que reparo se os ofrece?

» — Ninguno.

» — Aceptais mis condiciones?

» — Explicaos, y despues veremos.

» — Habeis amado á Neolia.»

Arrugose de espanto la frente de Urbino, pareciendo que acababa de introducirse en sus venas el aguijón de un réptil venenoso. Agolpáronse á su mente mil recuerdos distintos y atormentadores, abriéndose de improviso todas las llagas de su corazón como si fuesen á manar sangre todas á un tiempo.

» — Y á que viene ese nombre? exclamó. Remordimientos, desesperación, anatema, todo se encierra en él... en un nombre... Acabose!

» — Solo se cura una herida, responde el taimado comerciante, habituándola á ser manejada. Tengo que hablaros, de mi sobrina: me oireis de buena ó mala gana. El objeto de vuestros primeros amores, Neolia...

» — Viejo... Acabad. »

Y la voz ronca de Urbino saliendo de sus trémulos labios, parecia desgarrar su pecho al salir. Consigue ponerse no obstante sobre sí: calla y no interrumpe ya.

» — Neolia, continua Hamstede, ha sido engañada por un cobarde. Irreparable fué su desgracia: pero la desventura no es de-

lito. Vos y ella sois en este momento las dos mitades de un árbol desgajado por el rayo: no tiene ya remedio: pasemos adelante.»

El negociante hace una pausa, y Urbino impaciente cruza los brazos y espera que hable.

» — Ya no amais á Neolia, prosigue el pérfido tutor. Ningun cargo os hago de esto, pues seria injusticia ó locura. Pero os creo de corazon tan generoso que no descareis que quede envilecida para siempre mi desventurada sobrina. No abuseis pues de la confesion que ella creyó debia hacer al hombre de honor que la amó. Su falta y la deslealtad de Felipe Artevelle, son secretos ignorados del público: queden, pues sepultados en vuestro pecho. Prometédme lo, yo lo exijo. Seria odioso, ó jóven, complacerse en la degradacion de una muger. Semejante infamia no conviene sino á esos monstruos coronados, que para consolidar su poder al estilo de Artevelle se escudan con el oprobio. Urbino, Neolia os implora.... Que la respondo yo?

» — Donde está?

» — Que os importa, Wenemaro! Nada hay ya comun entre vosotros. Ella misma me ha contado la última conversacion que tuvisteis juntos en la capilla de Odemburgo: conversacion que os ha separado para siempre. Si os encontrais en el mundo, haced como si no os conocieseis. Es imposible toda reconciliacion: esta seria una mengua para vos, y un suplicio para ella.

» — Sin duda, responde Urbino. »

Y su mirar triste, profundo é imperturbable, estaba misteriosamente fijo en alguna mision de su pensamiento, indicando una distraccion lúgubre.

» — Neolia ha mudado de nombre, prosigue el impasible viejo. Vive en absoluto retiro, y los que la rodean la llaman *Elberga*. No la descubrais Wenemaro!

» — Descubrirla!... Soy incapaz de eso.

» — Prometedme no revelar jamas á nadie que *Elberga* ha sido *Neolia*, y que fué en otro tiempo vuestra amante. Prometédmelo delante de Dios.

» — Os lo prometo solemnemente.

» — Dadme la mano.

» — Tomad.

» — Entrad ahora en mi casa. Está abierta para vos, porque cuento con lo jurado.

Sin dar lugar el sobrino de Gerardo á que le repitiesen el permiso, entra impaciente y se encuentra luego en la estancia del augusto herido.

Tendido Luis de Male en una especie de camilla, estaba envuelto en un ancho ropage de color obscuro, forrado de piel gris: su cabeza adornada con un capirote verde y blanco: sus hermosos cabellos rubios caían en rizos ondeantes al rededor de su cuello, y sus bellos ojos azules brillaban con toda la serenidad de su alma. Al ver á Wenemaro dió un leve grito de sorpresa, efecto del sobresalto y la alegría; estuvo tentado de darle la mano, y se contuvo de repente. Su cutis blanco y rosado se volvió de una estremada palidez, pareciendo una figura de cera iluminada por un rayo de la luna.

Siguió un largo silencio.

Las ideas de Urbino se agolpaban á su mente, siendo de aquellas de que no es fácil desembarazarse confundiéndolas con las de otro. Estaba enteramente como fuera

de sí, vacilante, confuso y trastornado. Entre Luis y Wenemaro habia acero y sangre.

» — Aquí te tengo pues! dijo el príncipe: » y la sensación le impidió continuar. Pero en el dulce acento del jóven conde recobró una dilatacion de vida el corazon de Urbino, hasta entonces comprimido horriblemente.

» — Misericordia, príncipe mio! respondió: la escesiva bondad tal vez me mataria. No olvideis tan pronto mi crimen. Fui tan cruelmente abandonado de Dios, de los hombres y de la naturaleza entera, cuando mi puñal.... Perdon! No es esto lo que fuera necesario recordaros: no es esto lo que yo debiera decir. Ay de mí! Tenia pensado lo que habia de hablar.... Pero yo desfallezco á vuestra vista. » Y diciendo esto brotaron sus ojos una ardiente lágrima.

» — He sufrido mucho, añade. Sí, estremadamente, os lo aseguro! El remordimiento, y despues lo que juré... Era horrible, inesplicable. Os amaba no obstante con toda mi alma: cuan extraño hallareis esto. No me abrais vuestros brazos... no,

príncipe mio; no me arrojaré á ellos... me avergonzaria. Soy un miserable. Imponedme ante todas cosas una espacion, sea la que se quiera. Ah! la sangre que he derramado ha levantado de vos á mi un cimiento indestructible que liga nuestros dos destinos cuerpo á cuerpo. Ya no hay para mí en la tierra ni muger, ni amor, ni gloria, ni fortuna: no hay mas que un sentimiento y un ser: vos solo, sí, vos solo y nada mas. Tan solo me ha quedado una idea sana en pié, en medio de las tempestades morales que todo lo han derribado en mí: *morir por vos*, esta es la idea. Y eso será porque es preciso que esto sea! os vengaré de Artevelle: lo he jurado sobre vuestra sangre: os veré rey... lo conseguiré. Pónganse despues en mi sepulcro dos palabras: *Súbdito fiel*; y nada de lágrimas. Ah! no me comprendéis. Tanto es lo que hablo fuera de propósito: son tantas las cosas que quisiera explicar! pero yo las confundo, las mezclo. Además; que sirven palabras, cuando no puedo escusar mi crimen? Oh Dios! que grave peso agovia mi

corazon! permanezca oprimiéndole, pues lo he merecido. »

Ocultaba su rostro con las manos, permaneciendo en un estado inesplicable de dolor, de persuacion y de trastorno mental. Sin tratar de defender su causa parecia esforzarse en justificar otra cosa distinta de sí mismo, y el remordimiento desplegándose con una expansiva energía habia adquirido en él toda la grandiosidad de la virtud. Sublime era el homicida.

Durante esta larga esplosion de adhesion y de delirio no habia podido contener Luis de Male su enternecimiento: la opresion de su pecho, el movimiento involuntario de sus labios, la espresion de sus ademanes, todo era ternera y perdon. Urbino indignado contra sí mismo repugnaba tales demostraciones, al mismo tiempo que su ascendiente en el ánimo del príncipe habia recobrado toda su fuerza. El prestigio imperioso que envolvia á este ser extraordinario, le investia de un poder irresistible en el alma de que se habia apoderado. Era á la vez para Luis un esclavo y un tirano, las tinieblas y la luz, abismo y

montaña, hombre y Dios. Este conjunto fascinador subyugaba su imaginación, y el heredero de Flandes, pronto á ceder todavía bajo el yugo misterioso de Wenemaro, parecía renacer en él para la felicidad.

Mientras estuvo ausente el sobrino de Gerardo Dionisio, refirió este al príncipe las circunstancias que habían precedido y seguido á la sangrienta escena de Odenburgo; á lo menos aquellas de que era sabedor: y esta relación lejos de perjudicar al homicida fueron como una preparatoria de su justificación. El conde de Male, además de esto, se acordaba perfectamente de las acciones y palabras de Urbino en la noche que le sacó del claustro, y conocía que un carácter semejante, declarado ya á su favor abiertamente, era uno de aquellos raros tesoros que valían un reino entero. Se entregaba, pues, con entusiasmo á la idea de tenerle para siempre inseparable de su persona, contando con que tal valiente era un ejército.

Procurando distraer y sacar de su enajenamiento á su antiguo compañero de armas:

» — Urbino, le pregunta el conde, ¿que se ha hecho de Bertrade ?

» — Está con el duque de Brabante ?

» — El duque se armará á favor nuestro. Gerardo Dionisio, que salió de aquí para Bru- ges tres dias hace, debe ponerse de acuerdo con muchos señores flamencos que han permanecido fieles á nuestra causa. La derrota de Santiago y de Eduardo despierta al pueblo abatido. Dentro de poco se levantarán nuevas tropas, y yo tomando el estandar- te me pondré á su cabeza.

» — Me permitireis que os siga ?

» — Es el derecho de un compañero de armas.

Era en Urbino el reconocimiento una cosa tan violenta como el dolor, el amor y la venganza. Estábale negada á los hábitos de su naturaleza la facultad de sentir á medias, pero esta vez quedó su sensacion inmóvil. Sin hacer ninguna demostracion aca- lorada, corrian por su pálido rostro furtivas lágrimas que hasta entonces habia tenido ocultas en sus párpados. Su actitud humilde y tímida hacia un contraste con la feroz adustez de sus facciones. Nada habia en

él mas espresivo que la secreta impetuosidad que brotaba, digámoslo así, de su ardorosa tranquilidad. El principe que le observaba:

» — Urbino, le dice de repente, una horrible revelacion me hicieron, .... á mí solo.... aquella noche.... por tí mismo... cuando desnudo... en la maleza... cuando yo no tenia accion ni voz. A la claridad de las estrellas... tú, de rodillas. De todo me acuerdo, Wenemaro. Neolia... era aquello verdadero?

La fisionomía de Urbino mudó repentinamente de espresion, indicándose en ella un sombrío furor. El recuerdo de sus amores pasó por delante de él rápidamente, no como una ráfaga de luz, sino como un vapor mortífero.

» — Neolia ! repitió. Sí, en un momento de demencia... dije... que!... vos lo oisteis! Ah! entre mis acciones culpables hay una iniquidad mas. Aquella jóven era un ángel... antes de mi fuga fuera de Flandes. Era mi espantoso destino el de quebrantarlo y perderlo todo. El secreto que yo he divulgado... no creais en él, olvidadlo, que vuelva

á caer en la noche eterna. El amor en la primavera de mi vida ha sido para mí como la amistad: se ha convertido en crimen y desesperacion.

» — Todo será olvidado, lo juro. Pero, Wenemaro, explicadme....

» — Ah, no! bastante fuego hay en mi corazon: no echeis en él mas combustible. Agua mas bien, agua en estas arenas. No me habéis ya de ella... jamás! Los misterios de amor, sus delicias, donde están? Todo me lo han acibarado y envilecido. Lo que yo creía angélico ha descendido de las altas esferas: siempre hermoso, pero estaba vacío. Oh! quien será capaz de saber lo que ha pasado ó pasará en la imaginacion de una muger!... Pero dejemos un pasado que me abrasa. Cayó Neolia, es muerta. No la condeneis á pesar de esto; os ha vengado hiriéndome ... como una gracia os pido que haya silencio con respeto á ella. He dicho á Dios á todos los amores, y ya no hay muger para mí. Ya veis que hablo con serenidad, sin pasion, sin ironía y sin malicia. En adelante ya no hay en la tierra otra cosa viviente mas que

vos para mí, nada mas que vos distintivo á mi vista: lo demas lo he echado en el caos.»

Tal era el dolor y la amargura con que pronunciaba estas espresiones que excitó la compasion del príncipe.

» — Vuelvo á prometerlo, respondió; el nombre de la que te hechizó no saldrá ya de mi boca: morirá el secreto en mi pecho. Però acaso voy á dejarte admirado. Sepas que en el momento en que tú renunciabas al amor, yo me entrego á él enteramente. Amo hoy dia como tú amabas en otro tiempo: con enagenamiento, con embriaguez, con delirio.

» — Amais! repite Urbino con voz lamentable. Y Margarita de Brabante?

» — La quiero, Wenemaro, como á una verdadera hermana.

» — Y á la otra?

» — Como una tierna amante.

» — Donde, pues, la habeis visto?

» — Aquí mismo. Apenas habia entrado yo en esta casa hospitalaria, cuando ella se ofreció á mi vista: aquel instante varió todo mi ser. Margarita es bella, sin duda;

¿pero que es Margarita comparada con Elberga ?

» — ELBERGA ! »

Y esta exclamacion fulminante, lanzada por el impetuoso soldado, resonó en torno del príncipe como un grito de maldicion.

» — Y os ama ? pregunta Urbino.

» — Tengo motivos para concebir esperanzas.

» — Y creéis ?....

» — Creo en su corazon. »

La cabeza de Wenemaro cayó entonces sobre su pecho como si un mazo la hubiese golpeado. Su silencio se mostró tan salvaje, que Luis se detuvo con espanto, y no se atrevió á sacarle de él incitándole con sus palabras.

» — Aquí tenemos pues, decia Urbino para sí, la esplicacion de la última conversacion de Hamatede ! Ya comprendo el lazo en que me ha hecho caer. Otra vez fatales promesas ! Aun me persigue el destino. No puedo ya iluminar al príncipe. Oh ! aquí hay alguna intriga del odioso viejo, quien asegurado de los atractivos de su sobrina quizás ha concebido la esperanza... Infame !

hacerme cómplice de ello. Ah! La verdadera mansion de los reprobados lo es esta tierra de delitos. Condenacion es la vida humana. »

Acostumbrado el conde de Male á las rarezas de Urbino, no estrañó la mudanza incomprendible que en él se notó de repente. Cogió blandamente su mano, le llevó hácia sí, sentole á su lado, y con tono cariñoso, se dirige á su corazon con estas palabras.

» — Porque te espanta mi declaracion? Es necesario que me esté prohibido el amor porque soy príncipe? Ay de mí! si así fuese, mas me valdria haber nacido vasallo! Si conocieses á mi Elberga!... tú la conocerás, lo quiero; ah! es la doncella mas hermosa, la mortal mas pura! Acuérdate de aquellos dias de embriaguez en que tu amabas: tengo un corazon cual era el tuyo. Este es el primer impulso de pasion en mí, el primer paso que doy en la felicidad: no turbes pues los goces de mis primeros amores! déjame saciar tranquilo en esta copa de delicias! Harias muy mal de envenenarme este nectar celestial de la bella edad, que se bebe tan poco tiempo en la vida. Nada

perjudicará esto á la amistad. No absorberá Elberga en sí sola toda mi sensibilidad : no dejaré de ser el mismo príncipe y monarca. Amor y gloria son inseparables.»

Un plañido doloroso respondió á este sencillo language. Los grandes ojos negros de Wenemaro sumergiéndose en el corazón del augusto mancebo parecían derramar en él invisibles lágrimas, como si tratase de extinguir en él los fuegos del amor. Temiendo Urbino hacerse traicion no osaba fiarse en su voz, y al fin articuló algunas frases.

» — Sí, he amado.... con delirio: por esta misma razón me estremezco de veros seguir mi ejemplo. Una muger, como yo mismo lo he experimentado, es una visión de primavera, una mágia, un éxtasis, un cielo: el amor es el culto mas fanático; y todo esto cuando ha entrado en el corazón, es indudable que no se arranca de él como las plantas que se desarraigan del suelo: lo que es fácil de seducir es aun mas hábil para engañar. Este fatal impulso de sentido que pide delirio por delirio, es un empuje hácia el abismo. Quien sabe si cada una de vues-

tras alegrías serán estinguidas en el dolo! y si, gracias á impuros letargos, os será preciso elevar muy pronto el luto de vuestra juventud como de una cosa afrentada y muerta. Ah! yo he aprendido, bien á costa mía, lo que era ese eliseo del sentimiento, en cuya entrada no hay mas que sonrisas, y donde en el fondo solo hay lágrimas! lágrimas que pueden causar la muerte! ó bien... como yo sé en cierto modo.... pueden enjugarse con sangre! »

Luis de Male se estremeció. Tenia la pasion de Wenemaro cierta virtud tan comunicativa que era imposible arguir contra su imperio.

» — Urbino, responde el conde con acento de dolor y de reconvencion: no es bastante haber sido mi asesino fisico, pues te constituyes mi verdugo moral! Tú no me perdonas mi amor: y yo! te he perdonado tu crimen. Crees que sea fácil separarse de Elberga. Ah! mas pronto se separará de mí la vida. Y porque me has de deprimir hasta hacerme inferior á la humanidad, afrentando en mí anticipadamente todo el entusiasmo del alma y todas las esperanzas

de la tierra? Quiero creer en los ángeles de aquí abajo, en las visiones del cielo, en Elberga. Ser incomprendible! Quien eres tú? Que fatalidad es, pues, la que me apega tan cruelmente á tu destino de afecto y de destrucción, á tus movimientos de ternura y de furor, á tu vida de odio y de amor! Lo que yo pienso de tí en un momento, se pierde en lo que pienso de tí mismo un instante despues. Con que derecho pretendes venir tú á dominar como maestro en mis inclinaciones? Dejar yo de amar á Elberga! imposible. No llega á tanto tu ascendiente. Por tí mismo vas á juzgar de estos: aquí está Elberga; que venga.

» — Oh! no, no; no la llameis, esclama Wenemaro fuera de sí. Quédese ella: yo soy el que se va. Señor mio, mi príncipe, amadla; no quiero ya oponerme á ello. Pero no olvidéis esta conferencia, no me hagais un dia reconvenciones injustas. Sin faltar al honor he dicho cuanto me era posible deciros. Si en lo sucesivo os sobreviniere alguna desgracia no será por mi culpa. No me impongais con su presencia. Triunfe amor, pero... ocúltese!»

Habiase levantado Urbino para salir, y el príncipe le detuvo asiéndole del vestido. Tenia el jóven Luis una de aquellas raras cualidades que concilian la mansedumbre con la energia y la fuerza con la sensibilidad. Usando de un tono imperioso:

» — Quédate, le dice: yo lo mando. »

Y cogiendo un silbato de plata que tenia encima de una mesa, dió un prolongado silvo.

» — Elberga va á venir, prosiguió diciendo. Quiero estudiar tu alma en todas sus contradicciones y singularidades: quiero penetrar sus fogosos secretos de entorpecimiento y de entusiasmo. Necesito aprender á juzgar á los hombres, pues soy llamado á gobernar pueblos. Atrévete á ser inflexible y bárbaro cuando esté aquí la encantadora jóven. Preciso es que Elberga te conozca: no exijo que ella te comprenda. Tú la hablarás... Hela aquí. »

Neolia, prevenida ya por Hamstede del regreso de Wenemaro, se habia preparado para la tremenda entrevista que la aguardaba. La crueldad del soldado de Artevelle cuando la terrible escena de Odembur-

go, habia levantado entre ella y él una barrera inaccesible. Se irritaba al pensar en él... se dejaba poseer sin embargo de un odio estremado para no volver á tenerle amor.

Acercose ella lentamente, blanca, melancólica, casi cubierto el rostro con un velo, semejante á aquellas figuras de inocencia pensativa con que puebla la poesia las regiones fabulosas. Su compostura era sencilla pero graciosa : su mirar sereno, pero triste; sus movimientos airoso, pero con abatimiento. Una sensacion reprimida, un temblor invisible difundian en toda su persona un hechizo supremo de agitacion y de misterio. Vestida de ligeras gasas, y exalando suaves perfumes, estaba pálida, diáfana, y digámoslo así, aerea. Cualquiera se imaginará ver en las orillas de los lagos escoceses una de las hijas de Fingal. Pero al juzgarla por no sé que vago sufrimiento impreso en su fisionomía, era una sombra embelesadora sin ser una sombra feliz.

El sobrino de Gerardo tuvo primeramente valor para mirarla de frente como

á una desconocida; pero muy luego al aspecto de la deslumbrante imagen cuyo prestigio se atrevia á despreciar, ofuscaron sus ojos unas **confusas luces**. Aunque se hubiese hundido la tierra bajo sus piés en aquel momento nada hubiera sentido.

» — Elberga, dijo el conde de Male, os presento á Urbino de Wenemaro, mi compañero de armas en Francia. »

La sobrina de Hamstede saludó profundamente sin alzar la vista, y un ligero encarnado coloreó sus mejillas. El príncipe que los observaba atentamente, observó en el continente de Elberga y de Urbino cierta cosa tan estraña y poco natural que hizo palpitár su corazón.

» — Os conocéis? pregunta.

Y Wenemaro poniéndose sobre sí responde.

» — Esta muger me es estraña. »

Pero pronunció estas palabras con una adustez tan brutal, y una respiracion tan feroz, que parecia faltar en la estancia el aire necesario á su pecho.

» — Y vos? dijo el conde á Elberga. »

Y la huérfana preluendo su respuesta con una sonrisa cariñosa le contesta.

» — Me han hablado tanto de él, Señor mio, que no podía serme desconocido. Así me le habia representado. Vos mismo me la habeis pintado tal como es. »

Habia en su acento un conjunto de indiferencia y de ingenuidad, que estudiado con tiempo era punzante al corazón que tocaba.

» — Es para mí un amigo, un hermano, añade Luis con espresion : exijo que lo sea vuestro.

» — Vuestra voluntad, Señor, será la mia, Ya que le llamis vuestro hermano... podrá llamarme su hermana.

» — *Mi hermana!* repite Wenemaro con violencia : no, no hay para mi ni hermana ni amante! Nada de muger, nada de parentesco conmigo, bajo ninguna denominacion!

Luis dirigiéndose á Elberga dice:

» — Urbino ha amado...

Y Wenemaro le interrumpe.

» — No amo ya. »

Y estas palabras irrevocables fulminaron repentinamente contra la huérfana una eter-

na sentencia de justicia. *No amo ya*: aquí se encerraba todo un misterio de pasado y de futuro. Neolia con la cabeza abatida como si la reclinara sobre una urna fúnebre, únicamente piensa ya en sus primeros amores. Urbino ha hecho vibrar una cuerda fatal, y Elberga ha olvidado al príncipe.

Violenta era la situación. Hamstede que debió preverlo, se apresuró á poner un término. Entra acercándose al conde le entrega una carta diciéndole.

» — Señor! el cielo os favorece. En vano ha sacado las uñas el leon británico para defender la lanzadera coronada: la usurpacion está en plena derrota, y sus tropas dispersadas en Tournai no han podido reunirse en parte alguna. Aquí teneis muchos mensajeros presurosos. En las cercanías de Bruges se organiza un ejército todo vuestro. Será preciso dar aviso de todo al duque de Brabante y que venga en persona en vuestra ayuda. Que pase á verle en vuestro nombre un enviado de confianza: elegid algun amigo fiel.

(99)

- » — Ya está elegido, dice el príncipe.
- » — Y todo pronto, responde Wenemaro.
- » — Desde esta noche? pregunta Luis.
- » — Al instante. »

Y Urbino parte. [www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

## XVI.

Después de haber entregado Hamstede su pupila á Felipe Artevelle cuando ocurrió la revolucion de Gante, se lisongé con la idea de ver un dia á Neolia princesa soberana. Pero la ambicion de Santiago aspiraba al enlace con alguna princesa, y el hijo habia persuadido al viejo negociante de que era indispensable un matrimonio secreto, para llegar con paciencia á obtener el consentimiento paternal. Apoyó Felipe sus razones con sumas considerables de dinero:

el mercader habia sido burlado; pero á lo menos se habia enriquecido, y el oro le consolaba de la afrenta.

Conociendo el Cervecero Rey la passion que su hijo tenia á la sobrina de Hamstede, no solamente habia aconsejado el rapto de Neolia, sino que le habia dirigido hallándose en él de incognito. Semejante acontecimiento le ponía además en disposición de excitar cual deseaba la celosa rabia de Urbino contra la dinastía destronada, atribuyendo esta iniquidad á algun poderoso favorito del conde de Flandes. De acuerdo con Felipe se habia decidido, pues, á tener la víctima cautiva, á engañarla con un falso himineo, y á ocultar su paradero al mundo, y fanatizando seguidamente á Wenemaro, le habia hecho mirar como un deber un homicidio.

Desesperada Neolia al principio de una union impuesta por la violencia, y resignada despues á su destino de esposa, vió entibiarse de dia en dia el amor ciego de su raptor. Suscitáronse en su mente algunas sospechas sobre la validez de su matrimonio, y por último conoció enteramente aunque

con dolor la verdad del hecho. La huérfana escapándose entonces de la morada donde la tenían como presa, é impulsada de artificiosos consejos, fué á echarse á los piés del Reward, y el hipócrita coronado, de quien ella estaba lejos de creer que era cómplice de Felipe, y de quien esperaba justicia, la recibió con demostracion del mas vivo interés. Era esto pocos dias antes de Pascua. Santiago, desconfiado como lo son todos los pícaros, habia tomado sus precauciones para no recompensar al asesino sin tener las pruebas evidentes del asesinato: y antes de restituir á Urbino su amada Neolia para estar segura de la muerte de Luis, habia exigido que le fuese entregado el cadáver en Odemburgo, donde el monstruo le aguardaba.

Trastornaba el dolor la mente de la desventurada huérfana: Santiago habia logrado su objeto: su plan no encontraba ningun obstáculo, se aprovechó de la ocasion, y Neolia abatida y consternada obedió ciegamente al pérfido que se declaraba su protector. Porque medio de seducion incomprensible pudo determinarla á

constituirse en la funesta capilla donde la encontró Wenemaro?... Como se dejó arastrar á aquel sitio?... Nadie penetró este misterio, ni jamás fué revelado.

Esto no obstante, á ninguno de los deseos de Artevelle correspondió Neolia en su reunion con Artevelle. Confiaba el tirano en que ella callaria todo lo referente á su deshonor, y que el interés de su suerte misma la induciria á engañar á Wenemaro, con las faltas relaciones que el mismo Santiago la habia dictado habilmente : pero la huérfana burlando esta vez todas sus precauciones, habia preferido *la degradacion con la verdad, á la felicidad con la mentira*. Estas fueron sus propias espresiones en la capilla.

Cuando Urbino la hubo abandonado, desmayada y casi moribunda en el pavimento del islado templo, pudo recobrar alguna fuerza, y Hamstede volvió á ver á su sobrina. Quien fuera capaz de pintar la rabia del maldito viejo al oír las largas relaciones de Neolia !... Ya no pensó mas que en venganza.

La huérfana mudó de nombre. Era su deseo el desaparecer para siempre de la escena del mundo, y Hamstede se opuso á ello. Entonces apareció en Rethelsea el heredero del cetro... Pero volvamos á Wenamaro.

El mensajero del conde de Male pasó la frontera flamenca y llegó á las puertas de Bruselas. Habíanle confiado el desempeño de muchas comisiones. Lo primero que debía hacer era empeñar al duque de Brabante á enviar al jóven Luis huestes de gente adicta, para auxiliar sus planes de ataque; pasar consecutivamente á los estados del conde de Hainault para conseguir refuerzos, regresando de allí á Bruges, donde se hallaba Gerardo. Por último volveria á buscar al príncipe en Rethelsea, le conduciría al campo nacional y Luis marcharía á Gante.

Todas estas combinaciones aprobadas por el conde de Nevers fueron comunicadas á Felipe de Valois. Convinieron todos ellos en que el ejército francés no invadiría á Flandes, sino en caso de que la nación no tuviese medios suficientes para de-

sembarazarse por sí misma del yugo del usurpador. Eduardo volvió á Inglaterra adonde fué á levantar nuevos batallones, y el Cervecero Rey, desanimado, reunió en tanto las reliquias de su ejército en otro tiempo formidable, pero á despecho de sus esfuerzos le precedían en todo las calamidades, y la corona se le escapaba. Los doctores políticos llamados á consulta, y reunidos para estudiar el estado del reino enfermo, levantaron los ojos al cielo y se fueron. Sabían el remedio salvador, pero estábanles prescrito el callarlo.

La monarquía vulgar estaba en visperas de una caída, y el ministerio mercachifle en facha de una bancarrota. Artevelle tomando un partido desesperado, estaba resuelto á pasar su corona al Príncipe Negro. El empírico, llamando á este efecto al pueblo al rededor de su carro arengó por las aldeas, villas y ciudades. Era su plan lisongear á los comerciantes, corromper á los diputados, y no pudiendo asegurar el trono á su familia, venderle al extranjero. Para ello estaban de acuerdo Eduardo y Santiago.

Al llegar Urbino á casa del duque de Brabante le esperaba en ella una noticia desagradable. El príncipe, que habia partido de Bruselas, pasó á Viena donde se habian dado cita muchos soberanos de Alemania, y por consiguiente el urgente socorro que solicitaba Wenemaro no le podia conceder tan pronto. En tal apuro pidió audiencia á Margarita.

Era Urbino uno de aquellos hombres de quienes una muger queda prendada al verlos cuando encuentra en ellos un guía ó defensor. La hija del duque de Brabante no habia olvidado al jóven y bello soldado de Everghem: le acogió con una benevolencia afectuosa, y él la manifestó rapidamente la crítica situacion en que se hallaba el conde de Male.

» — Dad un grande egemplo al mundo! dijo el mensagero á la princesa. El heredero de Flandes está en peligro, y es vuestro futuro esposo, noble señora. Armad algunas cohortes fieles, y acudid vos misma en su auxilio. Restitúyale el trono la belleza, y deba al amor la felicidad.

» — Pero, y la autorizacion de mi padre? dijo Margarita confusa.

» — La teneis anticipadamente. Quien será el soberano que no quiera tener por hija una heroína! El conde de Male es el esposo que el cielo os ha destinado. Dad una gran prueba de adhesion, de valor y de virtud yendo á sostener sus derechos. Apareced á su vista como una égida de salvacion, como una estrella de victoria! »

Estas palabras produjeron un afecto márgico en la bella heredera de Brabante. Su imaginacion adoptaba con entusiasmo todo lo que era grande sublime: mas por desgracia tan solo habia de fogoso y firme en ella el deseo y la intencion: lo demas era languidez y debilidad.

» — El duque de Brabante, noble señora, continuó el fiel Urbino, ha dejado aquí en el timon de los negocios durante su ausencia, un pariente valeroso y sabio, un ministro hábil y prudente. Vos teneis confianza en él: oid su dictámen esta misma noche. No perdais un tiempo tan precioso en enviar á pedir al Austria un consentimiento que llegaria harto tarde á Bruselas. Aquí

teneis á Bertrade, cerca de vos: ella os seguirá no lo dudo. Ah! si ademas de esto yo me atreviese á descubrir os mi pensamiento...! Y porque he de titubear...! Escuchad. El augusto proscrito está cercado de todo género de escollos en su actual retiro. Vos sois la única que se encuentra en estado de arrancarle de unas seducciones que pudieran perderle: vos, tan magnánima, tan bella! vos pudierais ser la luz encendida en la sombra, en su camino, para mostrarle los precipicios. Oh! este deber es grande, es santo. El cielo os grita: *Luis os espera!* Creedme, Dios lo quiere, partamos. »

Las miradas del soldado, tan feroz como era, espedian rayos de una gracia singular. Su elocuencia, en que habia conviccion interior, se aumentaba á medida que se esforzaba en mostrar su adhesion á Luis, y Margarita estaba subyugada.

Luego que hubo despedido á Wenemaro consultó con los ministros de su padre, con los principales individuos de su familia, y con su celebre amiga Bertrade. Nadie impugnó la proposicion del hermano

de armas de Luis; quedó aprobado el plan de Urbino y Bertrade habia de acompañar á Margarita.

El enviado del conde de Male, admitido diariamente en el palacio, manifestaba sin embargo en su semblante la sombría tristesa que le devoraba continuamente. Sus labios avaros de palabras se abrían solamente por una imperiosa necesidad, y al ver su irritacion, sus sobresaltos, su tedio en el seno de los placeres de la corte, se hubiese dicho que luchaba contra su juventud, como uno que se defiende de un enemigo.

Volvió á ver á la viuda de Everghem; esta le hizo preguntas sobre la suerte de Neolia, y él se negó á responder. No pudiendo ya retardar su marcha para el condado de Hainault, fué á despedirse de Margarita, y esta al darle su última audiencia le recibió en su oratorio. Estaba sentada junto á una reja que daba á unos jardines embalsamados. El sol se ponía en aquel momento entre una multitud de nubes violadas, bordadas de una ancha faja de oro. El resto del firmamento estaba todo

azulado, y los últimos rayos del astro reflejaban con esplendor en los altos campanarios de la ciudad.

La princesa, pálida y silenciosa, preparándose para su viage á Flandes sonriose tristemente al ver al soldado. Era llegada la hora de obrar. Su frente de alabastro parecia arrugarse dolorosamente agoviada de vagos presentimientos, y su débil y lánguida naturaleza se patentizaba en la expresion de su mirar quejumbroso y fatigado. Entre su voluntad de heroína y sus deliquios de muger, se habia formado una lucha prolongada. El melancólico y salvaje Urbino la miraba con una admiracion sencilla, causándole sobresalto sus gracias.

« — Que teneis? le dijo Margarita; que-  
reis darme alguna mala nueva? Estais como  
azorado. »

Wenemaro dice balbuciente algunas pa-  
labras insignificantes, y ella prosigue:

» — Marchais esta tarde? »

Y viéndole silencioso añade con voz  
lenta.

» — Donde se halla Artevelle? »

( III )

Este nombre despierta al soldado y la responde:

» — Corre de ciudad en ciudad. Conoce hoy día que no es posible mandar hombre que sublevaron para no obedecer, y el pérfido ha convocado asambleas para transmitir al Príncipe Negro la diadema que abdica. Se dispone á perorar á la nación entera para hacerla entrar en sus miras. Cada ciudad tendrá su parte en la parlanchinería sin rodeos, oficial y pomposamente vulgar que distribuirá su camino, con el énfasis ciudadano y el gesto patriótico.

» — Y habrá quien aplauda sus arengas?

» — Habrá risotadas, ilustre señora. Pero actualmente no se cuida ya de un crecentamiento de humillacion, sino de un suplemento de infamia.

» — Y sus partidarios?

» — Ellos mismos le denigran. A despecho de esto, todo lo ha puesto Santiago en obra para despertar su entusiasmo estinguido. Al intento ha llegado hasta fingir un horrible atentado contra su persona, pero el cuasi-homicidio ha dado que reir, y ase-

sino y asesinado han sido silvados á un tiempo.

» — Y como terminará, Wenemaro?

» — Como todos los ídolos revolucionarios. Los sentimientos de la turba en revolucion no marchan sino á fuerza de cadalsos. La gran ciudad flamenca dará precisamente en espectáculo á la tierra el escándalo de sus libertades furibundas y crueles: pero la conciencia nacional no adquirirá mas solidez con las venganzas ejercidas en el populacho, que la que ha adquirido con los crímenes de la usurpacion.

» — Y Gante calla!

» — Sí, pero este silencio es amenazador. Forzoso es que se cumpla el destino del Cervezero Réy, por mas que quiera hoy dia hacerse humilde y pequeño, como queriendo que así le disimulen el no haber podido poco antes ser ilustre y grande. Ejemplo tremendo será aquesto!

» — Ah! Antes le perdone Dios!

» — Verifiquese en lo alto. Aquí abajo jamás.

» — Le aborreceis de corazon, Wenemaro.

» — Quien devoró mi vida?... Artevellé.

» — Lo sé responde Margarita con una mansédumbre afectuosa. Vuestros funestos extravíos.... Bertrade ha juzgado conveniente enterarme de ellos. Lo mucho que habeis sufrido puede lavaros de la mancha delante de Dios. En cuanto á la opinion de vuestros semejantes, ah! el mundo no es inflexible y rígido sino con respecto á los errores limitados y comunes: perdona las faltas ruidosas; y para él, en su tribunal, donde ha habido grandeza de alma no ha habido degradacion.

» — Es cierto que el mundo desprecia muy generalmente, lo que se hace baja y cobardemente ante él, absolviendo frecuentemente lo que le insulta y provoca. Pero que me importa su juicio! yo he sido un monstruo en el suelo, y sin embargo, en el seno mismo del crimen no me vi abandonado, ni falto de virtud, pues la sentia en lo interno de mi corazon, y daba hácia ella un grito sordo. No, aun no me he desprendido de ninguno de los nobles impulsos del alma, excepto uno solo.... el amor.

» — El amor !

» — Dichosa, dichosa el alma indiferente á las pasiones que la cercan. No me preguntéis por la muger á quien hé amado, pues acaso os afligiera. Creed no obstante que jamás trocara yo mi amor estinguído y afrentado por una pasión vírgen y novicia. Me encontraria hoy débil para empezar á sufrir de nuevo los suplicios del sentimiento. Ay de mí ! no hé arrostrado y pasado los escollos de este mar tempestuoso, sino dejando en él los despojos de mi nave, y náufrago avergonzado de su navegacion, estoy en el puerto, y en él me oculto.

» — Qué ! dice Margarita enternecida ; renunciáis á amar ?

» — Sí, para descansar de sufrir. Mi decision es irrevocable, nada bastaria para mudarla : tentativa mas fácil seria manejar el aire ó asir el vacío. Y quien fuera capaz de desvanecer mis inveterados recuerdos de amor delante de un nuevo cariño. Yo no creo ya en el corazon de una muger ! Perdonad ! feroz es mi lenguaje ; pero, cosa incomprendible ! me estremezco en pre-

sencia de una hermosura. Cuanto mas embelesadora es una mujer, tanto mas me hace penar su aspecto: me recuerda á Neolia.

» — Y os ha separado la suerte?

» — No la suerte, señora; el crimen.

» — Era bella?

» — Como vos. »

Margarita volvió el rostro sonrosada y Wenemaro prosiguió:

» — Tenia el mirar de un ángel; mas ahora cuando se ofrecen á mi vista otras semejantes, me parece que fija en mí la vista un demonio. Todo cuanto es puro y gracioso, lo veo engañador y siniestro. Injusto es esto sin duda, odioso; y tener con vos semejante language es demencia y groseria; pero la desgracia hace al hombre insensato. En fin, señora, lo confesaré sin reparo: no me daría por ofendido de que una palabra vuestra, severa y fria, me arrojase de vuestra presencia. Porqué? quien lo sabe?... lo ignoro.

» — A Dios, Urbino, » dijo la princesa, y retiróse.



Lila, Gante, Dourberg, Neuport, Casel y otros países habian proclamado soberano al Principe Negro, y la Inglaterra triunfaba.

El Cervecero Rey prosiguiendo su empresa recorria el reino, solo, sin comitiva y sin escolta. A corta distancia de Ypres se detuvo Urbino en un meson apartado del camino, donde en aquella misma noche esperaban secretamente á Artevelle, y Wenemaro quiso hablarle.

Un hombre solo acompañaba á Santiago, y era Everardo de Falkemont, amigo de Urbino desde la infancia. Los dos viageros que iban de incógnitos se apearon del birlocho en la posada de Steclen. El sobrino de Gerardo Dionisio llama aparte á Falkemont, se da á conocer, le abraza, y suplica á su antiguo compañero que le introduzca donde está Artevelle. Le jura que sus intenciones son rectas y leales; Falkemont cede á sus deseos, y el Cervecero Rey, estando solo en su estancia, vé de repente á Urbino delante de él.

Iba vestido el gefe revolucionario de un ajustador de paño color de pizarra; un

cinturón de cuero suspendía á su lado un largo montante y una fuerte daga; sus botas llevaban largas espuelas; caía de sus hombros un capucho forrado de armiño, y su gorro calado hasta las cejas ocultaba sus cabellos pelicanos. Su barba era espesa y larga.

Al acercarse Wenemaro tuvo Santiago tentacion de echar mano á su daga, acordándose de las palabras del homicida de Odemburgo, que resonaban en su memoria. » *Tú me verás un día cara á cara, y estarás en tu última hora.* » Levantóse con espanto, mas al ver que la frente de Urbino nada presentaba de amenazador, tranquilizóse poco á poco, y revistiéndose de aquella acariciadora y simulada perfidia que en los salones se llama política :

- » — Tú aquí? le dice. A qué vienes?
- » — A hablarte.
- » — De qué?
- » — De Flandes.
- » — Siéntate y te escucharé. »

Tomó Urbino asiento cerca de Artevelle, y una larga pausa, uno de aquellos frios silencios que preceden á las grandes

decisiones de los hombres, tuvo sus facultades en suspenso. Santiago mirándole de reojo buscaba sin duda algún esugio para salir cuanto antes de su penosa situación, en tanto que Wenemaro, pálido y en extremo conmovido, miraba al ídolo de sus primeros años con una turbación indescribible. Aquella inveterada costumbre de sumisión que en otro tiempo le hacía bajar la frente al mirarle, aun no estaba tan destruida que le dejase en plena libertad su inteligencia. Hay ascendientes mágicos. Urbino se representaba á Neolia; pensaba en el conde de Male, y para vencer el sortilegio apelaba al remordimiento.

— Reward! dijo al fin con tono grave; ningún encono, ninguna venganza me ha impelido á venir á tu encuentro. No se hable aquí ni de Neolia ni de Bertrade. Siendo yo un miserable individuo, soy por consecuencia muy poca cosa en este mundo, para confundir mis intereses personales con los altos intereses públicos de que vengo á hablarte. Amas á tu patria, Arrevelle?

» — Como gefe dispuesto á morir por ella, responde el d3pota con tibieza.

» — En ese caso, restitúyete la felicidad, restitúyete sus príncipes legítimos, y cualesquiera que sean tus errores pasados, á los ojos de la Europa aun puedes elevarte á la altura de los grandes hombres.

» — Urbino, replica Artevelle; entre tus ideas y las de los patriotas flamencos hay una revolucion y siglos. Crees tú que se maneja la multitud así como se burla un hombre del arma de un niño? No seré yo quien haga tal tentativa.

» — Ya que lo hiciste una vez por el mal, no te atreverás á hacerlo por el bien? Que es lo que hablas de patriotas? Entiendes por tales esos hombres de usurpacion, que solo quieren sangre y ruinas? Juzgas dignos de ese nombre únicamente los que merecieron el dogal? Ten cuidado, Santiago Artevelle! esos hombres, lejos de ser una parte principal de la nacion, no son mas que un vil desperdicio del reino. Audacia fué sublevarlos; demencia es apoyarse en ellos. Te destruirán como te han creado. Podrás contar con sus juramentos?

Ay de mí! para no ser un perjuro, fuera preciso una conciencia. En cuanto á las turbas que te han coronado: un rey camarada de los traidores, ¿puede esperar seriamente una promesa leal y santa? Es necesario tener fé en la autoridad ante quien se jura: y quien es el que cree en tu potestad usurpada? Nadie; ni grandes, ni pequeños, ni aun aquellos que la han improvisado. Santiago! precioso es este momento. Paréceme oír un grito que me dice, que si no accedes á mis deseos, si desoyes mis súplicas, tu fin, cuya proximidad presiento, espantará á Flandes y á Europa. El fuego que tú has encendido te abrasará. Desde aquí te veo despedazado por ese pueblo feroz cuyos dientes aguzas, y que habiendo aprendido de tí cual era su fuerza, querrá desplegarla en tí mismo. Ah! cuando yo te pido gracia y conmiseracion para la nacion que tú gobiernas, es tambien tu salvacion la que yo imploro.»

Iban tan bien disparadas al tirano las miradas y las palabras aceradas de Wene-mar, que aquel echó involuntariamente la

mano á su pecho como paraando una puñalada.

» — La necesidad ( tartamudea Santiago ), es la única que me ha vestido la púrpura. Me he ofrecido á Flandes en sacrificio tomando las riendas del gobierno: habré hecho lo que debía, Wenemaro. Mi reinado se marcará en la historia. No es el pueblo quien me entregó el poder soberano: son los diputados de las provincias.....

» — Los nombró el fraude, y solo representaban la mentira, interrumpió Urbino prontamente. El diputado, tal como le hizo la usurpacion, y tal como se ha vendido al despotismo, delibera sin meditar, y se decide sin comprender: obra como un resorte mecánico y vota como autómatas egercitado. Santiago, dímelo francamente; que has ganado con los horrores que te han hecho monarca? Ah! humillándote ante el populacho, y gimiendo bajo la corona, has perdido mas fuerza y genio que el que necesitáras por la senda del deber para subir á la inmortalidad. Confésalo: en el fondo de tus grandezas

has encontrado mas angustias que goces. Cuantas horas horrorosas te han agoviado! Cuantos terrores te han hecho la guerra! Has sufrido mucho.... Y porqué? Para ser tenido por rey, por tener un cetro y guardias, por dormir bajo el terciopelo real!... Mas que digo! dormir! Acaso has podido reposar tranquilo en tu usurpado lecho?... El remordimiento con sus puas de hierro te ha tenido dolorosamente despierto en los palacios usurpados al verdadero señor?.... De en medio de las tinieblas has visto alguna vez resplandecer de lejos la estrella vengadora que debe salvar un dia el reino. Tales son los efectos de una justicia divina, cuya espada es de fuego. Artevelle! el derecho vuelve.... Ponte en salvo!

Muda de color el rostro del tirano, pareciendo que su corazon se habia helado al oír las fogosas palabras de Urbino.

» — Por mas que has querido hacerte pueblo entre la multitud (continua Wene-mar), tendero con el mercader, militar con el soldado, y caballero con los nobles, todas estas clases te arrojan de sí: las unas por indiferencia y desprecio, las

otras por indignacion y odio. Siguiendo tu escuela en otro tiempo, tuve otra opinion y otro language: tu revolucion y tu reinado han abierto mis ojos para siempre, y en tu triunfo mismo me he curado para siempre de mis fiebres democráticas. Donde están las libertades prometidas? Unicamente has distribuido algunas aparentes, que inmediatamente se han refundido en el despotismo y la servidumbre. Te conocí antes feliz; todos te estimaban y aplaudian: tu rostro estaba sereno, y tu existencia era satisfactoria. Mas cuan demudado estás hoy dia! Tu faz está amarilla y arrugada, tu cuerpo flojo y aplomado. Cuando todo concurre al poder del soberano, qué falta á la dicha del hombre? En vano das á tus apoyos como en cambio de un escaso afecto y reconocimiento, una parte de los tesoros que malversas y de los honores que te degradan: su interés es el único móvil que les guia, y si á ti te sostienen es porque se sostienen á sí mismos. Esos cobardes te aplastarán con su pié la cabeza en el dia de tu caída, para correr mas pronto con incensario en mano á recibir al que te

sucedá. Algunos monarcas vecinos tuyos, movidos del temor de una revolucion universal, legitimaron en apariencia y por un momento una revolucion particular; pero este momento tendrá su término. Marchas rodeado de volcanes. Detente! hay sangre en tu camino. Si das un paso mas estás perdido. »

El Cervecero Rey se levanta espantado, y Urbino se abraza á sus rodillas.

» — Oye tan solo una palabra mas! una sola....! la última. Mirame á tus piés, Santiago! Escucha, déjate ablandar: no vendas tu patria á la Inglaterra: restituye la diadema á nuestros príncipes, y todo te lo perdono; mis desgracias y mis crímenes, tus culpas y mis remordimientos, Neolia, Bertrade, todo. Hé jurado tu muerte, lo sabes: pues bien! lejos de armar mi puñal te defenderé si es necesario. Iré descalzo hasta Roma á que me releven de mi voto. Iré solo, si es necesario, á acabar mi vida penitente en algun solitario desierto. Nada me será costoso en la tierra, ni padecimientos ni castigos, ni humillaciones ni tormentos, con tal que en des-

quite sepa yo, aunque lejano, que mi patria es feliz, y que tú estás en el número de los grandes hombres. ¡ Oh Genio á quien saludé en mi juventud ! haz un esfuerzo magnánimo ! y á las aclamaciones de Europa, Flandes reconocida se prosternará delante de ti como yo en este momento. Podrás dejar de sonreír ante este cuadro ? No tienes alma , Artevelle ?

» — Déjame por favor ! dice Santiago ; déjame , que lo medite. Quizás no es ya tiempo. Mi promesa al rey de Inglaterra...

» — Puede retractarse , es nula ; quien la ha ratificado ? ningun poder. La nacion debe darte la ley : y la nacion quiere el orden y la paz , es decir, *el rey legítimo*.

» — Basta ! Levántate ! vuelvo á Gante.

» — Mudarás allí de plan y de propósito ?

» — Me acordaré allí de tus palabras.

» — A Dios ! hé cumplido con mi deber. Pero si burlas mi esperanza , desdichado de tí , Santiago Artevelle ! mi juramento me pondrá de nuevo en tu tránsito.... y con el acero vengador en la mano.... Entonces , cuando vuelvas á verme , cuando

( 127 )

yo te diga : *heme aquí* ! tu sentencia está  
pronunciada , todo acabó para tí en este  
mundo : estarás en tu última hora . Oh !  
no me hagas repetir y gritar : *heme aquí* :

Dice , y sale de la estancia tomando  
el camino de Bruges .





[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

### XIII.

El mensajero del conde de Male encontró á Gerardo Dionisio en Bruges, donde los diputados elegidos por Artevelle llamaban un príncipe inglés al trono. El pais flamenco degradado por el tránsito de la usurpacion, se dejaba entonces pasar de un amo á otro con un cobarde embrutecimiento. Los promovedores de la destruccion le habian anonadado y burlado en

tal manera desde su pretendida manumisión, habían desmenuzado tan bien granito por granito las dos piedras angulares del edificio social, la monarquía y la religión, que el pueblo amortiguado parecía vegetar encadenado fuera de la ley de las naciones y de la Iglesia.

— Condujo Gerardo Dionisio á su sobrino en medio de las juntas secretas donde se preparaba con arte el restablecimiento de la autoridad legítima. Nobles, magistrados, comerciantes, todo rechazaba de comun consentimiento la dominación extranjera.

Pocos días habían transcurrido desde el arribo de Urbino á Bruges, cuando llegó un correo del gobierno con noticias de Ypres. Esta ciudad, por el órgano de sus diputados presididos por el mismo Santiago, había seguido el ejemplo de Lila concediendo la corona al Príncipe Negro, y el Cerbecero Rey altanero con su triunfo se había dirigido hácia Oudenaude.

Estaba ya visto: desapareció toda ilusión para Wenemaro, burlado por el fraudulento Artevelle. La usurpación proseguía hasta el cabo su carrera de delitos. Figu-

rábase que los atentados se hacen respetables cuando pueden hacerse inmensos, y ciego en su proyecto de alienación, el camino del precipicio es el único que le parece y vé espedito.

» — Preciso es que te hable francamente, dice una mañana Gerardo á Urbino. El príncipe heredero seducido por las gracias de una huérfana que Hamstede ha recogido en su casa, parece que solo existe ya para ella. El amor que le ciega le adormece. Es necesario separarle de Elberga. Has visto tú á esta jóven ?

» — Sí, en Rethelsea.

» — Y quien es ?

» — No me hé informado de ella.

» — Dicen que es parienta de Hamstede.

» — Tan solo le hé conocido una sobrina.

» — Ah, sí ! Neolia : ha muerto. Así me lo ha asegurado su mismo tio. Pero esta seductora Elberga....

» — Luis va á ver otra vez á Margarita, interrumpe Urbino con aspecto sombrioso. La bella princesa de Brabante reco-

brará sus derechos sobre el corazón del príncipe.

» — Es tan hermosa como Elberga ?

» — No puedo compararla.

» — Pero tú conoces á entrambas.

» — Quien conoció jamás una muger !

» — Margarita, prosigue Gerardo, ha llegado á las fronteras de Flandes al frente de algunas tropas. Así que lo he sabido he comunicado á Bertrade por escrito mis temores acerca de la seducción de la jóven de Rethelsea, y he comprometido á la noble viuda á que acelere por cuantos medios son posibles la reunion de la princesa de Brabante y del conde. Qué te parece, Wenemaro ?

El amante de Neolia se turba, y despues de una pausa dice.

» — Vos fuisteis testigo de los nacientes fuegos de Luis de Nevers. Ama Elberga al príncipe ?

» — Linda pregunta ! responde Gerardo. Qué muger no le amara ?

» Si Elberga tuvo otros amantes !.... Si un primer amor !....

» — Lo ignoro. Su vida me es del todo

desconocida : pero lo que puedo afirmar es, que si ha tenido un primer amor, ahora tiene el segundo, y es enteramente del último. Tratemos en fin de arreglar este asunto. » [www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

Urbino suspira y calla.

Todo está pronto para la sublevacion de Bruges. Corazon de acero, uno de los capitanes de compañías francas, el mas adicto á Gerardo Dionisio, partió presuroso para Gante, donde Urbino habia de reunírsele ; pero era indispensable la presencia de Luis de Male en Bruges, para levantar allí con aparato y acierto el verdadero estandarte de la independencia nacional, y Wenemaro fué diputado hácia él para esponerle las vivas súplicas de sus celosos partidarios. Era de absoluta necesidad que el heredero de los Nevers apareciese al frente de los suyos : pues siendo jóven, valiente y bello, su persona valdria un ejército.

Provisto Urbino de importantes escritas, salva como un dardo las distancias : el tiempo urge, vuela y llega. Nadie le esperaba en Rethelsea. El fiel mensajero

temiendo algun nuevo artificio de Hamstede, se introduce casi furtivamente y sin pasar recado hasta la estancia del conde que se hallaba solo.

» — Príncipe, le dice, la Providencia me ha ayudado á desempeñar una embajada que me habiais confiado. La fortuna nos es propicia. El Brabante y el Hainault abrazan vuestra causa: la nacion vuelta ya de su primer error clama por sus príncipes legítimos llamándolos á su socorro. Llegó la hora de la justicia: vuestros valientes y leales defensores tan solo esperan á vos en Bruges: aquí teneis sus representaciones: leed. »

Corta el conde de Male la cinta de seda que servia de carpeta ó sobre á la importante misiva, de la cual pendia un gran sello de cera amarilla, y lee atentamente el escrito que le dirigian. Apenas se digna mirar á Wenemaro, haciéndole un recibimiento poco amistoso.

» — Partiré mañana, dice echando mano á su acero. Cuenten conmigo mis amigos! Yo mismo marcharé á su frente.

» — Margarita de Brabante, contesta el

fiel soldado, no contenta con enviar un socorro de tropas á su augusto prometido, viene en persona en su ayuda: y mostrándose sublime con su valor, adicta en fin á los condes de Flandes, es hoy dia no solamente la mas bella princesa, sino tambien la muger mas admirable.

» — Margarita !... en persona !... en mi ayuda.... interrumpe quedando pálido Luis de Nevers. Eso es esponerse imprudentemente. Porqué no la has disuadido de esa empresa peligrosa! debieras haberte opuesto á ello.

» — Acaso tenia yo derecho para tanto, principe mio? Cuando Margarita cedia al impulso de su noble corazon, tocaba por ventura á un soldado oscuro el tratar de extinguir un entusiasmo sublime? Aun cuando vos me lo hubieseis mandado, mi misma adhesion á vos me hubiese prohibido quizás obedecer. Yo la admiraba y hé llamado. »

Un ademan de impaciencia descubrió el descontento interior del conde: mordióse los labios, y continuó con tono irónico.

» — Y la condesa de Hainault, quiere tambien capitanear su ejército? La veremos pelear en persona?

» — La condesa es esposa y madre. No sois de ella mas que un aliado, al paso que Margarita....

» — Basta. »

Esta palabra pronunciada con tono firme y áspero admiró poco á Wenemaro, quien habia ya leido lo que pasaba en el corazon del príncipe.

» — Y qué es de Artevelle? dice Luis al cabo de una pausa.

» — Hé querido verle, y le hé visto, responde el mensajero sin rodeos. Si yo hubiese podido determinarle á restituir voluntariamente el cetro á su soberano, hubiera detenido toda efusion de sangre, y esta idea me hubiese lisongeadado. Hé procurado convencerle, y han sido inútiles mis esfuerzos y mis reflexiones. Artevelle habitualmente verboso, no se ha dignado confiar esta vez sus pensamientos á sus labios. Inflexible á las súplicas de la justicia y del honor, ha mostrado un corazon empedernido y obcecado: me ha rechazado cuando

le alargaba una mano de salvacion!.....  
Cúmplase su destino!

» — Miserable! Insolente en presencia de la nacion! Ruin y bajo ante un extranjero! Urbino, broquel y armas: es preciso que nos vean en presencia uno de otro, y que Flandes nos compare!

» — Partireis mañana: á qué hora?»

Levántase el heredero de reyes: se aumenta su agitacion: su lengua trabada y temblorosa, parecia temer que le escapasen imprudentes palabras; coge la mano de Wenemaro y le dice.

» — Has de seguirme?

» — No, príncipe mio.

» — Porqué?

» — La capital me llama. El gran golpe, el golpe mortal y decisivo debe descargar en el usurpador sobre el teatro mismo de sus triunfos. En Gante va á pesar sobre el crimen la venganza del cielo, y yo soy el instrumento que ha elegido para la ejecucion de sus secretos. Sí, lo soy, está escrito en lo alto. Media un juramento solemnemente, juramento ratificado esta vez. Ya he visto de lejos en mi imaginacion á Ar-

tevelle despedazado por el pópulocho, despavorido, sangriento.... Ví carnes hechas girones, manos suplicantes, huesos rotos; y durante el horrible espectáculo, una voz de homicidio y maldición me gritaba: *Urbino, alk estards tú!*

» — Pero, responde Luis sobresaltado, tu vida.....

» — Ah! que me importa la vida! Ella me ha tenido compasion, y yo la estoy agradecido de inspirarme hácia ella misma aversion y disgusto. Cuando esteis en el trono, mi amado príncipe; habré cumplido con mi deber.

» — Dejémonos de tristes presentimientos! replica el conde enternecido. Me eres querido, Urbino, tú lo sabes. Cuando uno ha podido decir: *tengo un amigo*, cuan horrorosa debe ser esta espresion: *le hé tenido!*..... Escucha, me habia propuesto ocultarte aquí mis secretas intenciones de recibirte con frialdad, pero tu poderoso aspecto me desarma, y la voz persuasiva me domina. Ah! si perdiese mi hermano de armas, si él llegase á morir por mí, quiera el cielo que á lo menos no tenga que re-

convénirme de haber usado con él de disimulo ni un instante! Amo á Elberga, te lo hé dicho. Pues bien: esta misma noche... en secreto... Wenemaro, aqui; la daré mi mano.»

Urbino retrocede espantado, y esclama.

» — Tierra y cielo! Qué es lo que oigo!... Elberga!... Vos su esposo!

» — Nada bastará á impedirlo, responde Luis con firmeza. Lo prometí, y no hay réplica. El altar está ya preparado para el himeneo.»

Da Wenemaro un grito lamentable, semejante al de un reo cuando el verdugo le aplica el hierro con que le marca: quiere alzarse y le falta la fuerza: quiere hablar y la boca se le cierra. Tenia su actitud la inmovilidad de la desesperacion, y la gravedad imponente del horror.

» — Necesitamos en la capilla muchos testigos, continua el principe. Tú serás el mio.

» — El vuestro! jamás. Ese enlace!... es imposible.»

» — Amigo cruel! hasta cuando has de dejar de llevarme de misterio en misterio,

de terror en terror, y de suplicio en suplicio. Tal compañero es un puñal vivo! Hombre furioso, mátame otra vez, y no sobreviva en esta.»

Wenemaro, en pié, fuera de sí como abatido y convulso, cubriéndose con las manos la cabeza:

» — Execrable destino! esclama. Con sola una palabra pudiera yo rasgar el velo, justificando mi conducta, y aun es preciso que calle! Príncipe mio, vuestros ojos me examinan: me veis horrible, insensato, y mis facciones deben espantaros! Ay de mí! el cielo no ha medido mi valor con mi pena, sin duda porque mi fin se acerca. Amor, amistad, valentia, gloria, todo será borrado en breve de mi vida borrascosa de veinte y cinco años, y echada al viento como la hoja seca en los inviernos. Me doy por contento con morir, juez supremo; os doy gracias! Si es verdad que me habeis amado cual decís, príncipe querido, ah! tened fé en mis últimas palabras: no se miente con un pié en el sepulcro.

» — Habla pues, dice el príncipe con-

fuso. Cuando te veo,... cuando estás presente.... ya no sé que es de mi corazón con el amor y la amistad. Tú trastornas todo mi ser. »

Eosanchó Urbino su pecho, reanimado de una vaga esperanza.

» — Voy, señor,... es mi deber... á infiltrar la muerte en vuestro corazón. Elberga !.... es bella indudablemente.... conozco que ha sido fácil amarla... No tenéis más que alargar la mano para decir, *és mia*. Y bien ! señor, os lo declaro, Elberga no puede ser vuestra.

» — MIENTES ! grita el conde con furor. Sal de aquí !

» — Esperad solo un instante ! replica Urbino juntando suplicante sus manos : y añade :

» — En breve quedaremos separados para siempre. Las palabras que acabais de dirigirme son palabras de insulto y de sangre : las acepto , con frente baja , como una degradacion pública. Hé merecido humillacion y oprobio : es forzoso espiar mis crímenes. Buscad aun en vuestra mente alguna nueva afrenta para mí á modo de un

« Dios : absteniéndome de replicar lo sufriré todo en silencio. »

Sus labios descoloridos temblaban como las yerbas muertas que se agitan al soplo del cierzo. El príncipe alargándole la mano :

« — Hé cometido un yerro, le dice. Perdona, Wenemaro ! »

Y éste volviendo la cabeza :

« — Luis ! contesta enternecido : dejadme.... por piedad de vos mismo.... dejadme hablaros de Elberga !

« — No, á no ser que tengas que revelarme algun secreto que pueda aniquilar mi llama. Será indigna de mí la huérfana de Rethelsea ? Sabes por ventura su vida pasada ?.... Franqueza y verdad, ó aléjate de aquí ! »

« A Dios , príncipe mio ! A Dios para siempre ! » dice Wenemaro dándose una palmada en la frente , y al alejarse Luis se opone .

« — Y porqué ha de ser *para siempre* ? Lo futuro....

« — Mi porvenir ! interrumpe Urbino : el vuestro, el vuestro solo en el mundo :

ninguna ambicion domina mi alma , ninguna muger posee mi corazon : vuestra gloria , vuestra felicidad , ha aqui los únicos pensamientos anexos á mi existencia : vos los haceis huir delante de mi : dejadme huir tambien delante de ellos.

» — Quédate : lo quiero , lo mando ! Tal vez está la muerte en Gante.

» — No por eso dejará de arrojarse Urbino á ella.

Abrese la puerta y se presenta la huérfana de Rethelsea. Llevaba el traje gracioso que suelen llevar las jóvenes vírgenes , cuando aguardan para la ceremonia nupcial al sacerdote al pié de los altares. Iba adornada de encages , flores y pedrería.... Oh como deslumbrante estaba Elberga !

Adelantóse la belleza con paso tímido , notándose confundidos en su modesta é inclinada frente la inocencia y la presuncion , la inquietud y la confianza , el poder y la voluptuosidad. Era un maravilloso conjunto de seducciones inexplicables con que trastornaba el juicio de los hombres. Al mirar tan fatal belleza , se diria que sacaba á un tiempo sus hechizos de

las sombras mágicas de la tierra, y de las claridades puras del cielo.

» — Mírala ! dice Luis en voz baja.

» — Ya la veo, responde Wenemaro.

» — Y qué te atreverás á decir todavía ?

» — Las mismas palabras. *Nada de himeneo !*

» — Elberga, oís á este hombre ? Qué encerrará su mente contra nosotros ? Porqué os persigue con su odio ? »

La huérfana sonriendo con esfuerzo, indica con su evasiva respuesta algun sentimiento amargo y doloroso.

» — No hé nacido bajo la púrpura, y me cree indigna de vos. »

Y Luis volviéndose hácia Urbino le pregunta.

» — Es ese tu pensamiento ?

» — No, príncipe mio. » Y acercándose á Elberga.

» — Advertid que es el hijo de nuestros reyes ; la dice con tono grave. Vos, casaros con él !... será posible ? Pensad que un Dios nos mira desde lo alto. No soy el único culpable que hay aqui. »

La huérfana se cree perdida, trastór-

nanse sus sentidos , y arrojándose hácia el príncipe y estrechándose contra su seno se encuentra rodeada de sus brazos.

» — Salvadme ! esclama: tengo miedo ! »

Y temblando como una azogada miraba fijamente á Urbino con hoscós ojos.

» — Elberga mia ! mi dulce amiga ! responde el apasionado jóven : nada temas , aquí estoy yo , te amo . Qué me importan los delirios de ese insensato ? qué puede su encono contra tí ? Desde esta misma noche serás mi esposa á pesar del mundo entero , á despecho de él . Lo oyes Urbino ? *mi esposa !* Está ya adornada para la boda . O Elberga ! cuan bella eres ! y esa roca herizada de dardos se atreve á levantarse contra nosotros . Aléjese de aquí ese corazón de sepulcro ! Tiene horror á los amores ! venguémos , pues : á la juventud y el amor , ofreciéndole el espectáculo de las delicias de la sensibilidad ! Sea su martirio nuestro enagenamiento ! Soy tu amante , tu esposo . Dime , pues , *Luis , te amo* . Dilo cien veces , y yo delante de él.... responderé : *Te amo , Elberga* . »

La sobrina de Amstede casi desfalle-

ciente, en los brazos del bizarro príncipe de Flandes, lejos de desdenar sus caricias obedece maquinalmente al protector que ha implorado, y sin comprender bien sus palabras dice balbuciente. *Yo te amo.*

Urbino testigo mudo de la escena estaba como abrasado en un infierno. Parecía en aquel momento una de aquellas fiebres de la sangre, en que uno oye palabras que jamás fueron de ninguna lengua, y en que se vé lo que no es ni será. Nada se traslucía sin embargo en su rostro, ni dolor, ni desden, ni rabia. Estaba en calma.... y estaba horroroso.

Aunque el amor en un fuego extraordinario lleva la indiferencia hasta ser feroz con todo cuanto se agita fuera de su esfera, sin embargo, el conde de Male se sintió sobrecogido de lástima al ver el estado horrible de Wenemaro, incomprensible á su mente. Suspende al fin las impetuosas demostraciones de la ternera delante del frío silencio de la desesperacion, y no se atreve á continuar el tormento.

— Urbino! dice con prontitud: tú padeces, y yo tambien: acabemos. Baste de

engaños entre nosotros: por mas que has querido aparentar tranquilidad, y yo fingir la dicha, ambos estamos en un suplicio. No quedes aquí ya; parte para Gante: pero guárdate de esponer tu vida; mi hermano de armas me es necesario. Parte, consiento en ello; pero prométeme....»

El fogoso soldado le interrumpe. Las últimas palabras del príncipe despertándole de su estupor, se cruzaron en su mente como dos aceros rivales.

«— *Prometer todavía!* repite con violencia; no, no, basta de locas promesas. Acabais de tocar la infernal llaga bajo la cual forceja y lucha mi funesta existencia. *Prometer!* Ah! por haber hecho promesas lo hé perdido todo en este mundo: reposo y virtud, alma y cuerpo. Por haber hecho promesas en otro tiempo os hirió mi puñal; por haberlas hecho despues os dejó desposar hoy dia con esa muger, y por la misma razon tendré que cometer mañana en Gante un homicidio. *Prometer todavía!* Eso no: basta ya de promesas, á menos, sin embargo, que yo no jure.

«— No jures mas! te lo prohibo, in-

terrumpe Luis atemorizado: no hay sino muerte en tus promesas. No hermano mio, no mi amigo, acabáronse los juramentos! »

Oyese repentinamente un ruido extraordinario hácia la parte de afuera, confundíendose el relincho de los caballos con el chis-chas de las armas, y entra acelerado un criado de Hamstede que se dirige á Luis.

» — Señor, la princesa de Brabante!

» — Margarita! esclama el conde.

Y Elberga atónita repite:

» — Margarita! y aquí Urbino! estoy perdida! »

Luis de Nevers levantándose con precipitación se dirige hácia la reja; átméntase su perplegidad, oye el grito lamentable de su querida, y vuelve en derechura á Wenemaro diciéndole con tono lúgubre.

» — Esto es golpe preparado: soy vuestro chasqueado? Has enterado á Margarita de mi cariño á Elberga, y os habeis puesto de acuerdo. Sí, hé sido burlado, lo veo. Pero pensais que á pesar mio, se pueda intentar que doble la cerviz impunemente bajo el yugo de cualquiera? Con que de-

recho pretendéis hollar mis sentimientos, como se hace de las cosas inmundas? Queréis ponerme andadores? El niño probará que es hombre, y Margarita tendrá que arrepentirse mas de una vez de su indecorosa gestion. No es fuera de propósito que un guerrero vaya á la conquista de una muger, pero es vergonzoso y fuera de uso que una muger vaya en busca de un esposo. Que entre! llamadla, yo la aguardo.

Elberga, cuanto mas se quiere tu ruina, tanto mas se aumenta mi amor. Aborrezco á esa Margarita. Decisivo será el momento; espíquese y júzguese todo en él.

» — Quiero salir de aquí, dice Elberga levantándose azorada. Dejaos de esplicaciones, dejaos de juicios. *Dejadme salir..... Perdon.... misericordia!*

Pero Wenemaro asiéndola de la mano, con voz áspera y lacónica responde:

» — No: permaneced aquí. »

Y la retiene con fuerza.

» — Porque?... con qué fin.... que se quiere de mí?... replica la huérfana confusa. Margarita viene, dejadme. Quiero huir.... la cabeza me falta. Ah! cuan hor-

rible seria esta escena! Compadeceos! abridme la puerta.

» — Tú á mis piés!... tus ojos anegados en llanto! No, alza la frente, muéstrate altiva: es impropia en ti la humillacion. Si aquí hay alguno que deba espantarse anticipadamente de las palabras que van á resonar, no eres tú ciertamente: ocupa tu lugar. Recibe á Margarita como esposa que eres de un rey! Tú eres la princesa de Flandes. »

Aumentábase el tumulto por afuera. Da Wenemaro algunos pasos hácia una de las salas inmediatas, y Luis le detiene y dice:

» — Ni vos tampoco saldreis. »

Obedece Urbino: el príncipe permanece algunos instantes sumergido en una meditacion llena de ansiedad, y luego sacudiendo su blonda cabellera con ademan de franqueza y decision, interroga de esta suerte á Wenemaro.

» — A que viene Margarita?

» — A socorreros y defenderos.

» — Nada mas?

» — Lo ignoro.

» — La has hablado de Elberga?

» — No era esa mi embajada.

» — Habrás vendido mi confianza? Será posible que hayas jurado la perdida de mi amada, y que no seas mas que un pérfido y un traidor? »

Calló al oír aquesto el feroz soldado.

» — Habla en nombre del cielo, continua Luis, Despacha; no me dejes en esta odiosa incertidumbre, que puede ser funesta á todos; á Margarita, á tí, al reino. Ay de mí! estará condenada la ciega amistad que te tengo, á ser burlada nuevamente? Responde alguna cosa, Urbino; responde, aunque sea una impostura!

» — Por mi honor os afirmo, dice Wememaro con grave dignidad, que ni una sola vez he pronunciado el nombre de Elberga delante de la princesa de Brabante. Si es sabedora de vuestro amor no lo es por mí.... Vedla aquí. »

Rodeada Margarita de caballeros y de guardias se presenta á la puerta de la sala con magestuoso continente. Hace un ademán despidiendo á su valerosa comitiva y queda sola con Bertrade que está á su lado.

El conde de Male que habia olvidado en las tribulaciones del destierro á su noble y bella prometida, quedó como abortito y mudo al verla, dejándole admirado el esplendor imponente que la rodeaba. La embelesadora cabeza de Margarita, graciosamente ladeada como la de la deidad cazadora de los tiempos antiguos, parecia cansada del poder y deseosa de la soledad. Sus ojos eran brillantes y tristes; sus piés delicados, sus esbeltas y alabastrinas manos, la soltura de sus miembros y su airoso talle; el gusto y sencillez de su adorno, su abandono y su palidez, todo hacia resaltar las señales de belleza elegante y superior, que generalmente pertenecen tan solo á las altas clases de la sociedad. Elberga miró á Margarita, y ambas hermosuras quedaron pálidas.

» — Poderosa señora ! dijo el príncipe: cómo podré espresaros mi reconocimiento!... Vos misma, fuera del suelo natal, esponiendo por mí vuestra vida ! Tanta bondad me confunde : no la hé merecido ciertamente.

» — Vuestra causa es la de los reyes,

responde afablemente Margarita. Los vinculos que unen nuestras familias....

Y sin poder continuar, sus miradas fijas en Elberga penetraron mas de un misterio. Iba vestida como de novia; Luis, turbado, se vendia á sí mismo, y la princesa con el corazon helado se apoyaba temblando en Bertrada. No era ya posible engañar, y por lo mismo pensó el conde que en semejante apuro era mas digno de él esplicarse con rudeza, que fingir con perfidia. Hace sentar, pues, á la princesa, y la dirige estas palabras.

« — Teneis un alma magnánima: seria yo un monstruo á mis propios ojos si no os enterase de todo con respecto á mí, á Elberga y á vos misma. Me perdonareis Margarita? os he olvidado, os he vendido: no era yo digno de vuestro amor. Otra, aquí mismo, esta noche.... otra será mi esposa! »

Al oír esta confesion tan sincera como inesperada estuvo á punto de desmayarse la princesa. Su complexion débil y melancólica no tenia ninguna defensa que oponer contra aquel golpe imprevisto. La hu-

millacion era completa. Agolpáronse á su mente mil ideas confusas; deslumbráronse sus ojos, sonando al mismo tiempo agudos ecos en su oido, sin acertar á hablar una palabra y sin poder desahogarse prorrumpiendo en lágrimas. En tan triste situacion se echó Luis á sus piés exclamando :

» — Margarita, primera compañera de mi juventud! como hé podido faltaros á mi palabra!... Os miro y no me comprendo. Siendo vos tan embelesadora y tan pura, hé fijado mi amor en otro objeto.... Estaba loco, no tengo excusa.... La belleza de mi Elberga, vuestra larga ausencia.... Ah! mi edad que no pasa todavía de diez y ocho años! Margarita, sed al menos mi hermana! os dedicaré mi vida entera. Aceptad un hermano, un amigo. Ay de mí! en lo interno de mi corazon siento un pesar que no puedo profundizar sin correr el riesgo de un doble remordimiento. Compadecedme! »

La viuda de Everghem se acerca entonces, y levantando al conde le dice.

» — Yo soy Bertrade. »

Estas sencillas palabras pronunciadas en

aquel momento, parecian haber formado al rededor de ella un círculo de respeto y de temor. Urbino, aparte, en pié y pálido, parecia una roca convertida en estátua.

» — Donde está vuestra futura esposa? pregunta la viuda con gravedad.

» — Vedla aquí; responde Luis.

» — Y llamas *Elberga* á esta muger?

A tal pregunta se sintió sobrecogida de vértigos la sobrina de Hamstede, semejante al aeronauta á quien roto su globo en los aires le parecen los campos del espacio simas de torbellinos en que está la muerte antes de llegar al fondo. Espide de su pecho un grito sordo, se levanta medio loca, y tendiendo los brazos á la ventura esclama.

» — Dejadme salir; » y Bertrade se lo impide diciendo al mismo tiempo.

» — Príncipe, esa muger tuvo otro nombre.

» — Cual?

» — Neolia.

» — *Neolia!*... Quien! la amante de Wewenaro!.....

» — Aun ha sido otra cosa; la mofa de Felipe Artevelle.

» — Oh que horror! que monstruosidad!... Urbino! Urbino! es cierto?

Y Wenemaro permanece inmóvil y mudo.

» — Gran Dios! esclama el príncipe aturcido; me acuerdo del bosque.... De Urbino echándose á mis piés.... le veo, le oigo todavía... La concubina de Artevelle! é iba yo á hacer de ella mi muger..... tan culpable!

» — *Miradla!* dice Wenemaro.

» — *Ah! ya la veo,* responde Luis. »

Y pronunciando ambos estas palabras, se recordaban el acento con que poco antes las habian dicho inversamente el uno al otro, siendo esto para la desgraciada huérfana como una repeticion del eco del rayo.

» — Y yo, inesperto y crédulo al lado de ella, se decia el príncipe aterrorizado, me apuraba en amarla. »

Permanecia Urbino inmóvil: Neolia volviendo á caer casi moribunda en un sitial, confirmaba con la espresion de su rostro las revelaciones de Bertrade, y Margarita

olvidando sus propios padecimientos, é impulsada de un movimiento involuntario de conmiseracion, quiso ir á socorrerla.

» — No, no, dijo la sobrina de Hamstede: no necesito asistencia. Aceptaria la piedad de él, pero repulso la vuestra:» y luego dirigiéndose á Bertrade; coge la mano de esta con la suyas y añade:

» — Hicisteis bien: padecia al ver que me ofrecia su corazon y he merecido tan horroroso castigo. No podia yo tener la grande é inesperada dicha de ser su esposa. Le he engañado, y así me engañaba yo á mi misma. ¡Oh Bertrade, que dia de vergüenza! No me queda mas recurso que morir. El mundo y sus leyes me condenan: pero vos, santa hija del cielo, no abandonéis á una culpable! Si aun me quedan horas que vivir, rogad, rogad por mi en la tierra, para que Dios y Luis me perdonen.

En su actitud suplicante siente que la ase un brazo de repente, y la voz terrible de Urbino la dice estas palabras al oido.

» — *Que Dios y Luis te perdonen!* Qui-

¿as podrán hacerlo: así sea. Pero! olvidas que existo!

» — Olvidarte. Ay! no! Aun siento rodar mi exánime despojo bajo el pié de Wememaro.... quien le gritaba.

Incorcóporase Urbino distraído, da un brinco hácia atrás, y luego rechinando los dientes pronuncia con voz ronca estas últimas palabras.

» — A DIOS A TODOS! »

Y huye.

» — Margarita! dice el conde con voz lenta y sepulcral; me aguardan en Bruges.

» — Partamos pues.

» — Y podreis olvidar mis errores? os dignareis absolverme y seguirme? ah! decidme....

» — En otra parte, aquí nada. Habeis amado á Elberga? Nada hay de barbarie en esto: allí está. »

La huérfana ahogada en lágrimas estaba en brazos de Bertrade que procuraba reanimar su valor. El heredero de Flandes apartando de ella la vista va á salir, Neolia le detiene y poniéndose delante hincada de rodillas:

» — Tan solo una palabra! dice la desdichada. Felipe de Artevelle me habia conducido á la iglesia y yo me creia su esposa; pero un falso sacerdote me esperaba en el altar. Soy una muger afrentada, mas no fui Prostituta. Ah! no os dirijo, Luis mis espresiones, con el objeto de ensalzarme á vuestra vista ni despertar en vos una pasion ya estingnida: no, aun cuando fuera posible que vos quisierais rendirme vuestro corazon, yo misma tendria ahora horror de ser amada. Ya no soy mas que un desecho de la tierra, y envuelta en mi ignominia quiero aislarme para siempre de los hombres. La miserable criatura caida en un instante desde la cumbre de la felicidad al último grado de las miserias, no merece ni una demostracion de piedad, ni una mirada de consuelo: Aquí la veis inconsolable, anegada en llanto, con frente abatida, y para mayor tormento con vestido de amor y de himeneo. Una palabra, Señor; un suspiro siquiera... pero nada... nada... peor fuera esto que la muerte. »

Reclina su cabeza.... cae, y el cielo suspende sus dolores.

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

## XIX.

El exceso del dolor así como el del gozo, es cosa tan violenta que no puede ser duradera. El corazón del hombre tan fuerte para ir á los extremos como débil para permanecer en ellos, solo puede tolerar cierta medida de goces y desesperación. Neolia ya mas sosegada recobró sus sentidos, y al ver á Bertrade á su lado la pregunta.

» — Y el príncipe?

» — Ha marchado.

» — Y Margarita?

» — Ambos han tomado el camino de Bru-  
ges.

» — Los seguireis vos?

» — Aguardo á vuestro tío. En tanto  
no quiero dejaros sola.

» — Crueles... No hablemos ya de ellos.  
Vos sois la única que se ha compadecido  
de mí. Despues de haberme hecho tanto da-  
ño, vos sola, Bertrade, vos sola me haceis  
bien. Pero ellos!... donde estaba su cora-  
zon? Me han visto llorar con ojos sere-  
nos....

» — *No hablemos ya de ellos: vos mis-  
ma lo habeis dicho.*

» — Y donde está mi tío?

» — Aun no está de vuelta.

» — Ah! si! continua la huerfana co-  
mo volviendo en sí con sus recuerdos: mar-  
chó esta mañana para hacer preparativos  
de boda. Va á traerme adornos... Oh Dios!  
tan solo quiero uno y es el de la tumba,  
la mortaja.

» — Tan pronto como vuelva partiré sin que me vea. Estoy aquí proscrita y sin defensa; y vuestro tío...

» — Oigo sus pasos. »

Deja Bertrade á Neolia, va á juntarse con algunos guerreros que la espera á corta distancia de Rethelsea, y se reúne en breve al conde de Male.

---

Luego que Hamstede llegó adonde estaba su sobrina, supo los acontecimientos ocurridos durante su ausencia, y no es fácil pintar su cólera. Vió hundirse en un instante el palacio de gloria y de poder levantado en su imaginacion por su intriga y sus artificios. » *Neolia princesa de Flandes* » palabras embriagadoras que él se repitió cien veces con orgullo, y que eran su tormento el recordarlas cuando veía que desapareció la corona para su sobrina. Echando espumarajo por la boca se pasea precipitadamente por la sala, vomita injurias y blasfemias contra Luis, y dice murmurando.

( 162 )

» — Que perezca! si, perezca; y el cielo permita que carguen los demonios con su alma: única cosa que la venganza humana no puede aniquilar en él. Preciso es que muera el conde de Malé, Neolia.

» — Y porque? responde la huérfana compungida.

» — Tú le amaste! continua Hamstede sin atender á su sobrina. Ahora conviene que tu amor se convierta en odio para que mi venganza sea completa. Así caiga revolcado en el polvo cuando se crea en el momento de su triunfo, y alargando el brazo en ademán de pedir socorro, tan solo oiga responderle la risa de las furias desde el fondo del infierno. Me oyes? »

Y la infortunada apartando los largos cabellos que cubrían su frente, endereza la cabeza y sonrie. Todo movia ruido al rededor de ella; aun sus mismas palabras eran como un choque de los vientos y de las olas en la orilla de un mar proceloso.

» — Le amarás siempre? dice el detestable viejo.

» — No lo sé, responde Neolia. Hacedle igual pregunta. Pero no... ya me acuerdo... ha marchado.... Le conduce Margarita; Margarita, princesa de Brabante. Ah! cuan bella es! y no obstante me habia él preferido. »

En vano buscaba Hamstede en su sobrina alguna cuerda que pudiese hacer resonar: ni siquiera un eco le respondia. Caricias, furor, razonamiento, súplicas, todo se estrellaba contra aquella desesperacion tan decidida. De repente acude á la imaginacion de la desventurada una idea terrible que traspasa su corazon como un puñal, y prosigue con lastimera voz.

» — Ya no tengo nadie que me ame: yo no era ya Neolia, ni tampoco soy Elberga; que nombre tendré yo hoy día?... Oh Dios! No he oido ahora mismo una voz que aquí decia, *la concubina de Artevelle?* Horrible mentira! y Urbino! Ah! me pisó como se aplasta una vívora. !Oh recuerdos tremendos! y aun vivo! Nacida yo con un alma' sensible y tierna, necesitaba sin embargo un destino de calma, de virtud, de silencio y de amor. Y que hé te-

nido yo en lugar de esto? degradacion, tempestades, crímenes.»

Reíase al mismo tiempo, y la insoponible luz de su mirada fija espantaba al viejo Hamstede, conoció este al fin lo inútil de sus esfuerzos en el turbado juicio de su sobrina. Abre una reja al oír un ruido: ve dirigirse á su morada una partida de caballería franqueando las barreras de Rethel-sea, y conociendo al capitán da un grito de sorpresa.

» — Neolia!... Felipe Artevelle!»

Este nombre hace volver á la huérfana de su delirio, que hacia pasar por su ofuscada imaginacion las mas raras fantesmagorias, cual si fuesen nubes fúnebres. Pocos instantes habian transcurrido cuando estaba ya cerca de ella el hijo de Santiago. El viejo aparentando que los deja solos se queda no lejos de allí y escucha.

» — Neolia! dice Felipe Artevelle: soy delincuente para tí, y me fuera imposible justificarme. Te he engañado cobardemente, soy indigno de perdon; pero hay crímenes que pueden repararse, y el mio es de esta clase.»

La huérfana que se hallaba como aplañada en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos hace un ademan de sorpresa, y el hijo del Cervecero Rey continúa.

» — A nadie más que á ti he amado yo en la tierra. La voluntad paterna es la única que ha podido impelirme al fatal dolo de que te hice víctima. Al descubrir la verdad huistes de mí con horror: razón tuviste Neolia! Pero hoy día han mudado los tiempos. El cetro se escapa de las manos de mi padre: los enlaces soberanos que había ambicionado para mí fueron sueños que se han desvanecido, y recobrando yo mi libertad me tienes aquí á tus pies. No te ofrezco una diadema y provincias, pero sí un cariño verdadero y una firme decisión á sacrificarme en tu obsequio. Tendrás el apellido de Artevelle que será célebre en la historia. Como ahijado de la reina Felipa tengo un apoyo y tesoros en Inglaterra (1): ningún contratiempo

---

(1) *La reina de Inglaterra era madrina de Felipe Artevelle, hijo de Santiago.*

tendrás que temer, y pocas mugeres habrá en la tierra que gocen de mas alta cosideracion que la mia.»

Nada responde Neolia, aunque todo lo comprende [aquella vez.](http://www.libtool.com.cn)

» — Objeto de mis primeros amores! añade él con pasion: vuelve á mí: vuelve á la felicidad! Sí, vuelve, y yo haré que goces en adelante de todas las delicias de la vida! Te haré divino lo presente para hacerme absolver de lo pasado! perdona-rásme Neolia? »

Pasa la huérfana su mano pór los rizos de su hermosa cabellera, y dilatando los ojos con el miedo que la inspira su propio language, le responde en estos términos:

» — Ya veis mi compostura Felipe! En esta misma noche iba á casarme con el conde de Flandes. No quiero engañar ya á nadie: direlo todo; amaba al príncipe. Ah! le amaba con pasion: como merece aquella alma tan bella y tan pura, aquel genio tan dulce y apacible! Ni me ha engañado ni envilecido. De ningun puñal se ha valido, de ningun falso sacerdote.

Habiéndole ocultado mis desdichas.... De repente le han enterado de todo: me ha conocido y huyó. Sola he quedado, con ignominia, medio loca, casi muerta. Que hicierais vos con semejante compañera? Tiene horror á vuestro padre, oye con desprecio vuestro apellido, los bienes vergonzosos la indignan. No revolqueis en las humillaciones en que ha caído, á una muger cuyo corazon os rechaza. Sólo ha sido de vos, es cierto, mas no por esto está menos abatida y despreciada; y desde el fondo de su bajeza, esta cosa miserable que se ha separado de vos, temeria descender todavia volviendo al hijo de Artevelle. Que decis de esto, Felipe? »

Notábase en su acento y sus palabras tanto espanto como ironía, tanta calma como demencia. Arrojándose Felipe á sus pies:

» —Desdichada! esclama: cuando no me impeliere hácia tí un impulso de amor, me impeliria una ley del deber. Yo soy quien te ha precipitado donde te hallas: yo te admito tal como te encuentro. Me temes, bien lo comprendo; pero tú me amarás,

me atreveria á afirmarlo: yo haré feliz tu vida. Ea pues! ábranse tus brazos para mí! esos brazos que en otro tiempo me estrecharon contra tu corazon! Neolia, restitúyeme mis hermosos dias.

» — Cerca de mí, responde con gravedad la huérfana, no es posible que haya jamas dias hermosos. Levantaos, Artevelle! fundad vuestro contento, vuestros pesares y esperanzas donde quiera que os plazca, menos en mí donde todo pereciere. Llanto derramado á mis plantas, brazos suplicantes levantados hácia mí, palabras amorosas dirigidas á mis ideas de muerte, todo, todo este estrepitoso duelo me importuna. »

Quedó Felipe como aterrado. Parecíale que la belleza de Neolia resplandecia con nueva luz aunque no brillase ya para él.

» — ! Oh cuan bárbaro soy! replica. Yo soy quien la ha sumergido en ese estado de triste desvario, y de salvaje apatía! Neolia, en otro tiempo tan cariñosa y tierna hela aqui feroz é implacable! Esa es mi obra, miserable Felipe! ; Ay de mí! tuve un momento la felicidad y la dejé escapar: la he gozado y la he perdido. »

La sobrina de Hamstede, levantándose movida de una de aquellas luchas invisibles que sufre, y que aniquilan y matan.

» — Preciso es que me vaya, le dijo.

» — Y adonde?

» — Adonde no hablen ya de amor. Ah! guardaos de pronunciar la palabra *consuelo*; seria un veneno en mis llagas. Hay cierta compasion de sí mismo, que encanta en parte el dolor en los primeros hermosos dias de la primavera; pero yo no la tengo, por todo me ha faltado. Ya veis que hablo con reflexion. No soy loca, racionino. Dejadme; quiero estar sola.

» — No, no os dejaré; interrumpe Felipe con energía. Habeis sido mi esposa delante de Dios, pues estabais en el altar de buena fé, y lo seréis tambien delante de los hombres, porque es menester que la iniquidad se repare. Venid! ceso de rogar; tengo derecho de mandar, y mando.»

Diciendo esto coge del brazo á la huérfana: ella da un grito de terror, y huyendo á lo ultimo de la sala se agarra á un viejo muelle y se acurruca temblando. Felipe insiste en que le siga; clama la des-

venturada pidiendo socorro, se esfuerza en rechazarle, y siendo inútil su resistencia, esclama con voz lastimera :

» — Cedo á la violencia, cedo á tanta atrocidad; dejadme, os seguiré, estoy pronta! »

Al decir estas últimas palabras se presenta Hamstede violentamente agitado. El ambicioso negociante dirigiéndose al hijo de Artevelle, le alarga una mano amistosa y le dice:

» — Felipe, todo lo he oido. Los nobles sentimientos que acabais de manifestar disculpan vuestros culpables errores. Olvido un funesto pasado. Neolia os será restituida; represento aqui á su padre y la pongo en vuestras manos. »

Y luego volviéndose á su sobrina añade:

» — Ese es vuestro esposo.

» — Mi verdugo! dice Neolia.

» — El honor os prescribe seguirle.

» — El honor! repite la huérfana. Cuan mal suena aquí esa palabra!

» — Acabo de recibir noticias importantes, continua Hamstede llevando aparte á Felipe. Vuestro padre vuelve á Gante; mas

allí le aguardan horribles desgracias. Toda aquella inmensa poblacion movida por el Genio de los revoltosos está á punto de sublevarse contra el soberano que eligió. Marchemos al socorro de Artevelle! Es necesario que triunfe este grande hombre: su causa es la de los pueblos. La revolucion flamenca es el faro de salvacion, cuya llama sagrada deben atizar todas las almas patrióticas. Odio y muerte á esos eternos enemigos del reino que quisieran ahogar de nuevo la inteligencia humana bajo la funesta paz, la libertad engañosa y la perversa felicidad que dan los poderes legítimos. Gloria eterna á la soberania popular, principio de destruccion fecundante y de tempestades creadoras. Caigan los reyes! Viva Artevelle.

Los ojos del mercader de lanas centellaban de encono y de venganza. Neolia, aunque acordándose de los discursos tan diferentes que tenia su tio en el dia anterior, le miraba con una tranquilidad indiferente que parecia una distraccion estúpida.

— Y Luis de Nevera? pregunta ella.

» -- En Bruges le coronan á ese traídor.

» -- Ah! yo me felicito, dice la huérfana con acento triste.

» -- Estais cierto de esas noticias? pregunta Felipe al viejo.

» -- Las sé por un mensajero que acaba de llegar de Gante.

» -- Teneis cartas de Bruges?

» -- Un arquero del Reward que acaba de pasar por aquí, me ha contado que á la vista del principe, el pueblo brugés sublevado....

» -- Marchemos! el rayo nos amenaza, interrumpe el hijo de Artevelle. O padre mio! pobre padre mio! »

Y al hacer esta esclamacion se pintó en su semblante el agudo dolor de su corazon.

» -- Temeis que perezca! temeis cuando es el elegido de la nacion y el ídolo del populacho! él, que es la revolucion viva y la libertad coronada!....

» -- No pronuncieis así su sentencia, esclama Felipe con horror: que es una revolucion por el pueblo? Desdichas, sangre

(173)

y vilipendio. Que es la libertad por los revoltosos? un delirio, desorden y crímenes.

» — Joven, me espantais.

» — Viejo no os hagais partidario de la causa de mi padre, si creéis en la constancia de la fortuna y la adhesion de los pueblos. Mal camino habeis tomado vos, adorador de todos los poderes! Vuestra sobrina no será reina.»





[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

## XX.

Daba las cinco el reloj de S. Juan. (1) La mañana despuntaba apenas y ya obstruía las calles de la gran ciudad flamenca una inmensa multitud. Iba ya á llegar el Cervecero Rey : mas no era una ovacion alegre con lo que esperaban al gefe de los demagogos , ni tampoco los preparativos de una entrada triunfal lo que habia puesto en pié á todo el populacho de Gante. Sin embargo, las reuniones formadas hácia una y otra parte, dándose encontrones y agolpándose por uno y otro lado como si fue-

---

(1) *Hoy dia San Bavon.*

sen columnas amenazadoras, presagiaban nada menos que una fiesta. Manifestábase en el rostro de los héroes de la rebelion los síntomas de una revolucion inevitable, y por todos los ángulos de la ciudad, hácia la puerta del Norte, andaba una horrible barahunda, semejante á las olas de un mar alborotado. Propositiones feroces mezcladas de obscenas chocarrerías, é interrumpidas de cantos patrióticos iban aumentándose en los aires, como los mugidos del piélagó que va á mover la tempestad. Los ganteses, decididos al homicidio, asegurados de su presa y dueños de su venganza, procedian con una especie de lentitud satánica á la sublevacion general. Los caníbales parecian ocupados en acomodarse bien para saborear á su placer mas tarde las alegrías del crimen y de la muerte (1).

---

(1) *Todos los pormenores de la horrible catástrofe que se va á leer son exactos y veraces, como sacados de las antiguas crónicas y de las diversas historias de aquel tiempo.*

Los partidarios del Cervecerero Rey introducidos en la multitud escuchaban con una perplexidad creciente las sangrientas llamadas del motin. El cielo estaba puro y sereno, y el azul despejado del firmamento, cual si fuese una burla de la naturaleza, hacia un contraste siniestro con los movimientos desordenados y las miradas desdeñosas de los *gloriosos* de la capital. Esos hombres armados á la sazón contra el poder usurpador, eran los mismos que poco antes habian derribado la autoridad legítima. Habian espulsado la justicia, é iban á aterrorizar el crimen. Mas no eran unos valientes que volvian á la virtud: eran unos monstruos que mudaban de bandera: hombres en quienes no habia ni fé ni raciocinio, sino horrores y maldades. Y sin embargo, entonces como antes, como en lo pasado y lo futuro, estos brutales genios de la destruccion se llamaban los » *Hijos de la libertad.* »

Así estaban las pasiones en presencia unas de otras. Pero la opinion, que casi no formaba ya mas que una sola voz, pronunciaba la condenacion de Artevelle.

Parecia un decreto nacional, porque en el foro de la revolucion votaban mas de cien mil bocas, al mismo tiempo que entre los numerosos corrillos del gentío andaban varias conversaciones por el estilo de las siguientes.

» — Cuanto tarda en venir el traidor !

» — Nos ha vendido al inglés !

» — Estarán quizás contándole su dinero.....

» — Como son tan anchos sus bolsillos !.... necesita horas para llenarlos.

» — No tardaremos nosotros tanto en vaciarlos.

» — Trae toneles llenos de cuerdas que le han enviado de Londres, y viene cargado de ellos.

» — Y para que son esas cuerdas ?

» — Toma, para ahorcar paisanos.

» — Le divierte el baile de los brujos (1).

» — Él romperá el baile.

» — Quien ?

---

(1) Asi se llamaba en Flandes la muerte de un ahorcado.

- » — El tirano.
- » — Dicen que entra á caballo.
- » — Montado encima , ó debajo ?
- » — Es de urgente necesidad barrer las calles. [www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)
- » — Traerá diadema en la frente ?
- » — Sí , á modo de gorro de dormir.
- » — Y nosotros gritaremos : *buenas noches camarada !*
- » — Aun tiene el cetro.
- » — Es necesario clavársele en la mano.
- » — Ya viene ! ya viene ! gritaban por otra parte.
- » — Quien , el Reward ?
- » — No , el ladronazo.
- » — Lo mismo es.
- » — Le aplaudiremos ? esta vez nos pondremos guantes.
- » Él ha querido hacerse heróico, decian en otra parte, y ha sacrificado la paz á la gloria.
- » — Todo lo contrario ; ha sacrificado la gloria á la paz.
- » — Lo que ha hecho es matar el orden para dar la libertad.
- » — Yo digo que ha muerto la libertad

para dar el órden.

» — No' es eso: todo lo ha sentenciado á muerte á un tiempo, gloria y paz, órden y libertad.

» — Admirable medio de conciliarlo todo!

» — Una paz armada hasta los dientes!... una gloria revolcada en el lodo!....

» — Y un órden que es confusion.

» — Y una libertad que es esclavitud.

En otro lado.

» — Muera el traidor!

» — A la horca con el cangrejo!

» — No carece de méritos para ello.

» — No ciertamente, ahorca muy bien á los viejos.

» — A lo mejor despoja al huérfano.

» — Y sabe encarcelar á las viudas.

En aquel momento atravesaba la calle mayor del arrabal una turba de estudiantes dirigiéndose hácia el Steendam (1). Los cabecillas de aquella chisma agitaban una especie de bandera de varios colores, en

(1) *Donde está hoy día el puente de S. Jorge.*

que se leían estas palabras: *Libertad; ni tronos ni reyes!* Verduleras, baratilleras y bribonas los seguían aplaudiendo, oyéndose de en medio de aquel tumulto de vagamundería horribles juramentos, risotadas y amenazas. La mayor parte de los estudiantes estaban medio borrachos y salían de un conciliábulo nocturno. Los unos mendicantes y andrajosos, ahullaban cántico<sup>s</sup> de iglesia; los otros, vagamundos de estoque, cantaban himnos marciales; todos llevaban picas y dagas, y su espantosa fila, semejante á los anillos de una serpiente, daban vueltas de un cuartel á otro ofreciendo en el largo espacio que ocupaban las cabezas innumerables de una hidra. Estos diablos vomitados de las escuelas y abrasados de la calentura revolucionaria, no tenían mas que sonrisas de sangre, y palabras de destruccion. Eran cual buhos que corrian á las ruinas, y como buitres que olfateaban un cadáver. Sus discursos eran los del pueblo.

» — He! teologo! Voto va el alma de mi padre, si es que la tenia, pues no se a segura que está la peste en Gante!

» — Voto va brios! bien lo creo: estás tú aquí.

» — Enorabuena. Juntemos á eso una bella y buena escomunion de S. Pedro. Juraria á fé de sotana que nuestra ciudad pertenece al antecristo.

» — Bien puede ser: es del Cerbecero.

» — Ruido hará su venida: mañana van á festejarle.

» — No se reirá mucho el señor Santiago.

» — Afuera ricos! afuera los soberbios!

Las ventanas de la ciudad se abrian de distancia en distancia, asomándose furtivamente algunos rostros despavoridos, y enarbolando en algunas de ellas varias banderolas con estas inscripciones: *Caiga el falso rey. Viva un rey verdadero. Muera el Príncipe Negro. Afuera extranjeros.* Oianse aquí y allá algunos aplausos desde lo interior de las casas, pero reinaba no obstante mas ansiedad que entusiasmo. Temian que la revolucion que se habia abierto por sofismas viniese á cerrarse con degüellos, mayormente cuando no veian en la tempestad mas que deseos de desórden y sa-

queo por parte de mucha gente de los arrabales, que lo que menos les importaba era que hubiese monarquía, ó que hubiese libertad. A ellos les convenia los hechos, á otros las frases.

Se habian reunido en muchos puntos de la ciudad corporaciones ó gremios de tegedores, de sastres y de herreros. Gerardo Dionisio que habia llegado aquella noche de Bruges, donde triunfaba el conde de Male, habia organizado sus falanges que marchaban en buen orden: muchos de ellos eran de á caballo, y se veian relucir algunas lanzas.

» — Vamos chispéros, machaquemos el hierro mientras está hecho ascua: yo quiero ganar unas espuelas de oro.

» — A costa nuestra quizás. No es verdad!

» — Y vosotros en que pensais.

» — En la venganza. Ya llegó la nuestra. Hoy ajustaremos cuentas con el Cervecero.

» — Restaremos, y será borrado del libro de los príncipes.

» — Hablad con mas propiedad: del li-

bro de los hombres.

» — Pues qué! era hombre<sup>7</sup> ese infiel?

» — Y nuestros diputados qué son?....  
No han ido á declarar los de Gante, no sé donde, que pedíamos á voces por soberano al *Príncipe Negro*!

» — Tambien se atrevieron á publicar en otro tiempo que Santiago era el rey que habíamos elegido.

» — Eso no les cuesta nada, antes bien les resulta de ello provecho. Esas farsas al fin se pagan carás.

» — Escelente oficio!

» — Oficio de Judas.

» — Y quien suministra el dinero?... el pueblo.

» — Al fin ha empezado Bruges á libertar la patria. Gante va á volver á ver al príncipe de Flandes.

» — Su padre está ya en Bruselas. Algunos enviados de nuestras principales ciudades han ido á echarse á sus piés, y el rey de Inglaterra conociendo que está perdida su causa, ha hecho que le ofrezcan su auxilio para recobrar su corona, con tal que declare la guerra á Francia,

(184)

y que le jure fidelidad y homenaje; á lo cual se ha negado el noble príncipe.

» — Con que el inglés vende á Artevelle?

» — Esa **nacion vende á todo el mundo** sin distincion, al uno despues del otro.

» — Me ha contado Gerardo Dionisio que Eduardo habia ofresido ya su hija á nuestro querido Luis, y que el jóven príncipe ha respondido: *No*.

» — Eso era consecuente.

» — Ya llega! ya llega!

» — Quien, el Cervecero?

» — Sí, y viene escoltado por sus ingleses: trae un escudo con blasones, vesta de escarlata, y sobrecota esmaltada de terciopelo....

» — Cáspita, no le faltará runrun!

» — Que ridículo es ver ese magestad de chaqueta dándose grandes maneras, para hacer olvidar su origen de truan. Muy bien! ya llega la fullería á su término. Matones, perdonavidas, y *zagales* (1). Ya

---

(1) *Horribles bandas de facinerosos, á quienes se daba el nombre de zagales.*

teneis tarea !

» — Adelante.

» — A las armas ! Venganza !

» — Verdadera libertad, rey legítimo. »

Aun no llegaban estos gritos tumultuosos al Reward, y los guardias que le precedian se acercaban no obstante con sobresalto y desconfianza. La aurora se levantaba en tanto radiosa. En aquel momento salió de una de las puertas un caballero pálido y anhelante al encuentro de Artevelle. Era uno de los partidarios de la usurpacion, y en su rostro se veia pintado el sobresalto.

» — Volved atras, le dijo, ó sino estais perdido. La capital está sublevada.

» — Yo huir ! responde el demagogo.

» — Teneis la muerte delante: volved atras !

» — Y detras está la muerte.

» — Será cierto ! La ciudad de Bruges ?...

» — Está en poder del conde de Male.

» — E Ypres ?

» — En completa revolucion, y Oude-narde.

» — Estoy vendido.

» — En todas partes está la perfidia!

» — Entremos en Gante.

» — No hagais tal locura. Por las calles se ven acosados vuestros amigos como si fuesen bestias feroces, y el pueblo brama desencadenado contra ellos.

» — Aun tengo algun imperio contra ese mismo pueblo.

» — Se puede tener acaso sobre tigres?

» — Tengo amigos....

» — Que renuncian vuestra amistad.

» — Yo hablaré.

» — No os escucharán.

» — Pero Gante me ha hecho rey!

» — Gante os dará muerte.

Bajó Santiago la cabeza reflexionando algunos instantes sobre su situacion, y vió que era imposible huir, que no encontraba adonde retirarse, y que no hallaria en fin refugio. La insurreccion semejante á un vasto incendio estendia á todas partes sus llamas. No habia trance de salvacion para él á no ser en un esfuerzo temerario, en una resolucion desesperada. Se lisongeaba de que su presencia, saludada en otro tiempo con tanto entusiasmo por la gran

(187)

ciudad flamenca, impondría todavía al populacho. Aparenta, pues, confianza, y alzando la frente con una firmeza ficticia prosigue su marcha hacia Gante.

» — Tengo estrella, » decía entre sí: y su estrella acababa de anublarse.

Pasó Artevelle la puerta del norte y entró en la capital. Las bandas furiosas de los arrabales, compuestas de truanes furiosos, de asquerosas prostitutas y de muchachos andrajosos, se adelantaban á su encuentro blandiendo sus picas y aturdiéndose á sí mismos con sus imprecaciones. Al verle levantaron un grito de atroz contento, cual pudieran lanzarle los demonios al ver arrojar el cielo un condenado á sus lagos de fuego: era éste eco para Santiago Artevelle la primera campanada de muerte, el primer toque de agonía.

Faltándole corazón al Corvecero Rey en lance tan crítico, no acierta á pasar adelante y se detiene. Frente por frente del anatema popular no tenía ya en las venas una gota de sangre que no estuviese yerta: pero no era ya tiempo de mudar de propósito: preciso era marchar en derechura

á la desgracia ; la audacia era necesidad.

— Valor valientes lanceros ! apretad los cinturones , y alto las armas !

Así les dice , y los soldados ingleses responden con aclamaciones á la orden del gefe demagogo. No pasaban de ciento , mas por su valor indomable valian ellos solos tanto como un ejército. Desfilan pues marcando el paso : algunos paisanos amigos de Artevelle le hacian señas desde sus rejas , dándole á entender que no pasara adelante ; y otras personas le señalaban con disgusto desde sus balcones. Los clamores iban aumentando : el Reward fijando la vista en las bordas lejanas erizadas de puñales , y por medio de las cuales tenia que abrirse paso , veia claramente la noche de horrores que se estendia al rededor de él. Llegaban á su oido las chiflas y las zumbas , confundidas con las risotadas de aquellos furiosos. Los espectadores ansiosos de homicidio , siguiendo afanosos detrás de aquellos hombres sangrientos , tenian aspecto sepulcral , pareciendo cadáveres convocados de su sepultura para un banquete de los hijos del abismo.

( 189 )

» — Santiago ! dice una voz irónica salida de una ventana inmediata : cuan *sublime* y *glorioso* es ese populacho libre ! Ahí tienes los héroes de tu cuasi gloria, los pilares de tu cuasi trono ! Admira y respétalos ! Descúbrete y saluda ! »

A esta ironía vengadora respondió una sonrisa de amarga cortesía. Había en frente de Artevelle un puente ; al otro lado de éste una gran plaza, en medio de ella una gigantesca horca, y en aquel espacioso sitio estaba agolpada la delirante barahunda, que dando ahullidos salvages se disponía para despedazar su víctima.

» — Dejad paso libre al Reward ! » gritaron los arqueros ; y la intrepidez de aquellos valientes confundió á la multitud.

En tanto mil brazos levantados mostraban la espantosa horca y se redoblaban las vociferaciones.

» — Mueran los ingleses !

» — Muera el Reward !

» — No queremos la libertad del tirano !

» — Nos ha vendido y entregado !

» — Que nos entregue el oro que ha tomado.

- » — Afuera el Príncipe Negro!
- » — Mueran los traidores.
- » — Vivan para siempre los condes de Flandes. » [www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

Las facciones de Artevelle se demudaron; sus ojos se dilataban de espanto, y sus cejas violentamente estiradas de miedo se desfiguraron horriblemente. Aumentaba esta escena de horror la vista de horrosos instrumentos puestos en la misma plaza para poner allí sus miembros hechos girones, antes de colgarlos de la horca. Veía en fin diez géneros de muerte por sufrir antes de llegar á la última de todas. Oía los gritos de alegría furiosa y de escarnio feroz, que salían del volcan popular en erupcion, y le daban frecuentes vértigos.

Tremendo y decisivo era aquel momento. El miserable ídolo de Gante habia pasado el terrible puente que tenia delante, y que semejante al de Satanás, echado sobre el caos, se abria de un cabo sobre los infiernos. No habia resistencia posible: era forzoso dejar sin oposicion á la rábia hacer los preparativos para el homicidio. Santiago en medio de la multitud, des-

pavorido; aterrorizado y lívido, alargaba un brazo, luego otro vagamente á la ventura como implorando un ademán de amigo. Allí mismo era sin embargo donde pocos días antes se habían estrechado tantas manos para aplaudirle: en aquel día ninguna quisiera tocar la suya sino con garfios ó tenazas para aferrarle. Empezaba ya á trastornársele el juicio, y á fuerza de angustias no sentía. Parecíale que en el seno del caos rodaba hácia la eterna reprobacion de precipicio en precipicio, al ruido del anatema vengador, sin nada bajo los piés ni sobre la cabeza, y sí entre fuego, sangre y gritos.

La multitud sin compasion, tal como la fiera que se abstiene de matar inmediatamente su presa, para recrearse con las palpitations de su agonía, en medio de su triunfo hubiese entonces lidiado por que se respetase la persona del Cervecero Rey. Quería una série de escenas sangrientas, una progresion de suplicios variados, espectáculos duraderos en el homicidio. Allí, para todo aquel pueblo reunido, no habia de ser la muerte para y simplemente el úl-

timo suspiro de un condenado, y si la fiesta y los juegos de la ciudad [durante todo el día.

Paso libre, paso al Reward, » repetían á voces los arqueros, y con arma al brazo y la cabeza levantada formaban un muro de bronce y hierro al rededor de Artervelle. Disparáronles algunas flechas y piedras á la bajada del puente, pero los cabezas de la revolucion se opusieron á estos ataques; y los valerosos ingleses decididos á pelear hasta morir, continuaban arrojando el ruidoso gentío que se remolinaba bajo sus lanzas, semejante á las espigas de un sembrado delante del soplo de las tempestades.

Elevábase á lo último de la plaza el magnífico palacio del Reward, y allí entre las chuladas del vulgo se veía aproximarse el homicidio.

» — Qué pálido está! gritaban unos.

» — Ah cobarde!

» — Le crujen los dientes.

» — Está loco.

» — No estará tan feo en la horca.

» — Eh! Santiaguillo! fortifica ahora la

ciudad. Donde están tus albañiles?

» — Está sordo.

» — Buenos días Cervecerero! dame una botella de cerbeza!

» — Fuego en él; Vinagre, á la horca...

Artevelle como por un movimiento casi involuntario se incorpora afirmándose en los estribos, y el desdichado queriendo acabar de una vez saca la espada.

» — Allí está mi casa, dice á gritos: tocad cornetas y clarines... dad una carga.

Los soldados de la Gran Bretaña obedecen confundiendo con los toques bélicos los rugidos de los amotinados. Sus caballos quieren galopar, y en aquel momento desembocan en la plaza por todas las calles los gremios armados y la turba de las escuelas. Estas legiones furibundas precipitándose á un centro comun, y exasperadas de no haber llegado las primeras, parecian torbellinos y como tales derribaban cuanto hallaban al paso. De en medio de aquella espantosa confusion salian gritos lastimeros de los que se veían en apuro: mugeres aplastadas, niños ahogados, ancianos pisoteados, todos perecian engullidos en la

sima revolucionaria en que herbian tantas perversidades humanas. Maestros artesanos á caballo impelidos de una parte á otra entre aquellos torrentes devastadores, como los restos de un navío zozobrado, por último se abismaban y desaparecian bajo las oleadas vivientes que los arrebataban. El Lis y el Escalda acarreaban montones de cadáveres que echados al agua desde lo alto de los puentes descargaban la ciudad.

Los arqueros ingleses aprovechándose de la confusion general atravesaron la plaza; pero á la puerta de la casa de su amo fueron acometidos de nubes de flechas, les alcanzaron algunos palos y pedradas, y se vieron redeados en un bosque de picas. Unos artesanos armados de guadañas desgarraron los caballos de los soldados, y cayendo en tierra aclararon las filas.

Consiguió no obstante Artevelle vencer todos los ostáculos, pero no le quedaba mas que una tercera parte de su escolta cuando entró en su palacio, pues habian perecido sesenta de sus valientes. Salió ileso, y apenas hubo entrado se cerraron pronta-

( 195 )

mente las puertas. No por esto se hallaba en salvo porque su casa cercada por todas partes no tenia defensa ni salida secreta. El fondo de su patio daba á un canal, y cerraban los dos costados del patio unas paredes altas; detrás de estas se agolpó un inmenso gentío, y por ningun lado dejaba medio de fuga.

El Cervecerò Rey pasando el vestibulo de su casa sube rápidamente la escalera principal que conduce á sus antesalas, y desde una de las altas rejas que dominan una parte de la ciudad, dirige su azorada vista á lo exterior. Horrendo cuadro! espectáculo atroz! A la desastrosa zarracina habia sucedido una especie de órden: la ferocidad pública distraida un instante de su curso con la refriega de los estudiantes y la batalla de los arqueros, se dirigió contra Artevelle con una nueva intensidad, llamándole á voces millares de asesinos.

En los azules campos del firmamento despejado se levantaba un sol de revolucion, ardoroso cual es en julio (1). San-

---

(1) *Pasaba esta escena en 17 de julio de 1345.*

(196)

tiago inmóvil y helado miraba atentamente la ovacion de muerte que le preparaban los verdugos: la alta horca levantada en frente de su habitacion tenia tres brazos, en cuya punta colgaban cuerdas de nudos escurridizos, atadas á unas anillas de hierro, y al lado de la horca se veia ademas un caballete y una rueda, destinados á recrear á los espectadores con las convulsiones de un suplicio. A corta distancia habia una hoguera preparada con unas calderas, atizada por unos herreros, que con fuelles de fragua hacian ascua unas enormes tenazas.

Los canibales reunidos en aquel punto cantaban himnos patrióticos, y cogiéndose de las manos danzaban en rueda al rededor de la hoguera. Habian encendido achones de viento que sacudian en el aire, y levantándose el humo negro de la pez continuaban bajo los vapores su flamigera rueda de demonios.

Algunos de los arqueros ingleses fueron presurosos á decir á su gefe que los emotinados rompian las puertas. Los ojos de Artevelle se apagaban en sus órbitas,

y el aturdimiento de su cerebro le impedía entender claramente las palabras que oía. Tenía las manos bajo su vestido, y con una rabia brutal se desgarraba el pecho con las uñas.

» — Qué será de nosotros!... Todo está perdido!... exclamaban los criados de Santiago, y en tanto se oían los hachazos y piquetazos en lo interior del edificio.

El hundimiento repentino de una de las paredes del patio hizo temblar todo el palacio: las aclamaciones de la multitud desde la calle saludaron el triunfante estruendo, y los asesinos entraron por la brecha.

» — Señor! dijeron los arqueros indomables; nosotros defenderemos la escalera, y mientras peleamos procurad vos hablar al pueblo.

» — Y donde? contestó Artevelle.

» — Desde el balcon.»

Fué allá como pudo el Cervecero Rey, oyendo á pocos pasos de distancia los alaridos feroces de los asaltantes, y sus fieles guardias formados en lo alto de la escalera, se decidieron á resistir hasta no quedar ninguno.

Apareció por fin en el balcon el desdichado Artevelle, y apenas le vió la multitud cuando resonaron en la plaza irónicos aplausos. Hace Santiago seña de que quiere hablar: flaqueánle las rodillas, y sus manos convulsivamente cerradas se agarran al pasamano del balcon para tenerse en pié. Saludaba á derecha é izquierda con una especie de instinto maquinal, semejante á las fieras enjauladas á quienes el miedo amaña á tal manejo: su abrasada garganta apenas permitia que pronunciara algunas palabras mal articuladas, que no se oian á causa de la gritería y las risotadas del frenético gentío, todo se reducía á verle mover las manos sin concierto, y sus ojos relucir. El rey aborto de la revolucion, ya cárdeno como un cadáver, aguantaba con la calma de la estupidez los desencadenamientos de la maldicion materna. Al mismo tiempo se oian mil gritos diabólicos que decian:

- » — Dejadle hablar.
- » — No, que muera.
- » — Todavía no.
- » — Es muy pronto.

- » — Conviene escucharle.
- » — Silencio.
- » — No tiene voz.
- » — Tiene gastada la lengua.
- » — De tanto como ha mentido el par-janchin. »

Acababa de ser colgado de uno de los brazos de la horca un arquero inglés que habia caído vivo en manos de sus enemigos, y el desdichado balanceado á mucha altura, daba vueltas en el aire. Al mismo tiempo penetró los oídos de Artevelle este grito :

- » — Magestad ! te vá á tocar el turno. »

Caían de su frente gotas de sudor helado, que se limpiaba con mano trémula, y haciendo desde el funesto balcon los últimos esfuerzos dirigió estas palabras al gentío.

- » — Hé querido la felicidad de todos. ¡ Ay de mí !... vais.... en mi sangre.... á ahogar la libertad de Flandes. »

Y mil voces le interrumpen.

- » — Ya no dice : *Compañeros míos !*
- » — Aun se atreve á hablar de libertad el tirano.

- » — Basta ya de truhanerías, espoliador!
- » — Revoltoso, muere por la revolución.
- » — Hacías traición y te la han hecho.
- » — Nos vendías, y te han vendido.
- » — Despojabas y te despojan.
- » — Has ahorcado y te ahorcarán.
- » — Alabada sea la justicia de Dios.
- » — Ponte de rodillas, tus amos te lo mandan.
- » — Sí, monstruo, de rodillas.
- » — De rodillas.

Y el miserable obedece. No era ya un ser viviente, era una máquina animada: prosternado, con las manos juntas, está como un reo al pié del patíbulo, y la multitud le grita.

- » — Fuera sombrero. »

Descubre entonces su frente: sus cabellos estaban erizados, su mirada fija, y sus pupilas aterrorizadas, al mismo tiempo que derramaba un raudal de lágrimas que surcaban su rostro. Tendiendo sus brazos suplicantes imploraba á gritos *miseri-cordia*: parecía no ostante haber perdido algo de su efervescencia el furor popular, y brillaba vagamente una luz de esperanza

á los ojos de Santiago, cuando de repente le ase por el hombro una pesada mano como si fuese la garra de un buitre. Al sentir aquella conmocion imprevista vuelve la cabeza, mira, y ve una figura negra, y colosal que está en pié á su lado, y que alzándose la visera dice:

» — Heme aquí ! »

Era éste Wenemaro.

Tan tremendas palabras que el esterminador habia prometido hacer oír á la víctima en la hora suprema, dejaron anonadado al mísero Artevelle. Verificóse así en el balcon un horroroso cambio de miradas entre la venganza y la cobardía. Urbino con el rostro inclinado hácia el del condenado, le abrasaba los ojos con el fuego que los suyos espedian; y Santiago no pudiendo resistirlo procuraba cubrirse la cara; pero Wenemaro con sus dedos férreos le aparta las manos, y su voz que resuena á lo léjos, rompiendo el espacio como un trueno repite estas palabras.

» — Heme aquí ! »

Cae Santiago atónito en tierra, y el soldado de Odemburgo añade:

» — Te acuerdas de mis dos juramentos? Cumpí el uno, y cumplo el otro. La segunda sangre lava la primera. »

Artevelle exala un profundo suspiro y clama.

» — Perdon! perdon!

» — Cuando Luis herido del puñal rodaba á mis piés espirante ( replica el implacable Urbino ), tú, vil tirano, ¿ te compadeciste ?

» — Mátale, mátale! clamaba el pueblo. »

Y el egecutor de las venganzas de la tierra continua con vehemencia.

» — Cuando tú oprimias el reino, cuando despojabas al huérfano, encarcelabas á la viuda, heredabas por medio del homicidio y gobernabas por el crimen: dime, usurpador, tenias lástima ?

» — Ay! dame la muerte! esclama el miserable Artevelle. No me dés mas tormento! la muerte! »

Esta última exclamacion parecia un final de su vida. Urbino vuelve la cabeza con la sensacion repugnante que inspira un in-mundo réptil al tiempo de aplastarle: tiene

la espada levantada, retrocede, y la repugnancia vence al encono.

En esto sobreviene un nuevo tumulto, un movimiento extraordinario que varia la escena. Felipe Artevelle, auxiliado de Hamstede y seguido de una numerosa turba de trabajadores, intenta salvar á su padre. El jóven y valiente Felipe acude llevado de su amor filial y su desesperacion, se presenta audaz é impone al populacho. Habla en voz alta y le escuchan; arrostra la muerte y le admiran. Abrenle paso y atraviesa la plaza.

Santiago columbra á su hijo, cree ver en él un nuevo rayo de esperanza, y aquella vez era el último. El furor de Wene-marco suspendido por un instante se despierta al aspecto del seductor de Neolia, con una violencia imposible de pintar. Agarra de su manopla de hierro al magistad vulgar aun tendido á sus piés: le levanta con su mano de atleta por encima del balcon fatal, y arrojándole lejos de allí dice con faribunda voz:

» — Ahí va, Felipe! ese es tu padre. ciudadanos! ahí teneis vuestro rey. »

Un grito general de estupor responde á tanta osadía, y sucede en breve un impetu de entusiasmo. El coloso fúnebre que acaba de arrojar así una especie de monarca al cebo de un jauría humana, como si echara al viento una paja, dejó absortos de admiracion á los hijos de la independenciam: parecios sobrenatural un vigor tan prodigioso junto con una audacia tan rara, y contemplaron á Wenemaro con un respeto supersticioso. Aquel guerrero negro y gitantesco se les figuraba un enviado del Altísimo, un genio vengador, casi un Dios.

La multitud mudó repentinamente de idea y de propósito, clamando, todos á un tiempo.

» — Muera Santiago! Muera Felipe! »  
Y este se huyó del campo de batalla.

El Cerbecero Rey habia caido como una masa inerte y muerta á muy larga distancia del balcon. Los espectadores ansiosos de su último suspiro se agolpaban al rededor del cuerpo, y Gerardo que se encontraba allí le decia:

» — Santiago, levántate. Echa á andar, la horca te espera. » Y movia la víctima.

(205)

» — Ay Dios mio! » gritó suspirando el infeliz que tenia una pierna rota: y añadió:

» — Matadme por Dios! matadme, por compasion, Yo me muero. »

Alargaba un brazo: descargaron sobre él con furia repetidos sablazos, se le cortaron y empezó de nuevo la gritería.

» — No puede andar; arrastrémosle.

» — Sí, como grande hombre!

» — Como triunfador!

» — Como gefe cívico!

» — Como rey ciudadano.

El infeliz mutilado forcejaba aun con un frenesi convulsivo en manos de aquellos furiosos, que como si fuesen harpones le agarraban para hacerle pedazos, sofocando con burlonas risas los últimos gemidos de la víctima. Sus miembros desgarrados y sus carnes todavía palpitantes barrian por varios lados el lodo: sus cabellos destilando sangre andaban arrancados por el suelo: aun palpitaba el corazon, pero faltaba ya el sentimiento y la inteligencia. Movidó Gerardo de repente de una compasion estraña y bárbara, estando ya el cadaver al pié de la horca registró sus entrañas para estinguir en

( 206 )

ellas todo espíritu vital: abriéronse de nuevo los ojos del Cervecero Rey, estremeciéronsele los labios..... dió un débil gemido , y espiró.

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)





des su papel, su tiempo y su reinado, estando como embotadas con la desgracia y el crimen.

En medio de la calle mayor del arrabal sobresalía una hermosa casa perteneciente al hijo del sacrificado Santiago. Allí en una estancia retirada reposaba una joven à medio vestir en una rica cama. Su respiracion era torpe y hanelosa: salia de su pecho un aliento de fuego: en todo su ser no habia ya una fibra que el dolor hubiese respetado, y sin embargo nada habian perdido sus gracias. El vivo encarnado de sus megillas, procedente de la fiebre interior que la devoraba, hacia resaltar la blancura de su cutis, y sus ojos deslumbrantes daban à sus rasgos melancólicos una expresion inesplicable. Este conjunto era espantoso, al paso que hechiceros los pormenores: veíase allí angustia y sonrisa, resignacion y desesperacion, combate del alma y del cuerpo, calma y terror, muerte y hermosura. Esta muger era Neolia.

Estaba sentada al pié de su cama una asistenta llamada Marta, que hacia el oficio de enfermera: pero en la expresion de sus

miradas continuamente vueltas hácia la ventana; era fácil de advertir que tenia mucho mas interes en las agitaciones del pueblo sublevado que en los padecimientos de la enferma.

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

» — Que ruido es ese.... Quien me llama?..... pregunta Neolia.

» — Esos miserables , responde Marta, han degollado al Reward.

» — Ah! le han degollado! Porque?

» — Porque dicen que su ambicion desenfrenada habia destruido la libertad. Eso es lo que tiene ser hechura del pueblo! Lo que todo el mundo se ha creido con derecho para hacer; todo el mundo se atribuye el derecho de destruirlo.

» — Ay Dios! y el conde de Male?

» — Esta tarde llega á Gante con la princesa Margarita de Brabante, su prometida esposa.

» — *Su prometida esposa!* repite Neolia en voz baja. Me parece que ha tenido otra. »

Dicho esto se puso la mano en la frente como si buscase algun recuerdo borrado de su memoria, y al cabo de un intervalo

dijo con un grito lamentable.

» — Me acuerdo.... se propuso por un instante amar con todo su corazón. Esta dicha me venia del cielo: ah! como se ha desvanecido? Le he olvidado. Quien eres?

» — Soy Marta, la camarera.

» — Que haces hai?

» — Estoy asistiendooos.

» — No necesito nada de nadie. Háblame del príncipe Luis. Ah! cuánto le amaba yo! le has conocido?

» — No conozco ni á él ni á su padre; mas queria yo á Artevelle. Si he de decir verdad, jamas me he compadecido de la familia destronada: me pone de mal humor la vuelta del príncipe de Flandes, que seguramente va á echar á palos de la nacion á todos los que eran del Reward, empezando por nuestro amo. Y si llegase á matar á Felipe! No os acordais que este es vuestro marido,... que si sois mas cariñosa sereis felices? Que nos importa el Señor de Male, ni esa Señora su futura? Cuando haya hecho cortar la cabeza á nuestros amigos, adonde irán á agazaparse los nuestros? Su alegría no tiene para mí

ningun atractivo. Sé que Margarita es bella; pero otra danza en su boda: en cuanto á mí....

» — Callad, Marta.

» — No, quiero decirlo cara á cara: aborrezco á Luis.

» — Me matais.

» — No os comprendo.

» — Yo le amo.

» — A quien ?

» — Al conde de Male.

» — Pero advertid que destrona á vuestro esposo !

» — No tengo esposo.

» — Aquí le teneis. »

Entra Felipe en la sala y nótanse pintadas en su semblante la desesperacion y la consternacion. Cae desfalleciente en una silla y esclama casi sin aliento:

» — ¡ Oh Padre mio !.... que muerte tan horrorosa ! Y no he podido salvarte ó morir....

Y haciendo una pausa se levanta y dice

» — Y Neolia ! Donde está mi muger ?

» — En esa cama, señor ! contesta Marta.

La huérfana arrebujaada entre la cama y la pared, no habia visto ni oido al hi-

jo de Artevelle, y prosigue enagenada todavía.

» — Luis de Male y Margarita !.... ambos nombres reunidos.... yo fallezco !

» — Neolia ! interrumpe Felipe: nuestra vida está en peligro, es preciso huir : estan los asesinos á la puerta.

» — Quien los envia.

» — El Conde de Male.

» — Siempre ha de sonar ese nombre ! que entren ! Acaso tendrán que hablarme.

» — Vienen con el puñal en la mano, y han jurado nuestra muerte.

» — Ah ! un puñal y unos juramentos. Sin duda está Urbino con ellos.

» — Es un caudillo, y está pronto á herir. »

Al oír esto salta Neolia de su sitio y esclama:

» — Yo os defenderé ! »

Habia á la mano un mosquete de nueva invencion, que Felipe Artevelle habia comprado á peso de oro, y que tenia en mucha estima como una de las maravillas de aquel tiempo. Apodérase de él la huérfana con una fuerza prodigiosa, efecto de

la calentura que la devoraba, y se arroja hácia la reja.

Obstruía la calle del arrabal en aquel momento una multitud inmensa, que salía al encuentro del príncipe Luis, y saludaba con sus aclamaciones á un soldado á caballo que los capiteneaba. Neolia apuntó su arma como pado, á la ventura, hácia el caudillo de la multitud: dispara, se oye el estampido, se estiende un vapor negro, y el guerrero á quien la huérfana asestó el tiro, da un grito lúgubre, vacila y cae herido de muerte.

Ocurria todo esto con tal rapidez, que Felipe y Marta no habian tenido tiempo ni de prever, ni de impedir la catástrofe. La misma Neolia gravemente herida en el rostro al impulso del culatazo de la arma homicida, habia caido algunos pasos distante de la ventana, habiéndosele escapado tambien el mosquete de las manos.

A este fatal acontecimiento siguió en la calle un espantoso rumor. Resonaron en la casa los hachazos que daban en las puertas, ábrense estas y entra el pueblo agolpado. La huérfana desfigurada alza la

frente, con ojos empañados, hundidos y muertos, y pregunta:

» — A quien he asesinado ?

» — A Urbino Wenemaro, » la contestan.

Y ella riéndose prosigue:

» — Sabeis que Urbino me dijo un dia en Ridervode: « Si dejases de serme fiel, juraria inmolarte; y entonces.... entonces tú murieras. » Pues bien; le fui infiel; y que ha sucedido?... Que yo soy quien le dá muerte. »

Sus ojos dilatados se cierran: su cuerpo vuelve á caer pesadamente, á esto sigue una convulsion, da un suspiro, y deja de existir.

Wenemaro espirante habia conocido desde lejos á la sobrina de Hamstede, y da tan solo un grito diciendo:

» — Neolia ! »

Acuden á socorrerle y' todo es en vano, pues llegó su hora fatal. Pronuncia entre dientes algunas palabras, prestan todos oido y pueden comprender:

» — Quiero ver al príncipe.... Ya llega. Que me lleven adonde está !.... vamos. »

Y ejecutan su orden.

Hallábase ya Luis á las puertas de Gante. Poblaciones enteras llevadas del entusiasmo corrian á su encuentro , embriagadas de esperanza y de júbilo.

Margarita iba al lado del príncipe, y Bertrade los acompañaba. De improviso detiene su marcha un grupo de soldados que conducen un guerrero herido , y al verle esclama el conde.

» — ¡ O Cielos! que veo! Urbino Wene-maró ! »

El moribundo entreabriendo los ojos le dice:

» — Dadme la mano ! vuestra mano..... príncipe mio. »

Y Luis le estrecha en sus brazos derramando lágrimas.

» — Espio mi crimen , añade Urbino. Mi muerte es justicia divina. El asesino cae asesinado. »

Bertrade desesperada se adelanta y pregunta,

» — Quien le ha herido ?

» — Neolia: » responde la víctima.

» — *Neolia* ! repite el príncipe.

y el horror ahoga la voz de todos.

» — Mis fatales juramentos se cumplieron: continua diciendo el desdichado Wenemaro. Príncipe mio, os he vengado. No olvidéis al triste Urbino! Os ha amado en extremo.... Sed rey! Pero clemencia y perdón! Yo muero. »

Da Margarita un grito sordo.... y Wenemaro ya no existía.

Otra escena de terror y confusión terminaba casi en el mismo momento en casa del heredero del mísero Santiago. Fueron desquiciadas las puertas, y habíanse agolpado varios hombres poseídos de encono y sedientos de sangre, á vengar á Wenemaro, capitaneados por Gerardo Dionisio.

» — Donde está esa infame asesina, gritó el caudillo. Quien es ese monstruo?...

» — Mi muger: » responde Felipe: y con frente osada se adelanta hácia la horda salvaje.

» — Y donde está: » repite Gerardo.

» — Vedla allí, tendida en tierra, espirante. »

Y Felipe alargando el brazo indicaba el cuerpo de Neolia.

» — Entregadla !

» — Dadme muerte primero. Soy el hijo del Reward.

» — Vos su hijo !.... grita la multitud. Sí, tiene razon. que muera !

« — Deteneos ! dice el capitan. Comencemos por apoderarnos de su muger. Como se llama.

» — Neolia.

» — *Neolia* ! Ah ! esa es su querida ! Esa infame !.... Entregádnosla !

» — Jamas ! responde Felipe con serenidad. »

El capitan levanta su espada, y la camarera Marta detiene su brazo diciendo.

» — Por quien peleais ? Que pedis ? Una muger ? Aquí no hay sino un cadaver. »

Y arrastrando á la huérfana asida de una pierna, pone un cuerpo inanimado entre Gerardo Diosinio y Felipe.

» — Que !.... *Neolia* !

« — Ha muerto.

» Miserables ! no os acerqueis ! grita el hijo de Artevelle. Defenderé á lo menos su despojo.

» — Muera Felipe: » gritan todos.

» — Tranquilizaos! dice Gerardo con voz tronadora. La muerte del traidor Santiago ha debido satisfacer la venganza nacional. Baste ya de sangre y crímenes. »

Felipe arrodillado delante de Neolia acababa de besar sus helados labios, como dando un *á Dios* de amor y de muerte; y el tropel se compadece.

» — Deponed las armas delante del padecimiento, replica el capitán. El dolor hace sagrado un lugar: respetad este recinto! salgamos de aquí. »

En esto toma la palabra un viejo mercader diciendo:

» — Si quieres salvar á Felipe, viva enhorabuena: pero á lo menos echémosle de Flandes, sino queremos que nos sobrevenga alguna desgracia. Hay razas malditas que el cielo encolerizado arroja á los pueblos para perdición de los reynos, y esa es de este número, Gerardo: con un individuo que quede ¡ ay de nosotros! Ese Felipe, á quien haces gracia, no perdonará un día á su misma patria: todo lo llevará á sangre y fuego, y volverá á abrir el

(219)

abismo de las revoluciones. Acordaos de mi profecía.

Y el oráculo se cumplió (1)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

(1) *Luis de Male casó con Margarita de Brabante, y Flandes volvió á ser feliz. Pero á los treinta años de la muerte de Santiago Artevelle, el pueblo nuevamente sublevado renovó sus crímenes pasados. Felipe al frente de una nueva revolucion compareció en Flandes para trastornar el reino. La Francia tomó las armas, y cayó sobre el sucesor del Cervezero Rey: diéronse reñidas batallas, Felipe pereció por último en la de Rosebecque en 29 de noviembre de 1382, y fué ahorcado de un árbol.*

 FIN 

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

**Please return promptly.**



[www.libtool.com.cn](http://www.libtool.com.cn)